

Fausto
Parte II

Por

Johann Wolfgang Goethe.

***Free*editorial** 

ACTO PRIMERO

ESCENA I: LUGAR AGRADABLE

(FAUSTO, tendido sobre el césped florido; fatigado e inquieto, intenta conciliar el sueño. Anochece. Un círculo de espíritus se mueve sobre él haciendo graciosas figuritas.)

ARIEL (Canto acompañado de arpas eólicas.)

Cuando en la primavera llueven flores,
estas flotan y caen sobre todo.

Cuando la verde bendición del campo
reluce para los hijos terrenos,
elfos pequeños e inmateriales
acuden adonde puedan ser útiles.

Ellos compadecen al desgraciado,
ya sea este santo o pecador.

Vosotros que rodeáis a este hombre haciendo círculos en el aire, mostrad aquí la noble naturaleza de los elfos, suavizad la airada guerra que él entabla en su corazón, evitadle los dardos amargos y ardientes del reproche. Cuatro son los períodos de la noche, haced que los disfrute sin demora. Primero, reclinad su cabeza sobre fresco almohadón; después, bañadlo en el rocío del Leteo: pronto se harán flexibles sus miembros entumecidos y estáticos, cuando vuelva a mirar, ya repuesto, la luz del día. Cumplid el deber más hermoso de los elfos: devolvedle la sagrada luz.

CORO (Cantando de uno en uno, de dos en dos, en grupos, alternando o a la vez.)

Cuando el aire tibio va inundando
grandes prados llenos de verdor,
bajan también al atardecer
tenues neblinas y suaves aromas.
¡Que susurros de agradable paz
mezan su corazón como a un niño

y a sus ojos de hombre agotado
tenga el día cerradas sus puertas!
Ya, por fin, ha caído la noche;
una a una vienen las estrellas.
Grandes luces y pequeñas chispas
rielan cerca y resplandecen lejos.
Rielan reflejándose en el mar;
resplandecen en el claro cielo.
Y, sellando la calma dichosa,
reina el esplendor de la luna.
Las horas ya se han extinguido;
dolor y gozo se han disipado.
¡Presiéntelo! Vas a sanar pronto.
Confía en la luz del nuevo día.
Verdean valles, crecen los cerros,
crecen hasta dar umbría calma,
y en cimbreantes olas plateadas
tremolan al aire los sembrados.
Para alcanzar todos los deseos,
mira hacia allá, mira la luz.
Sin darte cuenta quedarás preso.
Despréndete del velo del sueño.
No vayas ahora a acobardarte
cuando la gente vacile y tema.
Todo lo puede el alma noble
que rápida comprende y actúa.
(Un enorme estruendo anuncia que el sol se aproxima.)

ARIEL

Escuchad cómo retumban las Horas
dentro de los oídos del espíritu.

El nuevo día acaba de nacer.
Las puertas se abren con un gran estrépito,
con bríos avanza el carro de Febo.
¡Qué tronar acompaña a la luz!
Hay ruido de tambores y trompetas.
Ojos cegados, oídos aturdidos;
sólo deja de oírse lo inaudito.
Id a refugiaros a las corolas,
adentraos profundamente en ellas
y en el follaje que hay bajo las rocas.
Si os llega a alcanzar, quedaréis sordos.

FAUSTO

El pulso de la vida vuelve a latir fresco y reanimado al saludar con suavidad a la etérea aurora. Tú, Tierra, también fuiste constante esta noche, me diste aliento reviviendo a mis pies. Ya empiezas a rodearme de nuevo de deseo, estimulas y excitas la poderosa decisión de buscar constantemente una existencia mejor. Con la luz de la aurora se abre el mundo. En el bosque resuena una vida que emite mil voces. Del valle y hacia el valle surgen vaharadas de niebla, pero la claridad del cielo llega hasta el fondo. Los troncos y las ramas brotan renovados del aromático abismo en el que, hundidos, dormían. Un color tras otro va saliendo de las profundidades, y temblorosas perlas gotean sobre las flores y las hojas. Un paraíso se va creando a mi alrededor.

¡Mira arriba! Los gigantescos picos de las montañas anuncian ya la hora de la máxima solemnidad. Ellos podrán pronto disfrutar de la luz de lo eterno, que más tarde bajará hacia nosotros. Ya los verdes prados, que hacen hondonada junto a los Alpes, reciben la nueva luz y la claridad, que gradualmente van descendiendo. ¡Ya aparece!, y ya estoy cegado. Me aparto con los ojos doloridos.

Es como una esperanza anhelante que se abre paso, confiada, hacia el más alto deseo y halla abierta de par en par la puerta de la realización; pero desde esos fondos eternos se levanta una gran cantidad de llamas que nos deja atónitos. Quisiéramos encender la antorcha de la vida y nos rodea un mar de fuego, ¡y vaya fuego! ¿Es odio o amor? Con ardor nos rodean, alternando terriblemente, el dolor y el goce, de modo que de nuevo miramos a la Tierra para quedar ocultos por el velo más joven.

¡Quede, pues, a mi espalda el Sol! Me paro a contemplar con creciente fascinación la catarata que atraviesa rápida el desfiladero. De salto en salto, forma ahora mil remolinos y luego se derrama en mil torrentes que borbotean lanzando al aire su espuma que cae sobre más espuma. Aprovechando esta caída, se tensa en bóveda, magnífico, el cambiante y permanente arco iris, tan pronto nítido como difuminado en el aire, que va difundiendo una lluvia fresca y olorosa. Con él se simboliza el esfuerzo del hombre. Reflexiona sobre este y comprenderás que en el colorido reflejo de la luz está la vida.

ESCENA II: PALACIO IMPERIAL. SALA DEL TRONO

(Consejo de Estado aguardando la llegada del EMPERADOR. Trompetas. Cortesanos de todo tipo, lujosamente vestidos. El EMPERADOR llega al trono, a su derecha el ASTRÓLOGO.)

EMPERADOR

Saludo a mis amados y leales que han acudido aquí de cerca y de lejos. Veo que mi sabio está a mi lado, pero ¿dónde ha quedado mi bufón?

NOBLE

Iba junto a la cola de tu manto, pero se cayó por las escaleras. Se llevaron su cuerpo grasiento. No se sabe si ha muerto o estaba borracho.

NOBLE SEGUNDO

De inmediato, con increíble rapidez, ha venido otro a ocupar su lugar. Va muy lujosamente vestido, pero de modo tan grotesco que a todos sorprende. La guardia le ha dado el alto ante el umbral poniéndole en aspa las alabardas; pero ahí llega este loco audaz.

MEFISTÓFELES (Arrodillándose ante el trono.)

¿Quién es el maldecido o siempre bienvenido? ¿Quién el anhelado y siempre rechazado? ¿Quién es siempre puesto bajo protección? ¿Quién es censurado con fuerza y gravemente acusado? ¿A quién no puedes llamar a tu lado? ¿A quién os gusta a todos oír nombrar? ¿Quién se acerca al escalón de tu trono? ¿Quién se ha puesto a sí mismo en entredicho?

EMPERADOR

¡Por esta vez ahórrate las palabras! Este no es lugar para acertijos; eso es competencia de estos señores... Resuélvelos tú, pues me gustará oír tu solución; mi bufón se fue, me temo que muy lejos. Ocupa su lugar; ven a mi lado.

(MEFISTÓFELES sube y se pone a su izquierda.)

MURMULLOS DE LA MULTITUD

Un nuevo bufón para nuestra desgracia. ¿Cómo vino? ¿Cómo entró? Cayó el viejo y se malogró. Si aquel era un tonel, este es un palillo.

EMPERADOR

Entonces, amados y leales, bienvenidos aquí que, procedentes de cerca y de lejos, os habéis congregado bajo una buena estrella en la que está escrita nuestra suerte y nuestra dicha. Pero pregunto: ¿por qué en estos días, en que nos despojamos de nuestras preocupaciones, nos ponemos máscaras y sólo querernos distraernos confiadamente, tenemos que torturarnos reuniéndonos en Consejo? Pero si decís que no cabe otro remedio y así se ha dispuesto, así sea.

CANCILLER

La suprema virtud adorna como una aureola la cabeza del emperador. Sólo él puede ejercerla convenientemente: es la justicia, la que todos aman, exigen, desean y a la que difícilmente renuncian. Depende de él que esta se le garantice al pueblo. Pero ¿de qué sirven la razón humana, la bondad de corazón y la buena voluntad cuando todo el Estado está en febril desolación y cada mal da lugar a nuevos males? A aquel que desde esta alta sala divisa el Imperio le parece encontrarse en una pesadilla en la que los engendros crean nuevos engendros. La ilegalidad campa legalmente por sus respetos desplegando un mundo de terror.

Aquel roba un rebaño y aquel otro una mujer o el cáliz, la cruz y los candelabros de los altares, y se jacta de su robo durante algunos años con el pellejo a salvo y el cuerpo intacto. Ahora van los demandantes al tribunal, el juez se pavonea en su escaño mientras sube en colérica riada el creciente tumulto del desorden. Uno puede alardear de vergüenza y crimen y otro encuentra apoyo en su cómplice y se oye la sentencia «culpable» donde la inocencia, sola, se defendía. El mundo entero se está haciendo pedazos y se aniquilará lo que está bien. ¿Cómo podrá desarrollarse el único sentido que nos llevará ante lo justo? Hasta el hombre de bien acabará inclinado a la adulación y el soborno, y el juez, que no es capaz de castigar, acabará aliándose con el criminal. Lo pinto todo negro, pero me gustaría aún echar más negro en mi pintura. (Pausa.) No se puede dejar de tomar medidas cuando todos dañan, todos sufren y hasta se pierde la grandeza.

MARISCAL DE LOS EJÉRCITOS

¡Qué furia en estos días de locura! Todos quieren herir y, sin embargo, son heridos, pero hacen oídos sordos a las órdenes. El ciudadano del burgo, tras las

murallas, y el noble, en su nido de roca, se han conjurado para hacernos frente y mantienen sus fuerzas con firmeza. El mercenario se impacienta, exige su paga con destemplanza y si no le debiéramos nada, huiría corriendo de aquí. Si a alguien se le ocurre prohibirles lo que quieren, es como si agitara un avispero. Y, mientras, el Imperio que tendrían que proteger queda asolado y devastado. Se les ha dejado desatar su furia destructora y ya la mitad del mundo está malograda. Es verdad que hay reyes, pero todos actúan como si el asunto no les afectara.

TESORERO

¿Y quién puede fiarse de los aliados? Los subsidios que nos prometieron se han quedado tan estancados como el agua de las cañerías. Y por lo demás, ¿qué ha sido de la propiedad en vuestros vastos dominios? Por todas partes surgen usurpadores que quieren vivir por su cuenta y ¡hay que ver cómo lo logran! Hemos renunciado ya a tantos derechos, que casi no nos quedan. Tampoco son muy de fiar los partidos —que así se hacen llamar—, lo mismo si censuran que si alaban es indiferente su odio o su amor. Tanto los gibelinos como los güelfos se ocultan para tomarse un respiro; ¿quién se ocupa hoy de su vecino? Cada cual tiene suficiente con lo suyo. Las puertas del tesoro público están condenadas. Todos cavan, hurgan y reúnen, pero nuestras arcas permanecen vacías.

SENESCAL

¡Qué desgracias he de sufrir yo también! Todos los días trato de ahorrar, pero al día siguiente tengo que ahorrar aún más y así va creciendo mi preocupación. Los cocineros no sufren privaciones: jabalíes, venados, liebres, corzos, pavos, gallinas, gansos y patos. Los pagos en especie, que siempre son ingresos seguros, se reciben regularmente, pero al foral siempre falta vino, y eso que antes en las bodegas amontonábamos barril contra barril de las mejores viñas y vendimias. Mas ahora el eterno empinar el codo de los nobles acaba hasta con la última gota. Hasta el concejo despacha de sus bodegas, se bebe con grandes copas y con cazos y el festejo se celebra bajo la mesa. Luego yo tengo que pagarlo todo y el judío no me perdona nada. Él me concede anticipos que año tras año se devoran por anticipado. Los cerdos no llegan a estar cebados; ya está empeñado el colchón de la cama y ni el pan que llega a la mesa está pagado.

EMPERADOR (Después de meditar, a MEFISTÓFELES.)

Bufón, ¿tienes tú también desgracias que contarme?

MEFISTÓFELES

De ninguna manera. ¡Es algo maravilloso veros en vuestro esplendor a ti y a los tuyos! ¿Puede faltar confianza donde su Majestad, inexorable, ejerce su

fuerza para vencer al enemigo? ¿Qué se tendría que conjugar para nuestra desgracia y para llevarnos a la oscuridad, donde brillan esas estrellas?

MURMULLO

¡Vaya un pícaro!, este sí que entiende... Mentirá mientras pueda... Ya sé lo que esconde... ¿Con qué nos vendrá ahora? Con un plan.

MEFISTÓFELES

¿Dónde no hay carencias en este mundo? A uno le falta esto, al de más allá le falta lo otro y aquí lo que hace falta es dinero. Es verdad que este no se puede sacar del empedrado, pero la sabiduría puede extraer lo más hondo. En filones y en las bases de las murallas hay oro en bruto y acuñado. Y si me preguntáis quién puede sacarlo a la luz, yo os contesto: la poderosa naturaleza y el poderoso espíritu del hombre bien dotado.

EMPERADOR

¡Naturaleza, espíritu!... Así no se les habla a los cristianos. Por decir eso se quema a los ateos, y es que dichos discursos son peligrosos. La naturaleza es el pecado, el espíritu es el diablo, entre los dos engendran la Duda, su híbrida hija. ¡No es así entre nosotros! El Imperio sólo cría en sus tierras dos linajes, que sustentan dignamente su trono: los santos y los caballeros. Estos soportan todas las tormentas y por ello reciben en pago el Estado y la Iglesia. A ellos les hace resistencia la mente plebeya con sus confusos espíritus, de ahí salen los herejes y los brujos que arruinan las ciudades y los campos. Con tus bromas quieres infiltrarlos en estas altas esferas. Te unes a corazones tan degenerados porque tu locura está cercana a la suya.

MEFISTÓFELES

Así se reconoce a los sabios. Cuando no palpáis algo, es que no está aquí. Lo que no podéis agarrar no existe. Lo que no podéis calcular creéis que no es verdadero. Lo que no podéis poner en la balanza no tiene peso para vosotros. Sólo creéis que vale lo que acuñáis.

EMPERADOR

Con eso no arreglaremos nuestros problemas, ¿de qué nos sirve tu sermón cuaresmal? Estoy harto de escuchar «cómo» y «cuándo»; que falta dinero, pues, muy bien, ¡consíguelo!

MEFISTÓFELES

Conseguiré lo que queréis y mucho más. Aunque es fácil, lo fácil es difícil. El dinero está ahí y es fácil de obtener, pero para ello hace falta un arte y ¿quién será capaz de ponerlo en práctica? Pensad en los tiempos catastróficos, cuando riadas de gente inundan los países, ha habido muchos que, asustados,

han dejado por aquí y por allá escondidos sus bienes más preciados. Así pasaba con los romanos y así ha ocurrido hasta la fecha. Todo esto se halla enterrado bajo el suelo y, como el suelo es del emperador, todo debe pasar a ser de su propiedad.

TESORERO

Para ser un bufón habla muy bien, esa es una prerrogativa imperial por tradición.

CANCILLER

Satán os tiende sus lazos con el oro. ¡No se consigue nada siendo piadoso y justo!

SENECAL

Si a la corte nos trae dones preciados, gustoso acepto un poco de injusticia.

MARISCAL DE LOS EJÉRCITOS

¡Astuto bufón!, ofrece algo que a todos puede ser útil. No será el soldado quien pregunte por su origen.

MEFISTÓFELES

Y si creéis que os engaño, preguntad al astrólogo: él entiende. Él es capaz de encontrar en las esferas de los astros las horas y las casas astrales. Preguntadle, pues, qué ve en los cielos.

MURMULLOS

Son dos granujas, ya están de acuerdo... El loco y el visionario tan cerca del trono... Esta es una vieja canción, el loco hace de apuntador en el discurso del sabio.

ASTRÓLOGO (Habla mientras MEFISTÓFELES va apuntándole.)

El mismo Sol es oro puro. Mercurio, el enviado, nos sirve con mercedes y premios. La mujer, Venus, os ha embelesado a todos al miraros con dulzura tanto de día como por la noche. La casta Luna tiene un humor cambiante. Marte no os hiere, pero os amenaza. Y Júpiter tiene el más bello fulgor. Aunque Saturno sea grande, es pequeño y distante a la vista, además no lo apreciamos mucho como metal, pues es poco valioso y muy pesado. Cuando la Luna se reúne sutilmente con el Sol y se convierten en oro plateado, en el mundo reina la serenidad. Todo lo demás puede conseguirse: palacios, jardines, mejillas rojas, pechos juveniles. Todo está al alcance del hombre sabio, que puede más que nadie entre nosotros.

EMPERADOR

Escucho con redoblada atención y, sin embargo, no me convence.

MURMULLOS

¿Qué nos importa? Esto es una diversión gastada. Tanto calendarito, tanta alquimia de pacotilla. Ya he oído esto muchas veces. Ya he confiado vanamente en ello. Y si viene ese sabio, seguro que es un loco.

MEFISTÓFELES

Ahí están todos pasmados en torno. No confían en el gran hallazgo. Uno delira hablando de la mandrágora, otro del perro negro. Uno hace chistes pase lo que pase, otro le echa la culpa de todo a la brujería y no le importa que le piquen las plantas de los pies y note que le falte el paso firme. Todos sentís algún influjo oculto de la siempre dominante naturaleza y desde las esferas inferiores se abre paso un indicio de vida. Si sentís un cosquilleo por todo vuestro cuerpo y, estando en un lugar concreto, os sobreviene la inquietud, cavad y removed la tierra con decisión. Allá donde está el juglar, está el tesoro.

MURMULLO

Siento en los pies un peso de plomo... Tengo un calambre en el brazo... Eso es gota... Tengo un hormigueo en el pulgar... Me duele toda la espalda... Según estas señales, seguro que aquí está la más rica reserva de tesoros.

EMPERADOR

Entonces, ¡adelante! No vuelvas a escaparte. Pon a prueba tus cuentos y mentiras. Voy a dejar a un lado la espada y el cetro y, si no mientes, yo mismo acabaré este trabajo con mis nobles manos. Pero si mientes, te arrojaré al infierno.

MEFISTÓFELES

En todo caso ya sabría yo encontrar el camino... Pero no soy capaz de decir todo lo que hay aquí sin dueño y a la espera de uno. El labrador, abriendo surcos con su arado, saca un caldero de oro y buscando salitre en las paredes llenas de barro, encuentra, con alegría temblorosa, oro entre sus manos. ¡Cuántos sótanos hay que abrir! ¡En qué enorme cantidad de pasadizos y cavernas ha de penetrar el entendido en tesoros hasta llegar a la cercanía de los infiernos! En amplias cámaras subterráneas encontrará apilados en filas, grandes copas, bandejas y platos de oro. Encontrará también copas con rubíes engastados y, si quiere beber con ellas, encontrará a su lado vinos antiquísimos. Pero, si hay que creer al entendido, se pudrió la madera de las duelas y fue el tártaro del vino el que rehízo el tonel. Las esencias de tales nobles vinos, que acompañan al oro y las joyas, están sumidas en la noche y el horror. Aquí el sabio investiga infatigablemente. Lo que se conoce de día es

una broma. Los misterios habitan en la oscuridad.

EMPERADOR

Te la dejo a ti. ¿De qué sirven las tinieblas? Si algo tiene valor ha de salir a la luz. ¿Quién es capaz de reconocer al pícaro en la profunda noche? Entonces todas las vacas son negras y todos los gatos pardos. ¡Hinca tú el arado y saca a la superficie todos esos pucheros llenos de oro!

MEFISTÓFELES

Coge la pala y el azadón y cava tú mismo. Te hará bien el trabajo de campesino, y un rebaño de becerros de oro saldrá del suelo. Entonces, sin vacilar y alegre, podrás adornarte tú mismo y adornar a tu amada. El brillo del oro y de las piedras preciosas enaltece la belleza y la majestad.

EMPERADOR

Pues, adelante, ¡ya estoy impaciente!

ASTRÓLOGO (Igual que antes.)

Señor, modera esa perentoria codicia. ¡Deja que pasen las alegres fiestas! La mente distraída no nos permite alcanzar meta alguna. Primero hemos de moderarnos para, con lo que hagamos aquí arriba, merecernos lo que hay allí abajo.

EMPERADOR

¡Pase, pues, este tiempo en regocijo! Y llegue el deseado Miércoles de Ceniza, después que festejemos con más júbilo aún el loco carnaval.

(Trompetas. Exeunt)

MEFISTÓFELES

Estos idiotas nunca entenderán cómo van encadenados méritos y suerte. Si tuvieran la piedra filosofal, a la piedra le faltaría el filósofo.

ESCENA III: AMPLIA SALA CON CÁMARAS CONTIGUAS

(Dispuesta y adornada para el carnaval.)

HERALDO

Por estar dentro de las fronteras de Alemania, no penséis en danzas de diablos, de locos y de muertos, pues os espera una regocijante fiesta. Nuestro señor, en sus viajes a Roma y habiendo cruzado los altos Alpes, se ha granjeado las simpatías de un alegre reino por necesidad propia y para placer

vuestro. Él, el emperador, fue a pedir ante las Santas Sandalias el derecho al poder y, al ir allí a recoger la corona, se trajo consigo los gorros de carnaval. Ahora es como si acabáramos de nacer; cualquier hombre de mundo se lo pone con gusto en la cabeza, ajustándoselo a las orejas. Con él se asemeja a un loco de remate, pero, aun así, está tan cuerdo como puede. Ya veo cómo se reúnen en grupos, se separan dudando, se emparejan confiadamente y luego van juntándose unos coros con otros. ¡No tengáis reparo en entrar o salir! Al final todo quedará como al principio: el mundo, con sus cien mil bufonadas, seguirá siendo un loco.

JARDINERAS (Cantan, acompañándose de mandolinas.)

Esperando obtener vuestro aplauso,
nos hemos arreglado esta noche,
nosotras, jóvenes florentinas,
en la espléndida corte alemana.
En nuestros rizos castaños van
prendidas encantadoras flores.
Los hilos y los copos de seda
también contribuyen al conjunto.
Pues consideramos meritorio
y digno de alabanza sin más
que nuestras flores artificiales
mantengan su esplendor todo el año.
Retazos de diversos colores
van simétricamente dispuestos.
Los detalles pueden no gustar,
pero el conjunto os atraerá.
Resulta agradable contemplarnos,
jardineras galantes y jóvenes,
pues lo natural en la mujer
está emparentado con el arte.

HERALDO

Dejadnos ver los ricos canastos que lleváis sobre vuestras cabezas o que

apoyáis en vuestros brazos. ¡Que cada cual elija lo que quiera! ¡Pronto!, que en la hierba y los senderos se cree un jardín. Son tan dignas de alabanza las vendedoras como las mercancías.

JARDINERAS

Venid a este lugar ameno.

Mas no pretendáis regatear,
con pocas y sensatas palabras,
sepa cada cual lo que se lleva.

RAMA DE OLIVO CON FRUTOS

No me da envidia ninguna flor.
Evito todas las controversias,
repugnan a mi naturaleza;
yo soy la médula de la tierra
y además soy prenda y garantía,
en todos los lugares, de paz.

Hoy espero tener la fortuna
de engalanarte, bella cabeza.

GUIRNALDA DE ESPIGAS (Dorada.)

El don de Ceres al adornarnos,
por su gracia, seguirá dándonos;
¡que lo más ansiado en la escasez
se convierta en vuestro bello adorno!

GUIRNALDA DE FANTASÍA

Flores coloridas, como malvas,
prodigio floral hecho de musgo.

En la naturaleza es raro,
pero la moda lo hace normal.

RAMILLETE DE FANTASÍA

Teofrasto no se atrevería
a determinar cuál es mi nombre

y se podrá decir que no a todas,
pero a más de una agradaré
que dueña mía se quiera hacer
para así prenderme en sus cabellos
cuando se haya decidido a dejarme
un rinconcito en su corazón.

CAPULLOS DE ROSA (Provocativos.)

Las fantasías abigarradas
perviven, mientras dura la moda,
con formas prodigiosas y raras
de carácter sobrenatural.

Tallos verdes, campanillas de oro,
entre grandes rizos nos contemplan.

Nosotros nos quedamos ocultos,
feliz quien nos ve en flor.

Cuando el verano empieza a anunciarse,
se encienden los capullos de rosa,
¿quién se privará de tal placer?

Las promesas y su cumplimiento,
que imperan en el reino de Flora:
corazón y, a la vez, buen sentido.

(Las JARDINERAS colocan graciosamente sus mercancías bajo verdes
emparrados.)

JARDINEROS (Canto acompañado de tiorbas.)

Las flores van brotando serenas
y adornan vuestras nobles frentes.

Los frutos no quieren seducir,
todos disfrutamos comiéndonoslos.

Aunque no ofrezcan muy buena cara
ni cerezas ni melocotones

ni ciruelas, cómpralos; el ojo
no es buen juez de paladar y lengua.
Venid a comer con gusto y gozo
las sabrosas y maduras frutas.
A las rosas se cantan poemas,
mas las manzanas hay que morderlas.
Permitidnos, pues, emparejarnos
a vuestra flora joven y rica
y realzaremos estos puestos
con nuestra madura mercancía.
A la sombra de alegres guirnaldas,
en una adornada bóveda verde,
todo a la vez se puede encontrar:
capullos, hojas, flores y frutos.

(En cántico alternativo, con acompañamiento de guitarras y tiorbas, los dos coros siguen tocando, ofreciendo sus mercancías en montones que elevan sucesivamente.)

(Una MADRE con su hija.)

MADRE

Niña, cuando viniste a la vida,
te adorné con gorros de lana.
Era tan preciosa tu carita
y tu cuerpo de formas tan tiernas.
En seguida te vi como novia
y desposada con el más rico,
pensé que eras su mujercita.
Pero ya han pasado muchos años
y, la verdad, me temo que en vano.
Ya los variopintos pretendientes
se han sucedido uno tras otro.

Y es que mientras bailabas con uno,
a otro ibas haciendo señas
dándole en su codo con el tuyo.
Todas las fiestas que celebramos
no nos dieron el deseado fruto.
Ni en las prendas ni en el tercer hombre
pudimos cazar a tu marido.
Hoy los locos ya van por su cuenta,
mas si te mantienes a la espera,
de ti alguno se prenderá.

(Unas compañeras de juegos, jóvenes y bellas, se reúnen y se oye cada vez con más fuerza su confiada charla.)

(Pescadores y tramperos de pájaros con redes, anzuelos, varetas y otros instrumentos entran y se mezclan con las bellas muchachas. Los alternativos intentos de atraparse, escaparse y retenerse dan lugar a los más gratos diálogos.)

LOS LEÑADORES (Entrando impetuosos y toscos.)

Dejadnos paso. No lo impidáis,
necesitamos mucho espacio.
Estamos haciendo caer árboles
que dan contra el suelo con estruendo.
Y al llevarlos sobre nuestros hombros,
a veces se producen fuertes golpes.
Para que podamos trabajar,
despejad el lugar. Dispersaos.
Pues si no trabajaran los toscos
en las arduas labores del campo,
¿cómo podrían, pues, arreglárselas
las personas cultas y exquisitas
aun contando con todo su ingenio?
Así pues, de una vez aprended:

gracias a que nosotros sudamos,

vosotros no os morís de frío.

POLICHINELAS (Torpes, con un aspecto bastante necio.)

Vosotros sois unos tontos

que nacisteis encorvados.

Nosotros somos los listos

que jamás cargaron nada.

Y es que llevar nuestros gorros,

chaquetillas y colgajos

es una fácil tarea.

Estamos ociosos siempre.

Calzados con las pantuflas,

engrosamos multitudes,

caminamos sin destino

y nos quedamos pasmados,

para luego berrear.

Y al oírse tal estrépito,

huimos entre el tumulto

como ágiles anguilas.

Juntos vamos a saltar,

unidos vociferamos.

Ora podéis alabarnos,

ora podéis censurarnos,

que bien nos parecerá.

PARÁSITOS (Aduladores y codiciosos.)

Esos recios portadores

y sus parientes cercanos,

los activos carboneros,

son realmente nuestros hombres.

Y es que toda reverencia,

todos los asentimientos
y las retorcidas frases
que tienen doble sentido,
nos dan frío o calor
según cómo los tomemos.
¿A quién pueden importarles?
Si no tuviéramos leña,
ni existencias de carbón
con las que avivar pudiéramos
el fuego de nuestro hogar,
el cielo entonces tendría
que mandarnos desde arriba
una monstruosa llama.
Aquí se cuece y se asa,
allá hierven y cocinan.
Aquel que siempre disfruta,
el que rebaña los platos,
suele hacer el asado,
el pescado lo presiente
y con su comer activa
la mesa del anfitrión.
BEBEDOR (Inconsciente.)
No me llevéis la contraria.
Me siento libre y sincero,
canto alegre y jubiloso,
para eso he venido aquí.
Así bebo, bebo y bebo.
¡Chocad los vasos! Clin, clin.
Ven aquí tú que estás lejos.
Brindemos ya de una vez.

Mi mujer grita indignada,
tuerce el gesto al ver mi máscara
y aunque intento agarrarla
me pega con mi bastón.

Así bebo, bebo y bebo.

¡Chocad los vasos! Clin, clin.

Bastón pega cuanto quieras.

Brindemos ya de una vez.

No digáis que me equivoco.

Estoy donde yo deseo.

No fían los taberneros,

¡ya me fiará la criada!

Así bebo, bebo y bebo.

¡Chocad los vasos! Clin, clin.

Juntaos unos con otros.

Brindemos ya de una vez.

Siempre que me pongo alegre,
esto puede suceder:

quiero tumbarme en un sitio

no puedo tenerme en pie.

CORO

Así bebo, bebo y bebo.

¡Chocad los vasos! Clin, clin.

Tumbate bajo la mesa.

Brindemos ya de una vez.

(El HERALDO anuncia a diversos poetas: poetas de la naturaleza, cantantes de la corte y la caballería tanto sentimentales como entusiastas. Con el tumulto que forman al intentar competir entre sí, no hay ninguno que pueda tomar la palabra. Uno consigue hacerse oír.)

SATÍRICO

¿Sabéis qué me gustaría
conseguir como poeta?
Poder decir y cantar
lo que nadie quiere oír.

(Los poetas de la noche y de los sepulcros se disculpan porque acaban de meterse en una interesantísima conversación con un vampiro recién creado, de la que podría resultar un nuevo estilo poético; el HERALDO tiene que dejarlos a su aire e invocar a la mitología griega, que aun con su moderno disfraz no pierde carácter ni encanto.)

(Las GRACIAS.)

AGLAIA

Le damos gracia a la vida.
Poned gracia cuando deis.

HEGEMONE

Recibid también con gracia.
Obtener algo es muy grato.

EUFROSINE

Durante un día sereno
tenga la gratitud gracia.

(Las PARCAS.)

ATROPOS

A hilar me han invitado
hoy a mí, que soy la más vieja:
hay mucho que reflexionar
al hilo sutil de la vida.
Para que resulte flexible,
este hilo he desbastado:
fino, alisado e igual
lo pusieron mis diestros dedos.
Si durante el placer y el baile
no contuvierais los excesos,

no olvidaos del fin del hilo
y ¡cuidaos!: puede romperse.

CLOTO

Sabed que durante estos días,
las tijeras se me confiaron,
pues no era ejemplar el obrar
de mi vieja compañera.

Tenía tejidos inútiles
mucho tiempo al aire y la luz
y esperanzas de grandes logros
eran cortadas y enterradas.

Por su parte la juventud
hizo que perdiera mi rumbo,
hoy, para no extralimitarme,
en mi costurero hay tijeras.

Y así con gusto estoy sujeta
contemplando alegre el lugar,
vosotros, contando con tiempo,
no dejáis de fantasear.

LAQUESIS

A mí, la única sensata,
me han encargado del orden.
Mi siempre accionada tortera
nunca se apresura en exceso.
Los hilos se van devanando
y ninguno deo perderse.
Envío todos a donde deben,
para que se teja la trama.
Si alguna vez me distrajera,
el mundo se estremecería;

pasen las horas, pasen los años
y que el tejedor los recoja.

HERALDO

Aunque estéis versados en viejas escrituras, no conoceréis a las que ahora vienen. A pesar de los daños que ocasionan, al ver su aspecto las tendréis por las más esperadas huéspedes.

Es posible que nadie nos crea, pero estas, tan guapas, con tan buena figura, tan amigables y jóvenes, son las Furias. Eso sí, entablad relaciones con ellas y veréis cómo estas palomas dan mordeduras de serpiente.

Es cierto que son astutas, pero hoy en día, cuando todos los locos se jactan de sus carencias, ellas no pretenden tener fama de ángeles y reconocen ser la desolación de las ciudades y los campos.

(Las FURIAS.)

ALECTO

No podréis nada contra nosotras. Os inspiraremos confianza, pues somos jóvenes, guapas y zalameras. Si alguno de vosotros tiene una amada a la que valora como un tesoro, murmuraremos de ella a vuestro oído. Y luego os diremos a la cara que ella le hace guiños a ese o a aquel, que es tonta, jorobada, cojea y que, además, sería una mala esposa.

También sabremos acosar a la novia; le diremos que hace pocas semanas su novio habló despectivamente de ella. Aunque se reconcilien, siempre de la calumnia algo queda.

MEGERA

Eso no será nada, pues, cuando se casen, me ocuparé de ellos y sabré agriar la mayor felicidad con las manías. Ya se sabe que los humanos, lo mismo que las horas, son de ánimo desigual.

Nadie abraza firmemente lo deseado, pues siempre estúpidamente deseará otra cosa con más fuerza dejando de gozar de aquello a lo que se ha acostumbrado. Es como aquel que huyendo del sol pretende calentar la escarcha.

Me manejo muy bien en estos asuntos y envío a Asmodeo, mi fiel servidor, para esparcir a tiempo la desgracia. Así arruino a la especie humana por parejas.

TISÍFONE

Ofrezco, en lugar de malas lenguas,

puñal y veneno contra el malhechor.
Si amas a otro, antes o después,
la perdición se hará dueña de ti.
Lo más dulce que tenga aquel instante
se transformará en amarga hiel.
Aquí se actúa sin ninguna indulgencia:
lo que se cometió debe expiarse.
Que nadie le haga cantos al perdón,
yo elevo mis quejas ante las rocas,
y mira que dice el eco: ¡Venganza!
El adúltero no debe vivir.

HERALDO

Tened la amabilidad de apartaros, pues lo que viene no es de vuestra especie. Observad cómo avanza una montaña que tiene las laderas cubiertas con alfombras de muchos colores, tiene una cabeza con muchos colmillos y una trompa que serpentea. Si esto os resulta enigmático, yo os daré la solución. Sobre su nuca hay una mujer tierna y hermosa que la guía con precisión con una fina vara. La otra que arriba va en lucido orgullo, está rodeada de un brillante halo que me deslumbra. A su lado andan dos mujeres encadenadas, una tiene miedo y la otra está contenta.

Aquella desea y la otra se siente libre. ¡Que cada cual revele quién es!

TEMOR

Humeantes antorchas, luces, lámparas,
fulgen tenues en la confusa fiesta.
En medio de estos rostros engañosos,
las cadenas me mantienen sujeta.
Seguid con vuestras ridículas risas,
vuestras muecas me hacen sospechar.
Parece que todos mis enemigos
han decidido acecharme esta noche.
Un amigo se ha hecho mi enemigo,
su máscara ya me lo revelaba.

Aquel otro quería asesinarme;
y ahora, descubierto, se ha escapado.
¡Ay, con cuánto gusto me escaparía,
tomando cualquier rumbo, por el mundo!
Mas la perdición allí amenaza
y entre horror y tiniebla me retiene.

ESPERANZA

Queridas hermanas, sed saludadas:
ayer y hoy os habéis divertido
con vuestras máscaras y con disfraces.
Mas mañana todas con seguridad
quedaréis al fin desenmascaradas.
Y si, alumbrados por estas antorchas,
no nos halláramos bastante a gusto,
aprovechando días más alegres,
a nuestra voluntad completamente,
ya sea en soledad o en compañía,
andaremos por hermosas praderas
descansando cuando lo deseemos.
Y en una vida exenta de cuidados,
sin renuncias a todo aspiraremos.

PRUDENCIA

A dos enemigos de los humanos,
temor y esperanza, encadené.
Los he apartado de todos vosotros.
Abridme paso, que ya estáis salvados.
Ved cómo guío a este gigante,
ved cómo va cargado con su torre
y va caminando sin tropezar
por el sendero abrupto paso a paso.

Ahí en todo lo alto de la torre
se halla la diosa de ágiles alas
que extiende para ir a cualquier lugar
donde se pueda encontrar la ganancia.
Nos va llenando de esplendor y gloria,
su brillo se extiende a todas partes,
ante todos se hace llamar Victoria,
la diosa de toda actividad.

ZOILO-TERSITES

Uh, uh, vengo aquí, precisamente, a criticar a todos sin piedad. Sin embargo, hoy tengo como escogido objetivo a doña Victoria, que está ahí arriba. Con ese par de alas blancas se cree un águila y, a donde quiera que acuda, son suyas las naciones y las tierras. Pero siempre que se consigue algo glorioso, nace la furia en mí. ¡Arriba lo que está en las profundidades!, ¡abajo lo que está arriba!, enderezo lo curvo y curvo lo recto. Esto es lo único que me hace estar a gusto y lo hago por toda la faz de la Tierra.

HERALDO

¡Perro andrajoso!, que te golpee con un toque magistral la santa vara, te encorvarás y te retorcerás al momento. Esta doble figura enana pronto se convierte en una bola, en un bulto asqueroso. Pero, ¡oh prodigio!, el bulto se convierte en un huevo que se hincha y se divide en dos mitades de las que salen una pareja de mellizos, son la víbora y el murciélago; una avanza arrastrándose por el polvo, el otro vuela negro por los tejados; salen rápidos para unirse. En esa unión yo no querría ser el tercero.

MURMULLO

¡Pronto!, ya bailan allí atrás... ¡No!, preferiría alejarme... ¿Sientes cómo nos rodea con su vuelo esa raza espectral? Noto un roce por el pelo, no siento suelo firme bajo mis pies... Ninguno de nosotros está herido, pero todos estamos aterrados... Se echó a perder el ambiente festivo, esto es lo que querían estas bestias.

HERALDO

Desde que se me encomendaron las funciones de heraldo, vigilo estrictamente la entrada para que nada malo se cuele en este lugar de diversión. Nunca he vacilado, ni he cedido. Pero me temo que por las ventanas han entrado fantasmas aéreos y no sabría libraros ni de encantos ni de hechizos. El enano se ha hecho sospechoso y ahora atrás hay fuerzas en

torrente. Como heraldo me gustaría desvelaros el significado de estas figuras. Pero lo que no logro comprender no sé explicarlo tampoco: ¡ayudadme a entenderlo! ¿Lo veis abrirse paso entre la gente? En lujosa cuadriga va avanzando entre todos; pero el gentío no le abre camino, ni veo en ningún sitio que se agolpen. Lejos hay centelleos de colores, mientras brillan errantes vistosas estrellas como en una linterna mágica y todo avanza resoplando con la fuerza de una tempestad. ¡Paso, sitio! ¡Me siento estremecer!

MUCHACHO COCHERO

¡Alto!, ¡plegad vuestras alas, corceles!, sentid el acostumbrado tirón de riendas, dominaos igual que yo os domino e id rápido cuando os impulse. ¡Honremos estos sitios! Mirad cómo aumenta alrededor el número de los que contemplan, círculo tras círculo. ¡Vamos, Heraldo! Antes de que nos vayamos de vuestra presencia, empieza a nombrarnos y a describirnos a tu manera, pues somos alegorías y, como tales, nos debes conocer.

HERALDO

No sabría cómo llamaros, pero sí que podría describirte.

MUCHACHO COCHERO

Pues inténtalo.

HERALDO

Por lo pronto hay que reconocer que eres joven y hermoso. Aunque eres un mozo a medio crecer, a las mujeres les gustaría verte ya hecho. Veo que en el futuro vas a ser un galán, un auténtico seductor.

MUCHACHO COCHERO

¡Puede ser! Sigue y averigua la linda solución del acertijo.

HERALDO

El brillo negro de los ojos, la noche de los rizos alegrada por una diadema. ¡Qué hermoso ropaje fluye y cae desde los hombros hasta los tobillos con un espléndido borde de púrpura! Se podría pensar que eres una muchacha, pero para tu suerte o tu desgracia, lo pasarás bien entre muchachas y ellas te enseñarán el ABC.

MUCHACHO COCHERO

¿Y aquel que, con espléndida figura, va en el trono del coche, luciéndose?

HERALDO

Parece un soberano magnánimo y rico; ¡dichoso aquel que obtenga su favor! No tendrá ya nada por lo que porfiar; si algo falta lo advierte su mirada

y la pura alegría que siente al regalar es para él más importante que la posesión y la fortuna.

MUCHACHO COCHERO

No puedes quedarte ahí, tienes que seguir describiéndolo.

HERALDO

Lo digno no se puede describir. ¡Qué rostro más sano, con forma de luna llena, con esa boca gruesa y esas mejillas sonrosadas que relucen bajo las joyas del turbante; qué riqueza en los pliegues de su manto! Y ¿qué voy a decir de su elegancia? Me parece reconocer que es un rey.

MUCHACHO COCHERO

Se llama Pluto, es el dios de la riqueza. Viene en persona con todo lujo porque el Emperador desea verlo. HERALDO

¡Di tú mismo el cómo y el porqué!

MUCHACHO COCHERO

Yo soy el derroche, yo soy la poesía, soy el poeta que llega a la plenitud al derrochar su propia posesión. Yo soy también inmensamente rico y me considero en esto igual a Pluto; yo le animo y adorno sus festines y le sé procurar lo que le falta.

HERALDO

La presunción te queda muy bien, pero muéstranos tus artes.

MUCHACHO COCHERO

Me basta un chasquear de los dedos para que el coche brille y en torno a él surja un fulgor. ¡Mirad, de ahí sale un collar de perlas! (Sigue chasqueando los dedos a un lado y a otro.) ¡Tomad broches de oro para el cuello y las orejas!, ¡también tengo diademas y peinetas sin defectos y valiosas joyas en forma de anillo! De vez en cuando lanzo algunas llamas aguardando que prendan en alguien.

HERALDO

Cómo se afana la buena gente por cogerlas. Casi aplastan al mismo que las da. Lanza joyas como quien chasquea los dedos, parece un sueño, y en la amplia sala todos se pelean. Pero estoy viendo ya otro nuevo truco: lo que con tanta avidez agarraron les reporta una mala recompensa, el regalo se disuelve y se deshace. Aquel collar de perlas se convierte en escarabajos que pululan por la mano. El pobre necio se los sacude y ahora le zumban por la cabeza. Y los demás, en vez de cosas sólidas, atrapan pérfidas mariposas. El pícaro que tanto prometía sólo concede brillo de oropel.

MUCHACHO COCHERO

Veo que sabes anunciar las máscaras, pero explorar la esencia que hay tras lo externo no es cosa de heraldos de la corte, eso exige una vista más aguda. Pero no quiero entrar en discusiones; a ti, señor, dirigiré mis palabras y mis preguntas. (Volviéndose hacia PLUTO.) ¿No me encomendaste tú la borrasca que es esta cuadriga? ¿No la guío felizmente como tú mandas? ¿No estoy allí donde tú indicas? ¿Y no supe hallar con impulsos audaces la palma para ti? Siempre que luché por ti me sonrió la suerte. Cuando adornó el laurel tu frente, ¿acaso no lo trencé con sentido y destreza?

PLUTO

Si es necesario dar testimonio de ti, lo daré con gusto: tú eres espíritu de mi espíritu. Actúas constantemente conforme a mi sentir. Eres más rico que yo. Aprecio, como paga de tus méritos, la rama verde más que todas mis coronas. En verdad os digo a todos: hijo amado, en ti me complazco.

MUCHACHO COCHERO (A la multitud.)

Los mayores regalos de mi mano, ¡mirad!, están esparcidos a mi alrededor. En esta o aquella cabeza ha prendido una llamita que he encendido yo. Esta salta de una a otra, se para en una, salta luego a aquella y raramente prende y sube a lo alto, ardiendo rauda en breve florecer; pero, en cambio, se les extingue a muchos antes de darse cuenta, tristemente.

CHARLOTEO DE MUJERES

El que está en el coche de caballos
es sin duda alguna un charlatán,
lleva un mamarracho a sus espaldas
que parece padecer sed y hambre.
Como nunca lo llegó a ver nadie,
le da igual aunque lo pellizquen.

EL ENTECO

Apartaos de mi cuerpo, asqueroso mujerío. Sé que nunca me entenderé con vosotras. Cuando aún se ocupaba la mujer del hogar, yo me llamaba Avaricia, entonces todo andaba bien en nuestra casa, entraba mucho y no salía nada. Yo me ocupaba con celo de las arcas y los armarios; ¡que a esto se le llame pecado! Pero como en los tiempos más recientes, las mujeres no suelen ahorrar y, como toda mala pagadora, tiene más deseos que dinero; al hombre le falta mucho por aguantar; allá donde mira encuentra deudas. Lo que puede reunir, ella lo gasta, en su cuerpo o en su amante; y también come mejor y

bebe más con el miserable ejército de galanteadores. Esto aumenta en mí el ansia de oro: soy masculino, soy el afán.

CORIFEA DE LAS MUJERES

Que el dragón sea avaro con los dragones. Al fin todo es mentira y engaño. Este viene a excitar a los hombres y ya son suficientemente molestos.

MUJERES EN MASA

Dadle una bofetada a ese espantapájaros.

¿Por qué nos amenaza con la cruz del martirio?

Él es tan sólo una caricatura espantosa.

Esos dragones son de madera y de cartón.

Adelante, golpeadle con toda la fuerza.

HERALDO

¡Obedeced mi vara!, ¡estaos quietas! Pero ya veo que apenas necesitáis de mi ayuda; mirad cómo los monstruos llenos de ira han conseguido hacerse sitio y despliegan sus dos parejas de alas. Enfurecidos se agitan los dragones, llenos de escamas y escupiendo fuego; la multitud huye y queda libre el sitio.

(PLUTO baja del coche.)

¡Qué regimiento ha descendido! Hace señas, los dragones se mueven y han traído del coche un cofre lleno de oro y de codicia. Ya está a sus pies. Es un prodigio cómo ha sucedido.

PLUTO (Al COCHERO.)

Ya que te has desprendido de ese horrible peso y estás libre y sin trabas, ¡corre a tu esfera! No es la de aquí. Aquí, confusas, agitadas y salvajes, nos rodean visiones grotescas. Sólo allí donde miras claro a la noble claridad, y eres dueño de ti y en ti confías, ve allí donde lo bello y lo bueno agrada, ve a la soledad y haz allí tu mundo.

MUCHACHO COCHERO

Por estimarme digno embajador te quiero como próximo pariente. Donde tú permaneces hay abundancia; donde estoy, todos notan magníficas ganancias. Él duda frecuentemente en la paradójica vida. ¿Debe entregarse a ti o a mí? Es verdad que los tuyos pueden dormir ociosamente, mas quien me sigue siempre tiene algo que hacer. Yo no hago mis acciones ocultamente, sólo con respirar ya me he revelado. ¡Adiós, pues! Tú me otorgas ya mi dicha, pero bastará que suspires para que vuelva de inmediato. (Se va como vino.)

PLUTO

Ya es hora de dejar libres los tesoros. Al tocar los candados con la vara del heraldo, ¡mirad!, ¡se abren! En ollas de bronce se crea y bulle una flora dorada: los ornamentos de coronas, cadenas, anillos. Todo va creciendo y parece que va a ser tragado al fundirse.

GRITERÍO ALTERNO DE LA GENTE

Mirad qué ricamente mana aquí.

El arca está rellena hasta los bordes.

Los dorados recipientes se funden.

Salen rodando discos acuñados.

Recién labrados, los ducados saltan.

Siento en mi pecho la agitación.

Mis ojos ven lo siempre deseado.

Todo está esparcido por el suelo.

Si se os ofrece, usadlo en seguida.

Con sólo agacharos seréis ricos.

Nosotros, rápidos como el relámpago,
nos apoderaremos de ese cofre.

HERALDO

¿Qué pretendéis, locos?, ¿cómo me hacéis esto? Esta noche no se deben tener más deseos. Es sólo una broma de la mascarada. ¿Creéis que os van a dar oro y piedras preciosas? En este juego ya sería demasiado que os regalaran calderilla. Necios, ¿una apariencia hábilmente tramada puede ser igual que la rotunda verdad? ¿Significa la verdad algo para vosotros? Una obstinada locura se ha apoderado de vuestras cabezas. Tú, Pluto disfrazado, héroe de máscaras, ¡aparta de mi camino a todos estos!

PLUTO

Tu vara es la apropiada a tal efecto; préstamela un momento, con rapidez la sumergiré en el hervor que bulle. Ahora, máscaras, atención, ¡mirad cómo centellea y se dilata echando chispas! La vara ya está al rojo vivo y quien se acerque mucho quedará abrasado sin misericordia. Ahora comienzo mi ronda.

GRITERÍO Y TUMULTO

¡Ay!, viene contra nosotros.

¡Que huya quien pueda hacerlo!

¡Atrás! ¡Atrás los del fondo!
¡Siento que me arde la cara!
¡Me oprime esa vara ardiente!
¡Todos estamos perdidos!
¡Atrás, tumulto de máscaras!
¡Atrás, demente gentío!
¡Volaría si pudiera!

PLUTO

El corro ya se ha echado atrás y nadie, al parecer, se ha abrasado. La gente ha ido cediendo, está muy asustada. Pero, para asegurar tal orden, voy a trazar un círculo invisible.

HERALDO

Has cumplido un gran trabajo, he de agradecerlo a tu prudente fuerza.

PLUTO

Todavía hay que tener paciencia, noble amigo: aún amenazan muchos tumultos.

AVARICIA

Si se desea, se puede contemplar ese corro con todo placer, pues siempre van delante las mujeres por si hay algo que curiosear o de qué cotillear. Una bella mujer es siempre bella y, ahora, como no me cuesta nada, voy a pretender a alguna con audacia. Pero como este sitio está rebosante, no todos los oídos son sensibles a cada una de las palabras. Con prudencia me aventuraré a expresarme por medio de un pantomima. No bastan pies, manos y ademanes, y tengo que emprender alguna farsa. Trataré el oro como arcilla blanda, pues con este metal se puede hacer de todo.

HERALDO

¿Qué está diciendo ese loco enteco? ¿Es posible que alguien con hambre tenga humor? Está convirtiendo todo el oro en pasta que se deshace entre las manos; y por más que lo aprieta y le da vueltas, sigue siempre sin forma. Ahora se dirige a las mujeres: todas gritan y quieren escaparse, y le hacen ademanes de rechazo. El pícaro está dispuesto a hacer el mal, temo que incluso se divierte si puede quebrantar las buenas costumbres. No puedo permanecer callado al verlo, ¡dame mi vara, que voy a expulsarlo!

PLUTO

¡No presiente lo que puede amenazarnos desde fuera!, ¡dejadle hacer locuras! No le quedará sitio para sus tonterías, pues si la ley tiene fuerza, más fuerza tiene la escasez.

ESTRÉPITOS Y CANTOS

Viene el ejército salvaje
desde las cimas y los valles.

Irresistiblemente avanzando,
cantan alegres al gran Pan.

Saben lo que todos ignoran
y entran en el vacío círculo.

PLUTO

Os conozco muy bien a vosotros y a vuestro gran Pan. Juntos habéis dado atrevidos pasos. Yo sé lo que no todos saben. Y os abro respetuosamente este estrecho círculo. ¡Ojalá les acompañe siempre la buena suerte! No saben hacia dónde les llevan sus pasos, no lo han previsto.

CANTO SALVAJE

La gente elegante de las lentejuelas
va vestida ahora tosca y rudamente,
sus altos brincos y rápida carrera
le dan un aspecto recio y vigoroso.

FAUNOS

La horda de los faunos está en baile placentero con guirnaldas de hojas de encina sobre sus cabellos rizados y con las orejas finas y puntiagudas que asoman entre los rizos. Tienen nariz chata y la cara ancha, lo cual nunca desagrada a las mujeres. Es difícil que la más bella de todas niegue el baile cuando el fauno la toma del brazo.

SÁTIRO

Detrás viene el sátiro brincando con pezuña de chivo y patas entecas; estas tienen que ser delgadas y fibrosas. En la cumbre del monte, como una gamuza, se divierte mirando alrededor. Se siente reconfortado por el aire de la libertad y se burla de los niños, los hombres y las mujeres, que, hundidos en la niebla del valle, creen que también viven muy a gusto. Mientras tanto a él pertenece el mundo de las alturas, sin trabas y en toda su pureza.

GNOMOS

Aquí viene un pequeño grupo al trote, no les gusta andar a pares; con su traje musgoso y lamparitas relucientes se mueven deprisa, entremezclándose y atendiendo cada cual a lo suyo, lo mismo que un enjambre de luciérnagas. Pululan activos de aquí para allá y en su laboriosidad se entrecruzan.

Somos parientes de los enanitos buenos, somos los conocidos cirujanos del monte. Sangramos los más altos montes, los sangramos a vena abierta, sacando metales a montones, después de saludarnos y desearnos «¡Buena suerte!, ¡buena suerte!». Esto es absolutamente bien intencionado: somos amigos de los hombres buenos. Pero sacamos el oro a la luz para que con él haya robos y corrupción. No le falta hierro al orgulloso que proyecta matar a gran escala. Y quien desprecia los tres mandamientos tampoco tiene en cuenta los demás. Pero no es culpa nuestra, por eso, tened paciencia como nosotros.

GIGANTES

A nosotros nos llaman los hombres salvajes y somos conocidos en los montes del Harz; con toda la fuerza y desnudos con naturalidad avanzamos gigantesco todos juntos. Llevamos un tronco de pino por bastón, un abultado cinturón en torno al cuerpo y un tosco mandil de ramas y hojas. Somos una guardia personal mejor que la del Papa.

NINFAS A CORO (Rodeando al gran PAN.)

El también viene aquí:

el todo de este mundo

está representado

en el grandioso Pan.

Las más alegres rodeadle,

emboscadle en la zarabanda,

porque siendo sincero y bondadoso,

quiere que todos estemos contentos

y bajo la bóveda azul del cielo

se mantuvo constantemente en vela;

pero a sus pies corrieron los arroyos

mientras la suave brisa lo arrullaba.

Y cuando está durmiendo al mediodía,

no se mueven las hojas en las ramas.

¡Balsámico aroma de sanas plantas,

llena ese quedo silencio del aire!
La ninfa no puede ya estar despierta
y si lo intenta, se queda dormida.
Entonces, con violencia y brusquedad,
se escucha retumbar la voz de Pan
como un rugido de un rayo o del mar.
Nadie sabe cuál es su procedencia.
El valiente ejército se dispersa,
el estruendo hace que el héroe tiemble.
¡Honremos pues al que se lo merece
y salve a aquel que hasta aquí nos trajo!

DELEGACIÓN DE LOS GNOMOS (Ante el gran PAN.)

Cuando el espléndido filón
surge en venas en el abismo,
sólo una varita mágica
nos sacará del laberinto.
Cavamos en oscuras grutas
nuestras troglodíticas casas,
y a los aires puros del día,
compartimos nuestros tesoros.
Ahora descubrimos al lado,
¡oh, prodigio!, una fuente
que promete dar, cómodamente,
lo que apenas puede lograrse.
Tú sí puedes llevarlo a cabo,
ponlo bajo tu protección:
estando el tesoro en tus manos
a todos beneficiará.

PLUTO (Al HERALDO.)

Hemos de mantener elevado el ánimo y ver pasar confiados lo que ocurra;

siempre tuviste el más recio valor. Ahora va a pasar algo espantoso, el mundo y la posteridad lo negarán, pero tú anótalo fielmente en tus anales.

HERALDO (Tomando la vara que tiene PLUTO en la mano.)

Los duendes llevan silenciosos al gran Pan al manantial de fuego que bulle en el más profundo hondón de paso hacia un abismo que mantiene abierta su boca y en el que el magma hierve. El gran Pan se acerca animoso a disfrutar del extraño espectáculo de perlas de espuma borbollando a izquierda y derecha. ¿Cómo puede confiar en tal cosa...? Se inclina a mirar las profundidades. Pero, mirad, su barba cae dentro. ¿Quién será el del rostro lampiño? La mano nos lo oculta a la mirada. Ahora ocurre una gran desgracia: la barba se enciende y vuela subiendo por donde cayera, y abrasa la corona, la cabeza y el pecho. El placer se transforma en dolor. La gente acude para apagar el incendio, pero nadie se libra de las llamas y cuanto más se manotea y más golpes se dan, más llamas se levantan. Sumido en el ardiente elemento se ha abrasado todo un montón de máscaras.

Pero, ¿qué escucho que nos dicen? ¿Qué se cuchichea por todos los oídos y va de boca en boca? Oh noche eternamente desgraciada, ¿qué dolor nos trajiste? El inmediato día anunciará lo que nadie oirá con agrado, pero escucho por todas partes: «El Emperador sufre grandes penas». ¡Oh, si fuera verdad algo distinto! Arde el Emperador con su séquito. Caiga la maldición sobre aquella que le indujo, adornada con guirnalda resinosa, a alborotar en cantos desatados para ruina y catástrofe de todos. Oh, juventud, juventud, ¿no limitarás nunca el regocijo a su justa medida? Oh Majestad, oh Majestad, ¿no ha de ser jamás tu sensatez como tu fuerza? El bosque ya está en llamas, que con puntiagudas lenguas se levantan y lamen el artesonado del techo; un incendio universal nos amenaza. Ya reina una aflicción sin medida, no sé quién nos salvará. Todo el lujo imperial será mañana el montón de cenizas que hizo una noche.

PLUTO

El miedo ya se ha extendido.

Sólo necesito ayuda.

Golpea fuerte, vara sacra.

¡Que el suelo tiemble y se estremezca!

¡Tú, aire espacioso y abierto,

llena todo con fresco aroma!

¡Venid aquí y concentraos,

densas nieblas, cirros preñados,

a apagar este gran incendio!
¡Pequeñas nubes, encrespaos!
Exhalando vuestra humedad
luchad para extinguir el fuego,
vosotras las reconfortantes.
Convertid en luz de tormenta
ese vano juego de llamas.
Si amenazan los espíritus,
recurriremos a la magia.

ESCENA IV: JARDÍN DE RECREO

(Mañana de sol.)

(El EMPERADOR y la corte. FAUSTO y MEFISTÓFELES distinguidos, sin llamar la atención, vestidos según los usos vigentes y ambos de rodillas.)

FAUSTO

¿Perdonarás, Señor, ese juego de ilusionismo con llamas?

EMPERADOR (Haciéndoles señas de que se levanten.)

Me gustan mucho las bromas de ese estilo. De pronto me hallé dentro de una ardiente esfera. Casi creía que era Plutón. En un abismo de tinieblas y carbón abierto, en las rocas ardían pavesas. De esta y aquella sima se alzaban miles de salvajes llamaradas en remolino, que se unían en su parte superior formando una bóveda. Las lenguas subían hasta la cúpula más alta, que continuamente estaba formándose y deshaciéndose. En la lejanía, por entre las retorcidas columnas de fuego, veía conmovido largas hileras de gente que se acercaban en ancho cerco y me homenajeban como habitualmente. De mi corte reconocí a unos cuantos. Parecía el rey de mil salamandras.

MEFISTÓFELES

Lo eres, Señor, pues cada uno de los elementos reconoce incondicionalmente tu majestad. Ya has comprobado la obediencia del fuego. Arrójate en el lugar del mar donde más furia tengan las olas, y apenas pises un fondo rico en perlas, en torno a ti se formará una espléndida esfera y verás fluctuar ondas de color verde claro con una espumosa cresta color púrpura para hacerte a ti, su centro, la más bella mansión. A cada paso que des, los

palacios te acompañarán. Los mismos muros disfrutarán de vida, se moverán con un hormiguelo rápido como de flecha acá y allá. Los monstruos marinos se agolparán para contemplar la nueva y grata visión, se lanzarán hacia ella, pero no podrán penetrar en su interior. Juguetearán allí dragones de escamas doradas llenos de colorido, el tiburón abrirá la boca y tú te reirás ante sus fauces. Aunque hoy la corte esté fascinada ante ti, jamás verá a tu alrededor semejante tumulto. Pero no por eso te verás privado de lo más encantador. Las Nereidas, curiosas, se acercarán a tu magnífica mansión por entre el frescor eterno. Las más jóvenes, tímidas y voluptuosas, las de más edad, prudentes. Pronto lo sabrá Tetis, que ofrecerá su mano y sus labios al segundo Peleo... Después vendrá el sitio en las regiones del Olimpo...

EMPERADOR

Te dejo a ti los espacios aéreos. A ese trono se sube demasiado rápido.

MEFISTÓFELES

Y la Tierra, altísimo Señor, la tienes ya.

EMPERADOR

¡Qué feliz destino te trajo aquí directamente venido de las Mil y una noches! Si en fecundidad te asemejas a Scherezade, te garantizo que contarás con el mejor de mis favores. Pero permanece dispuesto para cuando tu mundo monótono me aburra como suele ser habitual en mí.

SENESCAL (Entrando apresuradamente.)

Serenísimo Señor, en mi vida he imaginado tener que anunciar una dicha más grande que esta que ahora me congratula y que me trae alegre a vuestra presencia. Cuenta tras cuenta ha sido pagada y se han apartado de nosotros las garras de la usura. Me he liberado de esa pena infernal, en el Cielo no podría sentirme mejor.

MARISCAL DE LOS EJÉRCITOS (Siguiendo con precipitación.)

Hemos pagado a cuenta la soldada; todo el ejército ha vuelto a alistarse, el lansquenete siente renovada su sangre y el posadero y las fulanas están de enhorabuena.

EMPERADOR

¡Cómo respiráis con el pecho ensanchado!, ¡qué aliviada se ve vuestra cara llena de arrugas!, ¡con cuánta rapidez acudís!

TESORERO (Uniéndose a los demás.)

Pregúntales a estos que han realizado la obra.

FAUSTO

Eso debe exponerlo el Canciller.

CANCILLER (Que viene avanzando despacio.)

Bastante contento estoy en mi vejez. Oíd y ved este papel fatídico que ha transformado la pena en dicha. (Lee.) «Para todo aquel que le concierna, sépase que este billete tiene valor de mil coronas. Como garantía lleva en prenda un sinfín de tesoros enterrados en territorio imperial. Se ha ordenado, que una vez extraídos, se canjeen por aquel.»

EMPERADOR

Presiento que aquí se ha cometido un crimen, una monstruosa farsa. ¿Quién falsificó aquí la firma del Emperador? ¿Ha de quedar impune ese delito?

TESORERO

Recuerda que tú mismo esta noche lo firmaste. Hacías el papel de gran Pan y el Canciller se acercó a ti acompañado de nosotros. «Asegúrate el gran placer de la fiesta, procura el bienestar del pueblo con unos pocos trazos de pluma.» Firmaste con claros trazos y esa misma noche los grabadores lo imprimieron a miles. Para que el beneficio llegara a todos por igual, timbramos la serie entera enseguida. Ya tenemos dispuestos los billetes de diez, de treinta, cincuenta y cien. No sabéis el bien que se le ha hecho al pueblo. Recuerda cómo estaba antes tu ciudad enmohecida por la muerte y ve cómo, ahora, todo vive y bulle alegremente. Aunque tu nombre ya reportaba alegría a todo el mundo, nunca ha sido hasta hoy mejor considerado. Ahora el alfabeto está de más, con este signo todo el mundo es feliz.

EMPERADOR

¿Y mi gente lo acepta como si fuera oro? ¿A la corte y el ejército les sirve de paga? Aunque me extraña, he de dejar que esto siga adelante.

SENESCAL

Estos papeles no podrían frenarse; se han diseminado con la rapidez del rayo. Las casas de cambio están abiertas día y noche y en ellas se hace honor a cada papel con oro y plata, aunque, es cierto, con descuento. De allí se va entonces al carnicero, al panadero y a la bodega. La mitad del mundo parece sólo pensar en festines y el otro medio presume con su traje nuevo. El pañero corta tela, el sastre cose. Al grito de «Viva el Emperador» mana el vino en las bodegas, allí se asa, se cuece y se hace chascar los platos.

MEFISTÓFELES

Quien a solas pasea por las terrazas percibe a la mujer más bella magníficamente ataviada, con uno de sus ojos cubiertos por un soberbio

abanico de plumas de pavo real. Nos sonrío y con la vista sigue uno de esos billetes que, con más rapidez que todo ingenio y elocuencia, nos darán los mejores dones del amor. No habrá ya que torturarse acarreado bolsas ni talegas, es fácil llevar un papelito en el pecho y este hace muy buena pareja con los billetes amorosos. El sacerdote lo lleva en el breviario con piedad, y el soldado, para gastarlo con más presteza, se desabrocha rápido el cinturón prieto a sus riñones. Perdone, su Majestad, si parezco rebajar su obra y presentarla insignificante.

FAUSTO

La abundancia de tesoros que permanecen intactos y enterrados en vuestras tierras, yacen sin utilizarse. El pensamiento de más alcance resulta miserablemente limitado al tratar de concebir tal riqueza. La fantasía en su más alto vuelo se esfuerza y no lo logra nunca. Con todo, los espíritus dignos de contemplar lo profundo confían ilimitadamente en lo ilimitado.

MEFISTÓFELES

Un papel de esos, en lugar del oro y las perlas, es tan cómodo. Con ellos se sabe lo que se tiene. No hacen falta ni regateos ni cambios para embriagarse de vino y de amor. Si se quiere metal, siempre hay cambistas. Si este falta, se cava durante un tiempo. Las copas y las cadenas se ofertan en subasta y el papel se amortiza para vergüenza del escéptico, que se ríe de nosotros. Nada es mejor en cuanto uno se ha acostumbrado. Desde hoy en las tierras del imperio habrá suficientes joyas, oro y papel.

EMPERADOR

Mi imperio te agradece este alto bien. Si es posible, mi premio será de igual valor que tu servicio. Te confío el subsuelo del imperio; serás un digno custodio de los tesoros. Conoces su riqueza grande y bien guardada y, siempre que se cave, se hará siguiendo tus consejos. Poneos de acuerdo, encargaos de nuestros tesoros, desempeñad con alegría las responsabilidades de vuestro cargo, donde felizmente se unen el mundo superior y el de abajo.

TESORERO

No tendremos entre nosotros ni la más mínima disputa. Me gusta el hechicero de colega. (Sale con FAUSTO.)

EMPERADOR

Ofreceré obsequios a cada uno de los miembros de la corte, si me dicen en qué los emplearán.

PAJE (Recibiendo el obsequio.)

Viviré con placer, tranquilidad y disfrutaré de las cosas buenas.

OTRO (Igualmente.)

Yo mismo le conseguiré a mi amada sortijas y una cadena.

UN CHAMBELÁN (Lo mismo.)

Desde ahora beberé vinos el doble de buenos.

OTRO (Lo mismo.)

Ya empieza a escocerme tener los dados en el bolsillo.

PORTAESTANDARTE (Con circunspección.)

Libraré de deudas mi castillo y mis tierras.

OTRO (Igual.)

A este tesoro añadiré tesoros.

EMPERADOR

Esperaba de vosotros afán y alientos nuevos, pero el que os conoce sabe bien adivinar vuestras intenciones. Bien lo advierto: en medio de estas florecientes riquezas, seguís siendo igual que antes.

BUFÓN (Llegando.)

Estáis prodigando obsequios, donadme alguno a mí también.

EMPERADOR

¿Estás aún vivo? Seguro que te los beberás.

BUFÓN

¡Son hojas mágicas! No entiendo muy bien.

EMPERADOR

Cógelas, pues te han tocado en suerte. (Se va.)

BUFÓN

Me habrían tocado cinco mil coronas.

MEFISTÓFELES

Así que has resucitado, odre bípedo.

BUFÓN

Eso me sucede a menudo, pero nunca ha estado tan bien como hasta ahora.

MEFISTÓFELES

Te alegras tanto que sudas.

BUFÓN

¿Lo que hay aquí tiene valor de moneda?

MEFISTÓFELES

Con eso tienes para todo lo que les apetezca a la barriga y al gaznate.

BUFÓN

¿Puedo comprar tierra, casa y ganado?

MEFISTÓFELES

¡Está claro! Sólo pide, que no te faltará nada.

BUFÓN

¿Y castillo con bosque, caza y un arroyuelo con pesca?

MEFISTÓFELES

¡Sin duda! Cómo me gustaría verte hecho un gran señor.

BUFÓN

Esta misma tarde me pavonearé en mis dominios. (Se va.)

MEFISTÓFELES (Solo.)

¿Quién duda del ingenio de este bufón?

ESCENA V: GALERÍA OSCURA

(FAUSTO. MEFISTÓFELES.)

MEFISTÓFELES

¿Por qué me traes a estos oscuros pasadizos? ¿No hay suficiente alegría ahí, y en el tumulto abigarrado de la corte no hay ocasión para la broma y el engaño?

FAUSTO

Deja ya eso, desde siempre ese ha sido tu estilo y lo has gastado hasta las suelas. Pero ahora tu ir y venir sólo es para no soltarme prenda. Con todo, se me incita a hacer algo: el Senescal y el Chambelán me empujan; el Emperador quiere que le haga ver al momento a Helena y Paris. Quiere ver nítida y delimitada la figura de los arquetipos del hombre y la mujer. ¡Vamos!, ¡manos a la obra! No puedo faltar a mi palabra.

MEFISTÓFELES

No tuvo sentido hacer tan frívolamente una promesa.

FAUSTO

Compañero, no te has dado cuenta a donde nos han llevado tus artificios. Antes le hemos enriquecido, ahora le tenemos que divertir.

MEFISTÓFELES

Es una locura pensar que eso se puede arreglar de un momento para otro. Aquí nos encontramos ante escalones más empinados. Entrando en dominios absolutamente extraños, contraes con temeridad nuevas deudas. ¿Piensas que es tan fácil producir a Helena como a ese fantasma del papel moneda? Si quieres brujas, sombras de fantasmas o enanos con paperas puedo servirte enseguida. Mas las amantes del diablo, sin ánimo de ofenderlas, no pueden servir de heroínas.

FAUSTO

¡Ya estamos otra vez con la vieja cantinela! Contigo siempre se va a parar a lo incierto. Eres el padre de todos los obstáculos. Por cada favor quieres nueva remuneración. Bastará un murmullo y lo lograrás; seguro que después de volverme de espaldas un momento, estará ante mí.

MEFISTÓFELES

Los paganos me resultan ajenos; habitan en su propio infierno; pero hay un medio.

FAUSTO

¡Habla sin demora!

MEFISTÓFELES

No me gusta descubrir tan alto misterio. Hay diosas que reinan sentadas en soledad en sus tronos. A su alrededor no hay espacio, ni mucho menos tiempo. Hablar de ellas es muy dificultoso. Son las Madres.

FAUSTO (Asustado.)

¡Las Madres!

MEFISTÓFELES

¿Sientes miedo?

FAUSTO

¡Las Madres!, ¡Madres! ¡Suena tan extraño!

MEFISTÓFELES

Y lo es. Son diosas desconocidas por vosotros, los mortales, y a las que a nosotros no nos gusta nombrar. Para llegar a su morada habrás de cavar hasta lo más profundo. Tú tienes la culpa de que tengamos que recurrir a ellas.

FAUSTO

¿Por dónde está el camino que hay que tomar?

MEFISTÓFELES

¡No hay ningún camino! Vas adonde nadie pisó ni podrá pisar; vas a lo que no se ha accedido y permanece inaccesible. ¿Estás preparado? Allí no hay cerraduras ni cerrojos que remover; estarás sumido en la soledad. ¿Has llegado a concebir lo que son el desierto y el aislamiento?

FAUSTO

Podrías ahorrarte esas palabras, pues esto me huele a cocina de bruja, a una época lejana del pasado. ¿No he tenido que entrar en contacto con el mundo? ¿No he tenido que aprender lo que es el vacío y enseñar el vacío? Cuando me parecía hablar razonablemente, la contradicción resonaba con redoblada fuerza; por eso, ante tanta contradicción, tuve que huir hacia la soledad, hacia lo no transitado, y para no estar completamente sólo tuve que entregarme al diablo.

MEFISTÓFELES

Aunque cruzaras a nado el océano y miraras en él lo ilimitado, en él al menos verías venir ola tras ola. Aunque temieras sucumbir e irte al fondo, algo verías. Seguro que verías deslizarse delfines en la mansedumbre del mar en calma. Verías las nubes, el Sol, la Luna y las estrellas. Pero no verás nada en la lejanía eternamente vacía, no oirás los pasos que des ni encontrarás nada firme para descansar.

FAUSTO

Hablas como el primero de los mistagogos que haya engañado a fieles neófitos; sólo que a la inversa. Me mandas al vacío para que aumente mi arte y mi fuerza. Me tratas como al gato aquel, para ver si te saco las castañas del fuego. Pero vamos, profundicemos, en la nada espero encontrar el todo.

MEFISTÓFELES

Te alabo ahora, antes de que te separes de mí. Veo que conoces bien al diablo. Toma esta llave.

FAUSTO

¡Qué pequeñez!

MEFISTÓFELES

¡Tómala y no la tengas en poco!

FAUSTO

¡Crece en mi mano, resplandece, destella!

MEFISTÓFELES

¿Notas ya cuánto posees al tenerla? La llave te ayudará a intuir cuál es el camino adecuado. Síguela en tu descenso, te llevará hasta las Madres.

FAUSTO (Estremecido.)

¡Las Madres!, ¡siempre que lo escucho es como si me dieran un golpe!

MEFISTÓFELES

¿Eres tan limitado que una nueva palabra te aturde? ¿Sólo quieres oír aquello que ya has oído? Aunque siga sonando, que no te trastorne. Ya estás habituado a las cosas más extrañas.

FAUSTO

Pero mi salvación no está en lo estático, el estremecerse es lo más noble que hay en el hombre. Por muy caro que le haga pagar el sentimiento el mundo, es en la emoción donde el hombre alcanza a intuir lo inconmensurable.

MEFISTÓFELES

¡Desciende, pues!; aunque también podría decirte: ¡asciende! Es lo mismo. Huye de lo que tiene existencia y ve hacia el libre reino de las formas. Goza de aquello que hace mucho tiempo que es inaccesible. El torbellino se enrosca como hileras de nubes. Mueve la llave y mantenla lejos del cuerpo.

FAUSTO (Fascinado.)

¡Bien!, al empuñarla con fuerza siento un nuevo vigor. Se me ensancha el pecho y se apresta a emprender grandes obras.

MEFISTÓFELES

Un trípode ardiente te dará a conocer que habrás llegado al fondo, al fondo más profundo. Con ayuda de su fulgor, verás a las Madres. Unas están sentadas, otras están de pie y andan según el azar las lleve. Y siempre, formación y transformación, el eterno sentido del juego eterno. Rodeadas de las formas de todas las criaturas, ellas no te verán, pues sólo ven esquemas. Ten entonces valor, porque el peligro es grande, corre al trípode y tócalo con la llave.

(FAUSTO, con la llave en la mano, hace un ademán resuelto e imperativo.)

¡Muy bien! El trípode se une a ti, te sigue como si fuera tu fiel criado. Ascendes tranquilo, la fortuna te eleva, y antes de que ellas lo noten, estarás de vuelta con él. Al traerlo, haz un conjuro para que salgan de la noche el héroe y la heroína. Tú eres el primero que osaste acometer tal empresa, está hecha y tú la has llevado a cabo. Acto seguido, después de unas prácticas mágicas, la neblina del incienso se transformará en dioses.

FAUSTO

¿Y ahora qué?

MEFISTÓFELES

Haz un esfuerzo para que tu ser descienda. Húndete dando un puntapié en el suelo; dando otro subirás.

(FAUSTO da un puntapié en el suelo y se hunde.)

¡Si la llave le fuera de provecho! Tengo curiosidad por saber si volverá.

ESCENA VI: SALAS INTENSAMENTE ILUMINADAS

(El EMPERADOR y los PRÍNCIPES, la corte en movimiento.)

CHAMBELÁN (A MEFISTÓFELES.)

Aún nos debéis la escena de las apariciones. ¡Aprestaos a hacerla! El soberano está impaciente.

SENESCAL

Eso mismo solicitaba Su Graciosa Majestad. No vaciléis para escarnio de la Corona.

MEFISTÓFELES

Precisamente para conseguirlo ha partido mi compañero. Él sabe cómo se ha de proceder y trabaja silencioso y reconcentrado. Tiene que aplicarse especialmente; pues el que quiere desenterrar el tesoro, la Belleza, debe servirse del arte supremo, la Magia de los sabios.

SENESCAL

Igual da qué artes hagan falta. El Emperador quiere que todo se ultime.

UNA RUBIA (A MEFISTÓFELES.)

Una palabra, caballero. Ya veis que mi rostro es claro, pero no es así en el fastidioso verano. Entonces me salen cientos de pecas de color rojo parduzco

que, para disgusto mío, cubren mi blanca tez. ¡Procuradme un remedio!

MEFISTÓFELES

Es una pena que un tesoro tan radiante esté tan moteado en mayo como vuestros cachorros de pantera. Toma huevos de rana y lenguas de sapo, purifícalos, destílalos con gran cuidado en el plenilunio y cuando la luna entre en su fase menguante, aplícatelo sobre la piel. Al llegar la primavera, las motas habrán desaparecido.

UNA MORENA

La multitud se agolpa para rodearos. Os suplico que me deis un remedio. Tengo un pie helado y me estorba tanto al pasear como al bailar y hasta me muevo con torpeza al saludar.

MEFISTÓFELES

Permíteme que te dé un pisotón.

LA MORENA

Bien, es lo habitual entre enamorados.

MEFISTÓFELES

La pisada de mi pie, niña, tiene mayor importancia. «Lo semejante con lo semejante», sea lo que sea lo que nos duela. El pie cura al pie y así ocurre con todos los miembros. Vamos, presta atención, pero no lo debes devolver.

LA MORENA

Ay, ¡qué dolor!, ¡cómo quema! Fue un pisotón muy fuerte, como el de un casco de caballo.

MEFISTÓFELES

Te llevas contigo la curación. De ahora en adelante podrás ejercitar el baile cuando te apetezca y darte puntapiés en la mesa con tu amor.

DAMA (Acercándose entre la multitud.)

¡Paso, paso! Mis dolores son demasiado fuertes. Con su ardor hacen que me hierva el corazón; hasta ayer, él buscaba su felicidad en mi mirada, ahora charla con ella y me ha vuelto la espalda.

MEFISTÓFELES

Es lamentable, pero escúchame. Acércate con tiento a él. Toma este carbón y traza una línea por sus mangas, en su capa, en su espalda, donde sea, sentirá en el corazón el suave aguijón del arrepentimiento. Pero luego tienes que tragarte el carbón sin llevarte a los labios ni vino ni agua: él llorará a tu puerta

esta noche.

DAMA

¿No será venenoso?

MEFISTÓFELES (Indignado.)

¡Respetar a quien se debe! Habrías de ir muy lejos para encontrar un carbón similar. Lo he traído de una hoguera que atizamos con gran afán en otro tiempo.

UN PAJE

Yo estoy enamorado, pero no me consideran hombre hecho y derecho.

MEFISTÓFELES (Aparte.)

Ya no sé a quién tengo que atender. (Al PAJE.) No cifres tu dicha en la conquista de la más joven. Te sabrán apreciar las maduras. (Otros se acercan a él.) Otros nuevos. ¡Qué lucha más dura! Por fin voy a zafarme de esto apelando a la verdad. Es el peor de los recursos, pero la necesidad es muy grande. Oh, Madres, Madres, dejad libre a Fausto. (Mira alrededor.) Las luces ya se enturbian en la sala, toda la corte se ha estremecido a la vez. Solemnemente van en fila allá, por largos pasillos y distantes galerías. Bien, ya se reúnen en la amplia y antigua sala de los caballeros. Los tapices cubren amplias paredes y en los nichos y en las esquinas se han colocado armaduras. Aquí entiendo yo que no hay necesidad de invocaciones, los espíritus se presentan por sí mismos en ese lugar.

ESCENA VII: SALA DE LOS CABALLEROS

(Poca iluminación.)

(Han entrado el EMPERADOR y la corte.)

HERALDO

Mi antigua función de anunciar el espectáculo ha sufrido menoscabo por el misterioso influjo de los fantasmas. En vano trato de explicar por causas sensatas la confusa situación. Ya están dispuestas las butacas y las sillas. El Emperador está ante la pared, así podrá contemplar cómodamente las batallas de la época gloriosa. Aquí están sentados todos, el Soberano y la corte. Las banquetas están allá al fondo agolpadas. E incluso en esta hora tan sombría, la amada se sienta al lado de su amante. Y ya que todos han encontrado confortable sitio, estamos dispuestos: los espíritus pueden aparecer.

(Toque de trompetas.)

ASTRÓLOGO

Que, al punto, comience el drama su curso. Lo manda el Señor, ¡muros, abríos! Ya no hay estorbo alguno. Aquí tenemos la magia a nuestra disposición. Los tapices se enroscan como si el fuego los encogiera, en los muros se hacen hendiduras y dan vueltas sobre sí: un profundo teatro se presenta y un fulgor misterioso nos alumbró, yo me subo al proscenio.

MEFISTÓFELES (Asomando la cabeza por la concha del apuntador.)

Desde aquí lograré la complacencia general del público; apuntar es, de las artes oratorias, la propia del demonio. (Al ASTRÓLOGO.) Conoces el compás que siguen los astros en su marcha; también comprenderás magistralmente mi susurro.

ASTRÓLOGO

Por el poder de la magia aparece ante los ojos de todos un antiguo templo bastante imponente. Semejantes a Atlas, que antaño sostenía el Cielo, aquí hay muchas columnas en hilera. Bien pueden bastar para sostener esta gran mole de roca, cuando con dos se sostendría un gran edificio.

ARQUITECTO

Eso sería clásico. Yo no sabría apreciarlo, habría que llamarlo tosco y sobrecargado. Se llama noble a lo que está en bruto, grandioso a lo torpemente ejecutado. Yo quiero finas columnas, atrevidas, sin límite: una punta de ojiva eleva el alma, una construcción así nos edifica sobremanera.

ASTRÓLOGO

¡Recibid con respeto las horas marcadas por los astros, que por los ensalmos quede atada la razón y que, por el contrario, la magnífica y atrevida fantasía emprenda un amplio y libre vuelo. Ved ahora con vuestros ojos lo que osadamente anheláis: es imposible y por lo mismo digno de ser creído.

(FAUSTO surge del suelo en el otro lado del proscenio.)

En traje sacerdotal y con una guirnalda, un hombre prodigioso lleva ahora a cabo lo que confiadamente empezó. Un trípode sube con él de una hueca cavidad. Ya presiento el aroma de incienso que sale del recipiente. Se apresta a bendecir la gran obra que en adelante no traerá otra cosa que fortuna.

FAUSTO (Con magnificencia.)

¡En vuestro nombre, Madres que reináis sobre lo ilimitado, siempre solas, pero con compañía! ¡En torno de vuestra cabeza flotan las imágenes de la vida, en movimiento, pero sin vida! Lo que hubo alguna vez, se mueve allí con

esplendor y brillo, pues aspira a hacerse eterno. Y vosotras, fuerzas todopoderosas, lo enviáis al pabellón del día, a la bóveda de las noches. A unas las atrapa el suave curso de la vida, a otras las busca el osado hechicero; pródigo y lleno de confianza deja ver lo que todos desean y es digno de un milagro.

ASTRÓLOGO

Apenas la incandescente llave toque el recipiente, una oscura niebla empezará a llenar el espacio; se deslizará, se acumulará formando nubes, se extenderá, se redondeará, se abrirá, se dividirá. ¡Y ahora, ved qué obra maestra han realizado los espíritus! Al andar, dejan oír música. De los aéreos sonidos mana algo indeterminado; a su paso, todo se hace melodía. Suenan la columnata y los triglifos, creo que canta todo el templo. Cede la sombra y, entre la leve niebla, sale siguiendo un compás un bello adolescente. Aquí callo mi oficio, no me hace falta mencionarlo, ¿quién no conoce al noble Paris?

(Aparece PARIS.)

DAMA

¡Qué brillante y floreciente fuerza juvenil!

SEGUNDA DAMA

¡Fresco y jugoso como un melocotón!

TERCERA DAMA

¡Qué bello trazo tienen sus labios ligeramente abultados!

CUARTA DAMA

¿Te gustaría beber a pequeños sorbos de ese vaso?

QUINTA DAMA

Es muy bello, aunque no precisamente fino.

SEXTA DAMA

Pero podría tener un poco más de soltura.

UN CABALLERO

Creo oler aquí a pastorcillo; nada de príncipes y nada de modales de la corte.

OTRO CABALLERO

Medio desnudo sí es guapo el muchacho, pero tendríamos que verlo en armadura.

DAMA

Se sienta dulce y cómodamente.

CABALLERO

Sobre sus rodillas estarías muy a gusto, ¿verdad?

OTRA DAMA

Apoya tan graciosamente el brazo sobre la cabeza...

CHAMBELÁN

¡Qué vulgaridad! Me parece inadmisibile.

UNA DAMA

Los hombres siempre halláis algo censurable.

CHAMBELÁN

¡Tumbarse así ante el Emperador!...

LA DAMA

No hace nada más que un papel. Se cree que está solo.

CHAMBELÁN

El espectáculo aquí debe consistir en ser decoroso.

LA DAMA

El sueño se ha apoderado dulcemente de este noble muchacho.

CHAMBELÁN

¡Y ahora se pondrá a roncar y os parecerá perfecto!

JOVEN DAMA (Entusiasmada.)

¿Qué aroma se ha mezclado con los vapores del incienso que me refresca hasta lo más íntimo el corazón?

UNA DAMA DE MÁS EDAD

¡Es cierto!, mi alma está llena con un hálito que procede de él.

LA DAMA MÁS VIEJA DE TODAS

Es la flor del desarrollo que se convierte en ambrosía en este joven y se difunde por la atmósfera que lo rodea.

(Aparece HELENA.)

MEFISTÓFELES

¿Y esta es? No me causa ninguna inquietud. Es cierto que es guapa, pero

no me dice mucho.

ASTRÓLOGO

Por esta vez no tengo más que hacer. Lo confieso y reconozco como hombre de palabra que soy. La beldad avanza y ojalá tuviera lenguas de fuego. De toda la vida se ha cantado mucho sobre la belleza... y a quien se le aparece se queda extasiado; aquel de quien ella se adueñó fue extremadamente dichoso.

FAUSTO

¿Tengo aún ojos? ¿Se muestra en lo más profundo de mi alma la fuente de la belleza brotando con generosidad? Mi pavoroso viaje me ha reportado la más feliz recompensa. Para mí el mundo estaba cerrado y era mezquino. ¿Y qué es ahora desde que asumí este sacerdocio? Por vez primera lo veo deseable, cimentado, duradero. ¡Que se extinga la fuerza de mi aliento si alguna vez me hastío de ti! ¡La hermosura que primero me encantó hechizándome con el mágico reflejo, fue sólo la sombra de esta belleza! ¡Tú eres a lo que consagro el impulso de todas mis fuerzas, el contenido de toda mi pasión, mis inclinaciones, mi amor, mi adoración, mi locura!

MEFISTÓFELES (Desde la concha del apuntador.)

¡Contente!, y no te salgas del papel.

LA DAMA DE CIERTA EDAD

Es alta y tiene buen tipo, pero su cabeza es muy pequeña.

UNA DAMA JOVEN

Mirad sus pies, ¡no podrían ser más toscos!

DIPLOMÁTICO

He visto a princesas semejantes. Es hermosa de pies a cabeza.

CORTESANO

Se acerca al durmiente, amorosa y con astucia.

DAMA

¡Qué fea resulta ante esa imagen de pureza juvenil!

UN POETA

Él es iluminado por la belleza de ella.

LA DAMA

Parecen Endimión y la Luna. Forman un verdadero cuadro.

EL POETA

¡Muy bien! La diosa parece descender, se inclina sobre él para recibir su aliento. ¡Es digno de envidia! ¡Un beso!... La medida está colmada.

SEÑORA DE COMPAÑÍA

¡Ante toda la concurrencia!, ¡esto es una locura!

FAUSTO

¡Qué terrible favor ha recibido el joven!

MEFISTÓFELES

¡Calma!; ¡silencio! ¡Deja al fantasma hacer lo que le plazca!

EL CORTESANO

Ella se escapa con pie ligero, él se despierta.

LA DAMA

Ella vuelve la cabeza, ya me lo figuraba yo.

EL CORTESANO

Él se asombra. Es un prodigio lo que le está pasando.

LA DAMA

Para ella no es ningún prodigio lo que tiene delante.

EL CORTESANO

Se vuelve con distinción hacia él.

LA DAMA

Ya veo que le está enseñando la lección. En estos casos todos los hombres son tontos. Él también sin duda cree ser el primero.

UN CABALLERO

No me neguéis su valía. ¡Es majestuosamente fina!

LA DAMA

¡La pécora! Eso lo llamo yo vulgar.

UN PAJE

¡Cómo me gustaría encontrarme en su lugar!

EL CORTESANO

¿Quién no caería atrapado en esa red?

LA DAMA

Esa joya ha rodado por tantas manos que el baño de oro está bastante desgastado.

OTRA DAMA

Desde los diez años ya no tiene valor.

EL CABALLERO

Cuando llega la ocasión cada cual toma para sí lo mejor. Yo me conformo con estos bellos restos.

ERUDITO

La veo con nitidez y confieso francamente que no sé si es genuina. Tenerla presente nos lleva a exagerar; yo sobre todo me atengo a lo escrito. Leo que ella en Troya realmente agradó a todas las barbas canas; y me parece que esto se ajusta perfectamente: como yo no soy joven, ella me gusta.

ASTRÓLOGO

No es ya un mozalbete. Es un héroe audaz que la sujeta sin que ella pueda defenderse, con brazo fuerte la levanta en vilo. ¿Intentará raptarla?

FAUSTO

¡Loco osado! ¡Cómo te atreves!... ¡Detente! ¡Es demasiado!

MEFISTÓFELES

Pero si has sido tú el creador de ese juego fantasmagórico.

ASTRÓLOGO

No diré más que una palabra. Después de todo cuanto ha ocurrido, yo titulo la obra el rapto de Helena.

FAUSTO

¡Qué rapto! ¿Entonces no cumplo ninguna misión aquí? ¿Acaso esta llave no está en mi mano? Ella me llevó a través del horror, de los vaivenes y del oleaje de las soledades, a tierra firme. ¡Aquí hago pie!, ¡aquí encuentro realidades! Desde aquí el espíritu puede lidiar con los espíritus y asegurarse el gran y doble imperio. Ella, que estaba tan lejos, ¿cómo puede estar más cerca? La salvaré y será dos veces mía. Me atreveré. ¡Madres, Madres, concedédmelo! Quien la ha conocido no puede renunciar a ella.

ASTRÓLOGO

¿Qué estás haciendo, Fausto? ¡Fausto!... La ha agarrado con violencia, ya empieza a hacerse borrosa la figura... Vuelve la llave hacia el muchacho, ¡lo

toca! ¡Ay de nosotros! ¡Ahora, ahora mismo!

(Explosión. FAUSTO queda tendido en el suelo. Los espíritus se disuelven en la niebla.)

MEFISTÓFELES (Tomando a FAUSTO sobre sus hombros.)

¡Ahí lo tenéis! Cargar con un loco acaba dañando hasta al diablo.

(Oscuridad. Tumulto.)

ACTO II

ESCENA I: HABITACIÓN GÓTICA, ESTRECHA Y DE ALTAS BÓVEDAS EN OTRO TIEMPO PROPIEDAD DE FAUSTO, EN LA ACTUALIDAD SIN CAMBIO ALGUNO

(MEFISTÓFELES sale de detrás de una cortina. Mientras él sale y mira atrás ve a FAUSTO tendido en un lecho que fue de sus antepasados.)

MEFISTÓFELES

¡Reposa, desdichado, que fuiste seducido difícilmente por solubles lazos de amor! Aquel al que Helena dejó inmóvil no recobra fácilmente la razón. (Mirando en torno.) Miro arriba, miro a un lado y a otro. Nada ha cambiado, todo está intacto; me parece, eso sí, que los paneles de colores están más turbios, las telarañas se han multiplicado, la tinta se ha secado, el papel amarillea, pero todo sigue en su lugar. Está aquí hasta la pluma con que Fausto pactó con el diablo. En las profundidades de su cañón ha cuajado una gotita de sangre que le extraje. Le desearía al mejor coleccionista que consiguiera una pieza tan singular como esta. La vieja pelliza cuelga todavía de esa percha y me recuerda los disparates que le conté a aquel jovenzuelo que hoy, ya algo mayor, tal vez sigan consumiéndolo. Verdaderamente siento el deseo de envolverme en ti, tosca y caliente envoltura, para jactarme de nuevo dándome aires de profesor, como alguien que supone tener razón en todo. Los sabios en esto son entendidos, pero al diablo se le pasaron las ganas hace mucho tiempo. (Sacude la pelliza después de descolgarla, y de ella escapan cigarras, escarabajos y polillas.)

CORO DE INSECTOS

¡Bienvenido, bienvenido,

antiguo señor y dueño!
Vamos volando y zumbando
y ya te reconocemos.
Tú a todos nos sembraste.
Vamos llegando a millares,
padre, en alegre danza.
La picardía en el pecho
se disimula tan bien
que antes en la pelliza
se descubren los piojos.

MEFISTÓFELES

¡Qué sorpresa más agradable me produce esta reciente creación! Basta sembrar y luego se cosecha. Volveré a sacudir la vieja piel. Todavía salta algún insecto y revolotea de aquí para allá. ¡Id arriba!, ¡en todas direcciones! Apresuraos y escondéos allá donde están los viejos arcones, venid aquí a oscurecidos pergaminos y fragmentos polvorientos de pucheros o a las cuencas de los ojos de las calaveras. En una vida tan confusa y tan pútrida siempre debe haber grillos. (Se envuelve con la pelliza.) Ven, cúbreme una vez más las espaldas. Hoy vuelvo a ser el rector. Aunque de qué me sirve llamarme de ese modo. ¿Dónde está la gente que por tal me reconoce? (Agita la campana que deja oír un sonido agudo y penetrante con el que resuenan las paredes y se abren las puertas.)

FÁMULO (Llega tambaleándose por el oscuro pasillo.)

¡Qué sonido! ¡Qué tormenta! La escalera vacila, tiemblan las paredes. Veo los fulgores de la tormenta a través de los paneles de colores de la vidriera. El pavimento se levanta y desde arriba caen cal y cascotes como si fueran granizo. Y la puerta cerrada con fuertes candados se ha abierto por arte de magia. ¡Qué veo, horror! ¡Un gigante está ahí apostado con la vieja pelliza de Fausto! Sus señas y sus miradas hacen que incline las rodillas. ¿Debo huir o quedarme? ¿Qué será de mí?

MEFISTÓFELES (Haciéndole señas.)

Adelante, amigo, ¿no os llamáis Nicodemus?

FÁMULO

Honorabilísimo señor, ese es mi nombre. Oremus.

MEFISTÓFELES

¡Eso dejémoslo!

FÁMULO

¡Qué alegría que me conozcáis!

MEFISTÓFELES

Y os conozco muy bien, entrado en años y todavía estudiante, rancio señor. Hasta un hombre erudito sigue estudiando si no puede hacer otra cosa. Así uno se construye un modesto castillo de naipes, que ni un gran ingenio llega a edificar del todo. Pero vuestro amo sí que es un hombre entendido, ¿quién no conoce al famoso doctor Wagner, hoy día el primero en el mundo de la sabiduría? Él es el único que lo sostiene, el que hace crecer la sabiduría día tras día. Oyentes y discípulos con ansia de un saber total se reúnen en torno a él. Sólo él resplandece desde su cátedra, maneja las llaves como san Pedro, abre lo de abajo y lo de arriba. Son tales su brillo y su esplendor que nadie lo supera en fama y en gloria, incluso el nombre de Fausto queda por él oscurecido. Él es el único que realmente ha inventado algo.

FÁMULO

Perdonad, honorabilísimo señor, si os digo algo, si es que por otra parte puedo contradeciros: no se trata de eso, la modestia es su don más personal. Él no ha sabido reponerse a la misteriosa desaparición de aquel insigne hombre y espera encontrar con su retorno consuelo y alivio. El gabinete, como en tiempos del doctor Fausto, permanece intacto desde que él se marchó y espera a su antiguo dueño. Apenas me aventuro a entrar en él. ¿Cuál será la hora que marquen los astros? Me parece que tiemblan las paredes, las jambas de las puertas vibran, saltan los cerrojos: de otro modo no podríais haber entrado.

MEFISTÓFELES

Pero, ¿dónde se ha metido ese hombre? Llévame hasta él o tráemelo.

FÁMULO

¡Ah!, su prohibición es demasiado estricta. No sé si debiera atreverme. Meses enteros vive en el más sigiloso aislamiento, en aras de su gran obra. Él, que es el más delicado de los sabios, tiene aspecto de carbonero; tiznado de la nariz a las orejas, sus ojos están rojos de tanto atizar el fuego. Así va consumiendo cada instante y el chascar de las pinzas es su música.

MEFISTÓFELES

¿Me negaría él la entrada? Soy el hombre que puede adelantar la llegada de su dicha. (El FÁMULO se va; MEFISTÓFELES se sienta con gravedad.) Apenas he ocupado el sitio, veo allá un huésped que me es conocido. Pero en

esta ocasión es de los más modernos y se comportará con desmedido atrevimiento.

BACHILLER (Acercándose impetuosamente por el corredor.)

He encontrado abiertos el portal y la puerta. Espero al fin que este hombre que se encontraba vivo entre la podredumbre no siga decayendo como un muerto, atrofiándose y muriendo en la vida misma. Estos muros, estos tabiques, se inclinan y amenazan al final con caerse, y si no huimos pronto, su caída y su ruina nos alcanzarán. Soy audaz como ningún otro, pero nadie puede obligarme a dar un paso más. Pero, ¿qué tengo que aprender hoy? ¿No fue aquí donde vine, hace ya muchos años, siendo un bienintencionado estudiante de primer curso temeroso y cohibido? ¿No fue aquí donde me confié a esos barbudos para instruirme con sus paparruchas? Pertrechados con sus libracos me dijeron tantas mentiras como cosas sabían, pues no creían en lo que sabían y así consumieron su vida y la mía. ¿Cómo? Allí en el claroscuro de esa celda todavía hay alguien sentado. Al acercarme, veo con asombro que está metido aún en su pelliza parda; está tal como lo dejé, envuelto en ese tosco abrigo de pieles. La verdad es que entonces me pareció muy capaz, cuando yo no tenía suficiente juicio. Pero esta vez no me atrapará, iré a abordarlo con decisión. (A MEFISTÓFELES.) ¡Viejo señor!, si no fue bañada tu cabeza calva e inclinada hacia delante por las aguas del Leteo, reconoced en mí al estudiante emancipado ya de las ligaduras académicas. Os encuentro tal como os conocí; sin embargo, yo soy otro.

MEFISTÓFELES

Me alegra que os atrajera mi llamada, por aquel entonces no os minusvaloré: el gusano y la crisálida anuncian lo que será la futura mariposa. Con vuestros rizos y vuestro cuello de encaje, sentíais un placer infantil. ¿Nunca os dejasteis crecer coleta? Hoy veo que lleváis el cabello a lo sueco. Tenéis un aspecto resuelto y dinámico, pero no os vayáis a casa tan incondicionado.

BACHILLER

Mi viejo señor, estamos de nuevo aquí. Sin embargo, tened en cuenta cómo corren los tiempos modernos y absteneos de palabras de doble sentido, ahora atendemos a cosas muy diferentes. Os burlasteis sin ningún esfuerzo de un muchacho bueno y confiado, algo que hoy nadie se atreve a hacer.

MEFISTÓFELES

Quien le dice a la juventud la pura verdad no agrada a los pichones, pero, pasados unos años, cuando la han sufrido en su propio pellejo, se jactan de haberla obtenido por ellos mismos y dicen entonces que su maestro era un imbécil.

BACHILLER

¡O, tal vez, un pícaro! Pues, qué maestro nos dice la verdad a la cara. Todos saben magnificarla o menguarla, en serio o en broma, ante los buenos chicos.

MEFISTÓFELES

Sin duda hay un tiempo para aprender; ya noto que estáis preparados para enseñar. Desde unas cuantas lunas y desde algunos soles, la plenitud de la experiencia os ha colmado.

BACHILLER

¡Experiencia!, ¡la experiencia es espuma y polvo! No está a la misma altura del espíritu. Confesad que lo que se ha sabido en todo tiempo no era digno de saberse.

MEFISTÓFELES (Después de una pausa.)

¡Hace mucho que lo pienso! Antes yo era un loco, ahora me parece que soy vacuo y necio.

BACHILLER

¡Me alegro! Por fin escucho algo sensato, sois el primer anciano razonable que conozco.

MEFISTÓFELES

Buscaba un tesoro con piezas de oro enterrado y extraje horribles carbones.

BACHILLER

Confesad: ¿vuestro cráneo y vuestra calva valen mucho más que los de esas huecas calaveras?

MEFISTÓFELES

¿Sabes lo grosero que resultas, amigo?

BACHILLER

En alemán se miente cuando se es educado.

MEFISTÓFELES (Que, con su sillón de ruedas, ha avanzado hacia proscenio, acercándose más al patio de butacas.)

¡Aquí arriba me quitan el aire y la luz! ¿Llegaré a encontrar acomodo entre vosotros?

BACHILLER

Es muy pretencioso que, en el más negativo de los períodos, se pretenda

ser algo cuando ya no se es nada. Toda vitalidad está en la sangre y ¿dónde fluye la sangre mejor que en el adolescente? La sangre viva con fuerzas renovadas es la que crea nueva vida de la vida. Allí todo se anima, allí todo se hace, lo débil decae, lo capaz prospera. En tanto que nosotros hemos conquistado medio mundo, ¿qué habéis hecho vosotros? Habéis dado cabezadas, habéis cavilado, soñado, considerado: planes y sólo planes. Sin duda alguna, la vejez es una fiebre álgida que hace sentir la escarcha de una impotencia caprichosa. El que ha pasado de los treinta años es como si ya estuviera muerto. Tal vez lo mejor sería que os quitarais la vida a tiempo.

MEFISTÓFELES

El diablo no tendría nada que añadir a eso.

BACHILLER

Si yo quiero, puede que no haya diablo.

MEFISTÓFELES (Aparte.)

Sin embargo, en breve el diablo te hará tropezar.

BACHILLER

Esta es la misión más noble de la juventud. Antes de yo crearlo, no existía el mundo. Yo hice salir al Sol del mar; conmigo la Luna comenzó el curso de sus fases; bastó un gesto mío, la primera de las noches, para que las estrellas desplegaran todo su esplendor. ¿Quién sino yo os libró de las ataduras del pensamiento filisteo? Yo, en cambio, sólo escucho hablar al espíritu y persigo mi luz interior y ando raudo, con íntimo entusiasmo; la luz está ante mí y la oscuridad a mis espaldas. (Se va.)

MEFISTÓFELES

Extravagante, vete jactancioso. ¡Cómo dañaría tu seguridad saber que nadie piensa nada necio o cuerdo que no haya sido ya pensado antes! Pero este no me causa preocupación, en pocos años cambiará. Aunque el mosto fermenta de manera impredecible, al final tendrá que dar vino. (A los jóvenes del público que no aplauden.) Mis palabras os pueden dejar fríos, pero yo os lo tolero, buenos muchachos. Tened en cuenta que el diablo es viejo y habréis de envejecer para entenderle.

ESCENA II: LABORATORIO

(Al estilo de la Edad Media, lleno de enormes y toscos aparatos confines fantásticos.)

WAGNER (Junto al fogón.)

Suena la campana, la terrible, su tañido resuena en los muros llenos de hollín. La incertidumbre no puede durar más tiempo, ya las oscuridades se aclaran; en el fondo de la redoma empieza a estar incandescente el carbón enrojecido, parece el más magnífico de los carbunclos y despide destellos a través de la oscuridad. Aparece una luz clara y blanca. Ah, ¡que no lo pierda otra vez! Oh, Dios, ¿qué produce ese ruido en la puerta?

MEFISTÓFELES (Entrando.)

¡Saludos!, es con buena intención.

WAGNER (Con miedo.)

¡Salud a la estrella de esta hora! Pero callad y contened la respiración. Está a punto de consumarse una gran obra.

MEFISTÓFELES (Más bajo.)

¿Qué está ocurriendo?

WAGNER (Más bajo aún.)

Se está dando forma a un ser humano.

MEFISTÓFELES

¿A un hombre? Y ¿a qué pareja de enamorados has metido en el hueco de la chimenea?

WAGNER

¡Dios me libre! Declaro que el estilo antiguo de procrear es una vana necesidad. El delicado punto del que brotaba la vida, la suave fuerza que surgía del interior, recibía y daba, para darse forma a sí misma y asimilarse primero a lo más cercano y luego a lo extraño, está ya privado de su dignidad. Aunque el animal todavía se solaza con ello, el hombre, mucho mejor dotado, ha de tener en el futuro un origen más noble y más elevado. (Volviéndose hacia el fuego del horno.) ¡Ved cómo brilla!... Ahora sí que se puede confiar en que, por la mezcla de cientos de ingredientes —pues esto es una mezcla—, compondremos la materia humana, la encerraremos herméticamente en un alambique y la destilaremos en su justa medida. Así, serenamente, la obra habrá sido culminada. (Volviéndose hacia el fuego del horno.) ¡Todo va saliendo! La masa se va aclarando, mi convicción se confirma cada vez más. Aquello que se considera secreto en la naturaleza, voy a probarlo de modo racional, con osadía, y lo que ella antes organizaba por su cuenta, ahora lo voy a hacer cristalizar.

MEFISTÓFELES

Aquel que ha vivido mucho, ha tenido muchas experiencias. No puede encontrarse con nada nuevo en este mundo. En mis años de viaje he visto ya muchos pueblos cristalizados.

WAGNER (Siempre muy atento a la redoma.)

Esto sube, centellea, se conglojera; en un momento estará hecho. Un gran proyecto siempre parece al principio obra de un demente, pero riámonos del azar, un cerebro que puede pensar bien, creará con el tiempo un pensador. (Observando entusiasmado la redoma.) Una suave fuerza hace que resuene el vidrio; se enturbia, se aclara, por lo tanto tiene que surgir. Ya veo un hombrecito moviéndose graciosamente. ¿Qué más queremos?, ¿qué más nos exige el mundo? El misterio ha sido desvelado y está a plena luz. Prestad oídos a este sonido, se va a convertir en voz, se va a hacer lenguaje.

HOMÚNCULO (Dirigiéndose a WAGNER desde la redoma.)

¿Qué tal, papaíto? Ya veo que no ha sido una broma. ¡Ven y abrázame con ternura contra tu pecho!, pero no lo hagas muy fuerte, no sea que se rompa el vidrio. Fijaos en la naturaleza de las cosas: mientras a lo natural ni siquiera parece bastarle el mundo, lo artificial sólo requiere un reducido espacio. (A MEFISTÓFELES.) Primo, ¿te ha dado por llegar en el momento justo, eh, sinvergüenza?; te lo agradezco. La buena suerte te ha traído aquí con nosotros. Ya que existo, he de mostrarme activo. Quiero afanarme enseguida a trabajar. Tú eres capaz de acertarme el camino.

WAGNER

¡Sólo una palabra! Hasta hoy tuve que avergonzarme, pues los viejos y los jóvenes me atormentaban con problemas. Por ejemplo, nadie ha podido entender cómo el alma y el cuerpo, compenetrándose tan bien y estando tan estrechamente unidos que al parecer nadie puede separarlos, estén siempre amargándose mutuamente la vida. Además...

MEFISTÓFELES

¡Alto ahí! Yo preferiría preguntar: ¿por qué el marido y la mujer se llevan tan mal? Esto, amigo mío, nunca llegarás a aclararlo. Aquí hay mucho que hacer, y trabajar es precisamente lo que quiere el pequeño.

HOMÚNCULO

¿Qué hay que hacer?

MEFISTÓFELES (Señalando una puerta lateral.)

¡Muestra aquí tu aptitud!

WAGNER (Sin dejar de mirar la redoma.)

¡Eres verdaderamente el más encantador de los muchachos!

(La puerta lateral se abre y se ve a FAUSTO tendido en el lecho.)

HOMÚNCULO (Sorprendido.)

¡Impresionante!

(La redoma se escapa de las manos de WAGNER, flota sobre FAUSTO y lo ilumina.)

Está rodeado por lo bello. En las aguas cristalinas y en las tupidas arboledas, unas mujeres se desnudan. ¡Son las más hermosas y deseables! Esto cada vez es mejor. Pero hay una que se distingue esplendorosamente de todas. Ella pone su pie sobre la translúcida claridad. La suave llama de la vida que anima ese noble cuerpo se atempera en el lábil cristal de las ondas. Pero, ¿qué es ese ruido de alas agitadas?, ¿qué agitar y qué chapoteo de alas perturba este pulido espejo? Las muchachas huyen asustadas, pero sola se queda la reina mirando y ve, con orgulloso placer femenino, cómo el príncipe de los cisnes se aprieta con impertinente mansedumbre contra sus rodillas. El parece familiarizarse. De repente un vapor se empieza a elevar y los cubre con un tupido manto. Es la más bella de todas las escenas.

MEFISTÓFELES

¿Qué no nos contarás? Con todo lo pequeño que eres, tienes una gran fantasía. Yo no veo nada.

HOMÚNCULO

Y lo creo. Tú eres del norte y creciste en la época de las nieblas, en un desolado paraje de caballería y entusiasmo clerical, ¡cómo iba a estar libre tu mirada! Sólo te sientes bien entre tinieblas. (Mirando alrededor.) ¡Piedra renegrida, enmohecida, repugnante, arcos ojivales, volutas, todo ruin! Si este se despertara, habría otro problema, pues moriría de inmediato. Los manantiales del bosque, los cisnes, las bellas desnudas, ese era su sueño lleno de presentimientos. Yo, el más acomodaticio de los seres, apenas podría haberlo soportado. Partamos ahora con él.

MEFISTÓFELES

Seguro que el viaje será de mi agrado.

HOMÚNCULO -

¡Manda al guerrero al combate!, ¡lleva a la muchacha al baile!, y así todo quedará arreglado. Ahora que lo recuerdo, precisamente hoy es la noche clásica de Walpurgis. No hay mejor ocasión para llevar todo a su propio elemento.

MEFISTÓFELES

Jamás oí hablar de tal cosa.

HOMÚNCULO

¿Cómo podría haber llegado a tus oídos? Tú sólo conoces a los fantasmas románticos, un auténtico fantasma ha de ser también clásico.

MEFISTÓFELES

Entonces, ¿adónde he de emprender el viaje? Ya estoy hastiado de mis colegas de la Antigüedad.

HOMÚNCULO

Satán, al noroeste está tu región preferida, pero esta vez navegaremos rumbo hacia el sureste. Por un amplio valle fluye libre el Peneo formando tranquilos y húmedos remansos rodeados de árboles y matorrales; la llanura se extiende hasta alcanzar los montes y las gargantas, y arriba, vieja y nueva a la vez, está Farsalia.

MEFISTÓFELES

¡Oh, no!, ¡déjate de eso!, y no me hables de luchas de la tiranía contra la esclavitud. Eso me enfada, pues apenas ya todo se ha tratado, ellos empiezan de nuevo, pero nadie se da cuenta que es Asmodeo el que está detrás. Se batan, según dicen, por el derecho a la libertad, pero si se mira bien es una lucha de siervos contra siervos.

HOMÚNCULO

¡Deja al hombre con sus discordias! Cada cual debe defenderse como puede desde niño y así aprenderá a hacerse hombre. Ahora tan solo se trata de saber si este hombre puede sanar. Si dispones de un remedio, haz aquí mismo la prueba; si no puedes hacer nada, déjame a mí.

MEFISTÓFELES

Se podría probar con algo del Brocken, pero a todo ello le han echado el candado pagano. El pueblo griego nunca valió mucho, pero os deslumbra con el libre juego de los sentidos y seduce el corazón humano con alegres pecados, mientras que los nuestros siempre se verán tenebrosos. Y ahora, ¿qué hay que hacer?

HOMÚNCULO

Tú no eres apocado y si te hablo de las hechiceras de Tesalia, creo que esto te dirá algo.

MEFISTÓFELES (Con lascivia.)

¡Las hechiceras de Tesalia! ¡Muy bien!, son personas de las que me informé hace mucho tiempo. Vivir con ellas noche tras noche no creo que sea agradable, pero sí que se puede intentar hacerles una visita...

HOMÚNCULO

Trae aquí la capa y envuelve al caballero adormecido. Ese guiñapo os llevará, como siempre, a uno y a otro; yo iré delante alumbrándoos.

WAGNER (Con temor.)

¿Y yo?

HOMÚNCULO

Tú, mientras tanto, quédate en casa y haz algo importante. Desenrolla los viejos pergaminos, reúne elementos vitales según las prescripciones y añade con cuidado unos a otros. Mientras yo, al recorrer el mundo, tal vez descubra el punto sobre la i. Entonces habré alcanzado el premio, hay que esforzarse por tal recompensa: oro, honor, fama, una vida sana y larga, y también quizá ciencia y virtud. ¡Adiós!

WAGNER (Desolado.)

¡Adiós!, siento el corazón oprimido. Me temo que no volveré a verte nunca más.

MEFISTÓFELES

Bajemos el Peneo. Habrá que hacer caso al primo. (A los espectadores.) Al final, dependemos de las criaturas que hemos hecho.

ESCENA III: NOCHE DE WALPURGIS CLÁSICA

(Campos de Farsalia.)

(Oscuridad.)

ERICTO

A la horrible fiesta de esta noche, como otras veces, vengo yo, Ericto, la oscura, la sombría. No soy tan repugnante como los insolentes poetas, exagerando, me achacan. Ellos no dejan jamás de elogiar y vituperar. El amplio valle palidece ante la gris onda de las tiendas de campaña como si fuera el recuerdo de la noche más turbadora y siniestra. ¡Cuántas veces se repite y se renovará eternamente! Nadie cede su dominio a otro, y este no lo cede a otro que lo ha obtenido por la fuerza y por la fuerza lo domina. No hay

nadie que, incapaz de dominarse a sí mismo, no desee dominar la voluntad del vecino siguiendo un terco afán. Aquí mismo, con la guerra, se dio buena muestra de cómo a la violencia se opuso una violencia mayor, de cómo se destroza la hermosa guirnalda de mil flores de la libertad, de cómo el recio laurel se dobla para colocarse sobre la cabeza del dominador. Aquí soñaba Pompeyo el Magno con el primer florido día de grandeza. Allí César velaba atento observando el fiel de la balanza. Iban a medirse y sabe el mundo a quién le sonrió la suerte.

Los fuegos de la guardia refulgen despidiendo llamas rojizas, el suelo exhala el vaho de la sangre vertida y, atraída por el extraño resplandor de la noche, se reúne la legión del mito helénico. En torno a las hogueras, se cierne o se detiene la agradable imagen fabulosa de la época antigua. La luna, aunque no está llena, se eleva difundiendo su tenue brillo por todas partes. El espejismo de las tiendas de campaña desaparece, los fuegos arden con llamas azuladas. Pero, encima de mí, ¿qué meteoro inesperado se cierne sobre mí? Un globo corpóreo despide su luz e ilumina. Siento la vida. En este caso no debo acercarme a un ser viviente pues soy fatal para él. Esto me ha dado mala fama y no me reportará ningún beneficio. Ya desciende. Después de pensarlo bien, me voy. (Se aleja.)

(Los que viajan por el aire están arriba.)

HOMÚNCULO

Flota en círculo otra vez,
sobre las llamas y el miedo,
en el valle y el abismo,
todo parece espectral.

MEFISTÓFELES

Desde mi vieja ventana
en el solitario Norte
veo espantosos fantasmas.

Estoy tan bien como en casa.

HOMÚNCULO

Mira aquella procesión
que avanza ante nosotros.

MEFISTÓFELES

Es como si se asustaran

al ver que vamos volando.

HOMÚNCULO

Déjalos, pon en el suelo

a tu caballero, pronto

a la vida volverá

desde su reino de fábula.

FAUSTO (En contacto con el suelo.)

¿Dónde está ella?

HOMÚNCULO

No sabríamos decírtelo, pero tal vez se pueda averiguar. Dándote prisa, si quieres, puedes seguir su rastro de llama en llama antes de que amanezca. Aquel que se ha atrevido a llegar hasta las Madres, no tiene ya nada que superar.

MEFISTÓFELES

Yo también vengo aquí por interés. Por eso no se me ocurre nada mejor para nuestro éxito que cada cual tiene su propia aventura. Luego, para reunirnos, enciende y haz que suene tu linterna, pequeño.

HOMÚNCULO

Tan pronto como luzca, sonará.

(El vidrio suena y brilla con intensidad.)

Ahora busquemos presto nuevas maravillas.

FAUSTO (Solo.)

¿Dónde está? Dejaré de preguntar.. Si no era este el suelo que pisaba, si no era esta la ola que rompía a sus pies, este es el aire que hablaba su lenguaje. ¡Aquí!, ¡por un prodigio!, ¡aquí en Grecia! Enseguida sentí el suelo que pisé. Desde que, en mi sueño, un espíritu me enardeció, mi ánimo es el de un Anteo, y, aunque encontrara lo más extraño aquí reunido, recorrería de un lado a otro este laberinto de llamas. (Se aleja.)

ESCENA IV: EN EL ALTO PENEÓ

MEFISTÓFELES (Buscando un rastro.)

Yendo de uno a otro de estos pequeños fuegos, me encuentro totalmente extraño; casi estoy totalmente desnudo, sólo llevo una camisa. Las esfinges descaradas, los grifos desvergonzados y qué sé yo cuántos seres melencólicos y alados se reflejan en el ojo por delante y por detrás... Es cierto que nosotros también somos indignos, pero la Antigüedad me parece demasiado frívola: habría que controlarla siguiendo el gusto más moderno y revestirla, variopinta, a la moda. ¡Qué gente más repugnante!, pero, no por ello podré dejar de saludarla, ya que soy su nuevo huésped. ¡Salud a las bellas mujeres, salud a los sabios ancianos!

UN GRIFO (Rugiendo.)

No somos ancianos, somos grifos. A nadie le gusta ser llamado anciano. Las palabras suenan según sea su procedencia, que es la que las determina: «gris», «grimoso», «gruñón», «gruta», «grito» son etimológicamente semejantes, pero nos resultan malsonantes.

MEFISTÓFELES

Y, sin desviarnos del tema, «garra» va muy bien con el título nobiliario de «grifo».

GRIFO (Sigue rugiendo.)

¡Naturalmente! Se ha probado la afinidad: se ha afirmado ya muchas veces, pero ha sido aún más alabada. No hay más que echarle la garra a las muchachas, a las coronas, al oro: la mayoría de las veces la fortuna sonríe al rapaz.

HORMIGAS (De un tamaño colosal.)

Ya que habláis de oro, os diremos que hemos reunido mucho y lo acumulamos en rocas y cavernas. El pueblo de los Arimaspos lo descubrió y se ríen por habérselo llevado.

GRIFO

¡Ya haremos que confiesen!

ARIMASPOS

Pero que no sea en esta noche de júbilo. De aquí a mañana lo habremos derrochado todo. Esta vez nos saldremos con la nuestra.

MEFISTÓFELES (Que se ha situado entre las ESFINGES.)

¡Qué fácilmente y con qué gusto me acostumbro a esto! Los voy conociendo uno por uno.

UNA ESFINGE

Exhalamos nuestro grito espiritual y vosotros le vais dando cuerpo. Ahora nómbrate para que te conozcamos mejor.

MEFISTÓFELES

La gente cree nombrarme con multitud de nombres. ¿Hay aquí británicos? Como suelen viajar tanto en busca de campos de batallas, saltos de agua, muros derruidos, monumentos clásicos cubiertos de musgo, este sería para ellos un lugar digno de visitarse. También atestiguarían que, en las antiguas obras teatrales, desempeñaba el papel de «old Iniquity».

LA ESFINGE

Y ¿cómo se llegó a eso?

MEFISTÓFELES

No sé cómo.

LA ESFINGE

Puede ser. ¿Entiendes algo de estrellas? ¿Qué dices de la hora presente?

MEFISTÓFELES (Mirando al cielo.)

La estrella persigue a la estrella, la luna, que ya no está llena, brilla con luz clara, y yo me encuentro muy bien en este sitio agradable, calentándome junto a tu piel de león. Sería una lástima subir hasta esas alturas. Propón algún enigma o por lo menos una charada.

LA ESFINGE

Defínete sólo a ti mismo. Eso será ya un enigma. Intenta revelarte en lo íntimo. «Tan necesario para el piadoso como para el malvado; para uno es una coraza con que ejercitarse en la esgrima ascética; para el otro, un compañero que le ayuda a cometer locuras, y lo uno y lo otro sólo para divertir a Zeus.»

PRIMER GRIFO (Rugiendo.)

Ese tipo no me gusta.

SEGUNDO GRIFO (Rugiendo más fuerte.)

¿Qué está buscando aquí?

AMBOS A LA VEZ

Ese mamarracho está de más aquí.

MEFISTÓFELES (Brutalmente.)

¿Crees tal vez que las uñas del huésped no arañan tan bien como tus afiladas garras? ¡Pruébalo y verás!

ESFINGE (Afable.)

Puedes quedarte cuanto quieras, pero tú mismo te apartarás de nosotros. En tú país te encontrarás a gusto, pues, si no me equivoco, aquí no te sientes muy bien.

MEFISTÓFELES

Eres muy atractiva mirada desde arriba, pero la bestia que hay abajo me espanta.

ESFINGE

¡Farsante! Vas a cumplir tu amarga penitencia, pues nuestras garras están sanas; tú, por tu parte, con esa pata coja de caballo no encontrarás acomodo en nuestra sociedad.

(Las SIRENAS preludian desde arriba.)

MEFISTÓFELES

¿Cuáles son los pájaros que están meciéndose en las ramas de los álamos del río?

ESFINGE

¡Ten cuidado! Ese canturreo ya trajo la perdición a los mejores.

SIRENAS

¿Por qué os echáis a perder
rodeados de monstruos deformes?,
hemos venido en grandes grupos,
oíd los armoniosos cantos
que son propios de las sirenas.

ESFINGES (Mofándose de ellas con la misma melodía.)

¡Obligadlas a descender!

Están ocultando en las ramas
sus horribles garras de azor
para atraparos sin piedad,
si es que oídos les prestáis.

SIRENAS

Dejemos los odios y envidias.

Reunamos las alegrías
esparcidas por todo el cielo.
¡Tanto la tierra como el agua
den la bienvenida al gran huésped
con su semblante más sonriente!

MEFISTÓFELES

He aquí las buenas nuevas; el sonido de la garganta y el de las cuerdas que se funden uno con otro. Para mí los gorjeos ya se acabaron; me provocan un cosquilleo en los oídos, pero no me llegan al corazón.

ESFINGES

No hables del corazón. Es vano. Una desgastada bolsa de cuero es lo que mejor le va a tu cara.

FAUSTO (Entrando.)

¡Qué maravilla! El espectáculo me llena de satisfacción. En medio de lo monstruoso veo trazos grandes y vigorosos. Presiento una suerte favorable. ¿Adónde me lleva esta imponente visión? (Señalando a las ESFINGES.) Ante estas estuvo Edipo. (Señalando a las SIRENAS.) Ante estas se retorció Ulises con sus ataduras de cáñamo. (Señalando a las HORMIGAS.) Estas acumularon el más grande de los tesoros. (Señalando a los GRIFOS.) Y estos lo custodiaron fielmente y sin tacha. Me encuentro poseído por un nuevo espíritu, las figuras son grandes y los recuerdos también.

MEFISTÓFELES

En otra ocasión los hubieras ahuyentado con maldiciones, pero ahora parece interesarte, pues allá donde se busca a la mujer amada hasta los monstruos son bienvenidos.

FAUSTO (A las ESFINGES.)

Vosotras, imágenes de mujeres, debéis contestarme: ¿alguna de vosotras ha visto a Helena?

ESFINGES

No llegamos a vivir en su época. Hércules mató a la última de nosotras. Podrías informarte por Quirón, que anda galopando por aquí en esta noche spectral. Si se detiene por ti, ya habrás avanzado mucho.

SIRENAS

Pero eso no te haría falta.

Ulises pasó a nuestro lado
despacio y lanzando improperios,
mas mucho podría contarte.

Todo te lo revelaremos
cuando te afinques con nosotras
en el reino del verde mar.

UNA ESFINGE

No te dejes engañar, noble señor. En vez de atarte como Ulises, lígate a nuestros buenos consejos; si puedes encontrar al magnífico Quirón, sabrás lo que te prometí.

(FAUSTO se aparta.)

MEFISTÓFELES (Desolado.)

¿Qué aves pasan graznando y batiendo las alas? Van tan rápido que apenas se puede ver, siempre una detrás de otra, agotarían a cualquier cazador.

LA ESFINGE

Comparables a los golpes de viento en tempestad, apenas son sólo alcanzables por las flechas de Alcides. Son las veloces Estinfálidas, con su pico de buitre y sus patas de ganso. Les gustaría mostrarse en nuestros círculos como parientes nuestras.

MEFISTÓFELES (Como azorado.)

Hay otra cosa que silba por ahí.

LA ESFINGE

No temas por esos. Son las cabezas de la Hidra de Lerna. Están separadas del tronco y se creen algo. Pero di, ¿qué te pasa?, ¿qué gestos más nerviosos?, ¿adónde quieres ir? ¡Vete si quieres! Ya veo que ese coro hace que vuelvas la cara. No te fuerces. Ve a mirar esas bellas caras. Son las lamias, refinadas y deliciosas rameras, con la sonrisa en los labios y rostros insolentes, como les gusta a los sátiros. Tu pie de cabrón puede aventurarse sin miedo en ese terreno.

MEFISTÓFELES

Pero, vosotras, ¿os quedaréis aquí para que os encuentre?

ESFINGES

Sí, mézclate con esa gente alegre, nosotras que somos de Egipto, estamos ya acostumbradas desde hace mucho tiempo a reinar durante miles de años.

Respetad nuestra posición y así seguiremos regulando el paso de los días y las fases lunares.

Nos sentamos delante de las pirámides
como supremo tribunal de los pueblos;
a pesar de ver riadas, paz y guerra,
nada varía nuestro rostro impertérito.

ESCENA V: EN EL BAJO PENEÓ

(PENEÓ rodeado de corrientes de agua y NINFAS.)

PENEÓ

¡Avívate, susurro que te filtras por entre los juncos! ¡Sopla suave, hermana de las cañas; zumbad, matas ligeras junto a los sauces; habládme al oído, cimbreantes ramas de los álamos, cuando continúe mi sueño interrumpido! Un estruendo terrible me ha despertado, es un temblor que todo lo sacude, me priva de mi paz y me obliga a salir de mi undosa corriente.

FAUSTO (Avanzando hacia el río.)

Si no he oído mal, debo creer que, detrás de esta cerrada vegetación, de estas ramas, de estos matorrales, suena algo parecido a la voz humana. La ondulación de las aguas crea un parloteo, las brisas parecen bromear.

NINFAS (A FAUSTO.)

Lo que debes hacer
es tenderte sereno,
reposar en fresco lecho
tus miembros fatigados,
disfrutar de esa paz
que siempre te rehúye.

A tu lado estaremos
dulces y susurrantes.

FAUSTO

Ya despierto. Dejad que reinen estas formas incomparables tal como están dispuestas ahí a mi vista. ¡Estoy tan maravillosamente rodeado! ¿Esto son

sueños o recuerdos? En otra ocasión ya te sentiste igual de afortunado. Las corrientes de agua se deslizan por la frescura de los espesos arbustos mansamente movidos. Las aguas no corren raudas, apenas avanzan. De todos los puntos brotan cientos de fuentes que se reúnen en un hondo y calmado remanso que invita al baño. Sanos cuerpos de mujer, duplicados por el húmedo espejo, deleitan la mirada. Luego se bañan juntas con alegría, unas nadando atrevidas, otras braceando temerosas y todo acaba con un gran griterío y una batalla en el agua. Debiera satisfacerme y bastarme esto, mis ojos debieran regocijarse, pero mi pensamiento me impulsa a ir más lejos. Mi mirada se dirige con agudeza a la rica envoltura vegetal tras la que se esconde la distinguida reina. ¡Es maravilloso! También vienen cisnes que proceden de los hondones de los arroyos y avanzan majestuosos. Se balancean con suavidad, son delicadamente sociables, pero orgullosos y seguros de sí mismos. Ved cómo mueven la cola y el pico. Pero hay uno de ellos que parece pavonearse con especial osadía y complacencia y navega adelantando a todos. Su plumaje se ahueca hinchándose y se convierte en una ola que, aumentando el ondular de las aguas, se acerca al santo lugar. Los otros van de acá para allá con un plumaje liso y brillante, pero pronto entablan una viva y aparatosa lucha para apartar a las muchachas de allí, pues no quieren ponerse al servicio de ellas, sino sólo preservar su propia seguridad.

NINFAS

Arrimad el oído, hermanas,
a la orilla y su pendiente verde.

Creo no equivocarme. Resuena
un eco de cascos de caballo.

¡Si supiera quién traerá esta noche
el rápido y esperado mensaje!

FAUSTO

Me parece como si la tierra temblara resonando al trote de un caballo. ¡Mira ahí, vista mía! ¿Debe llegar ya a mí un destino favorable? ¡Oh, maravilla sin igual! Viene un jinete al trote, parece virtuoso de espíritu y lleno de valor, lo lleva un caballo de deslumbrante blancura. No me equivoco, lo conozco, es el famoso hijo de Filira. ¡Detente, Quirón!, ¡alto!, ¡tengo que decirte...!

QUIRÓN

¿Qué ocurre?, ¿qué pasa?

FAUSTO

Moderar tu paso.

QUIRÓN

No me detendré.

FAUSTO

Entonces, por favor, llévame contigo.

QUIRÓN

Sube, así podré preguntarte a mi manera: ¿adónde vas? Te encuentras en esta orilla. Estoy dispuesto a llevarte, cruzándolo, al otro lado del río.

FAUSTO

Adonde quieras. Por siempre te estaré agradecido. A ti, al gran hombre, al noble pedagogo que, para su gloria, educó a una generación de héroes, la ilustre estirpe de los nobles argonautas y todos cuantos fundaron el mundo del poeta.

QUIRÓN

Dejemos eso en su lugar. La misma Palas no mereció honores cuando hizo las veces de Mentor. Al final, los discípulos se comportan como si no hubieran sido educados.

FAUSTO

Al médico que nombra cada planta, que conoce las raíces, que da salud al paciente y alivio al herido, yo le abrazo estrechamente el alma y el cuerpo.

QUIRÓN

Cuando a mi lado caía herido un héroe, sabía auxiliarlo y aconsejarlo, pero al final confié mi arte a curanderas y sacerdotes.

FAUSTO

Tú eres de verdad el gran hombre que no puede escuchar alabanzas. Procura esquivarlas modestamente y hacer como si hubiera iguales a él.

QUIRÓN

Me pareces diestro en el fingir y para adular tanto al príncipe como al pueblo.

FAUSTO

Con todo, tendrás que confesar que has visto a los más grandes de tu época, que rivalizaste en proezas con el más valioso y que tu vida fue casi la de un dios. Pero entre las figuras heroicas, ¿quién fue para ti el más grande?

QUIRÓN

Entre los argonautas cada cual fue valiente a su modo y según la fuerza que tenía podía bastarse allí donde a los demás la fuerza les faltaba. Los Dióscuros siempre vencieron donde prevalecían la plenitud juvenil y la belleza. La decisión y la diligencia en la acción fue la mejor de las cualidades de los Boréades. Reflexivo, enérgico, listo y presto al consejo, así mandaba Jasón, muy atractivo para las mujeres. Orfeo, tierno y siempre tímidamente discreto, superó a todos tañendo la lira. Linceo, con su penetrante vista, tanto de día como de noche, condujo la nave entre escollos y ante las playas. El peligro sólo se corre en común. Cuando uno de ellos actúa, los demás lo alaban.

FAUSTO

¿No vas a decir nada de Hércules?

QUIRÓN

¡Oh, dolor! No renueves mis pesares... Nunca había visto a Febo ni a Ares ni a Hermes, como se les llama, cuando vi ante mis ojos al que todos los hombres ensalzan como divino. Era rey de nacimiento, era magnífico contemplarlo de joven, pero estaba sometido a su hermano mayor y también a las mujeres más bellas. Gea no volverá a engendrar a un segundo Hércules, ni Hebe lo llevará al Empíreo; en vano se afana la poesía y en vano se atormenta a la piedra.

FAUSTO

Por mucho que se fatiguen los escultores, nunca llegará a tener un aspecto tan impresionante. Ya has hablado del hombre más hermoso, ¡habla ahora de la mujer más bella!

QUIRÓN

La belleza femenina no significa nada; con demasiada frecuencia es una imagen estática que mana felicidad y alegría de vivir. La belleza se satisface a sí misma, la gracia es lo que la hace irresistible, como ocurrió con Helena cuando la llevé.

FAUSTO

¿Tú la llevaste?

QUIRÓN

Sí, sobre estos lomos.

FAUSTO

¿Acaso no estoy ya suficientemente fascinado para que ocupar tal lugar me

colme de alegría?

QUIRÓN

Ella se agarraba a mi cabellera como tú lo haces.

FAUSTO

¡Oh!, yo me pierdo por completo. ¡Cuéntame cómo ocurrió! Ella es mi único anhelo. ¿Dónde la recogiste y a qué lugar la llevaste?

QUIRÓN

Es fácil contestar a tu pregunta. Los Dióscuros habían liberado en aquel tiempo a su pequeña hermana de sus raptos. Estos, no acostumbrados a ser vencidos, cobraron energías y se lanzaron con fuerzas sobre ellos. Los pantanos de las cercanías de Eleusis atajaron la rápida carrera de los hermanos, ellos los vadearon, y yo haciendo chapotear el agua, nadé hasta la orilla opuesta. Entonces ella saltó a tierra y, pasando la mano por mis crines mojadas, me acarició y me dio las gracias con discreta amabilidad y desenvoltura. ¡Qué atractiva! ¡Era una delicia para los ojos de un anciano!

FAUSTO

¡Y tan sólo tenía diez años!

QUIRÓN

Los filólogos te han llevado al error en el que ellos están inmersos. Es singular lo que ocurre con esta mujer mitológica; el poeta la representa como le conviene hacerlo: nunca es mayor de edad, nunca envejece, siempre tiene un apetecible aspecto; es raptada de joven y de vieja es aún galanteada. En una palabra, el poeta no está atado a ningún tiempo.

FAUSTO

Bien, que tampoco a ella le imponga sus ligaduras el tiempo. Cuando Aquiles la encontró en Feres estaba fuera de todo tiempo. ¡Qué rara dicha es haber obtenido el amor contra el destino! ¿No podría yo, anhelante energía, darle vida a esa forma única, esa criatura eterna, del mismo origen que los dioses, tan grande como tierna, tan majestuosa como amable? Tú la viste hace mucho, yo la he visto hoy, tan bella como atractiva, tan anhelada como bella. Ella ha hecho fuertemente presa de mi pensamiento y mi ser. No puedo vivir, si es que no puedo obtenerla.

QUIRÓN

Estimado extranjero, como hombre, estás fascinado, pero entre los espíritus das la impresión de tener trastornada la cabeza. Por fortuna, todo parece coincidir para ponerse a tu favor; pues todos los años, sólo durante un

breve tiempo, acostumbro a ir a casa de Manto, hija de Esculapio. En silenciosa oración, ella implora a su padre para que, a fin de encontrar su gloria, ilumine por fin la razón de los médicos y los aparte del homicidio temerario. De todas las sibilas ella es la que más aprecio; no se mueve grotescamente, es discreta y benefactora. Si te quedas aquí algún tiempo, ella te curará valiéndose de las propiedades de las raíces.

FAUSTO

No quiero ser curado. Mi espíritu es poderoso. Si me curaran sería tan vulgar como los demás.

QUIRÓN

No desaproveches la curación que procede de tan rico manantial. Apéate ya. Hemos llegado.

FAUSTO

Dime, ¿a qué lugar de tierra firme me has traído en medio de la tétrica noche y a través de orillas arenosas?

QUIRÓN

Aquí, con el Peneo a la derecha y el Olimpo a la izquierda, Roma y Grecia pugnaron por el vastísimo reino que se pierde ante la vista. El rey huye, el ciudadano triunfa. Levanta la vista. Aquí cerca e iluminado por la claridad de la luna, se muestra imponente el templo eterno.

MANTO (Dentro del templo, soñando.)

Cascos de caballo resuenan en el suelo sagrado. Parecen acercarse aquí unos semidioses.

QUIRÓN

Justamente, ¡abre los ojos!

MANTO (Despertando.)

¡Bienvenido! Ya veo que no faltas a tu cita.

QUIRÓN

¿Sigues aún en pie el templo que te sirve de morada?

MANTO

¿Continúa tu infatigable vagabundeo?

QUIRÓN

¿Sigues viviendo en el reposo mientras yo gusto de dar vueltas por ahí?

MANTO

Yo persisto en mi posición. El tiempo va dando vueltas alrededor de mí. ¿Y ese quién es?

QUIRÓN

La malhadada noche, en su torbellino, le ha traído aquí. Piensa locamente en Helena, a Helena quiere conquistar y no sabe cómo ni por dónde empezar. Está mucho más necesitado que otros de una cura de Esculapio.

MANTO

Amo al que desea lo imposible. (QUIRÓN se ha marchado ya.) Entra, temerario, debes alegrarte. Esta oscura senda lleva a la mansión de Perséfone. En la hueca base del Olimpo, está atenta esperando la visita prohibida. Aquí en otro tiempo introduje a Orfeo. ¡Aprovéchalo más! ¡Adelante! Con valor.

(Los dos descienden.)

ESCENA VI: EN EL ALTO PENEÓ

SIRENAS

¡Lanzaos a la corriente del Peneo! Es muy agradable nadar chapoteando en sus aguas y entonar canción tras canción para el bien del desgraciado pueblo. No hay salvación sin el agua. Vayamos formando un espléndido ejército con rapidez hacia el mar Egeo y allí tendremos todos los placeres.

(Tiembla la tierra.)

Vuelve otra vez la ola con toda su espuma, ya no fluye bajando por la pendiente de su lecho. El fondo del río se remueve, el agua hace empuje, la masa de arena y la playa se agrietan humeantes. ¡Huyamos! ¡Vamos todas juntas, vamos! Lo extraordinario no le aprovecha a nadie. Id, visitantes nobles y alegres, a las alegres fiestas marinas, id refulgentes a ver cómo las olas temblorosas al romperse en la orilla se hinchan ligeramente. Allí donde luce la luna con redoblado brillo y nos refresca con su sagrado rocío. Allí hay una vida que se mueve con toda libertad, aquí hay un angustioso terremoto. Huyan todos los que sean prudentes. El horror reina en este lugar.

SEÍSMOS (Rugiendo y haciendo ruido.)

Empujemos con fuerza una vez más; elevemos los hombros. Así llegaremos a lo alto, donde todo ha de sucumbir ante nosotros.

ESFINGES

Qué temblor más repulsivo, qué horrible y aborrecible tormenta. Qué estremecimiento, qué oscilación, qué bamboleo nos lleva de acá para allá. ¡Qué fastidio más insufrible! Sin embargo, no nos cambiaríamos de sitio aunque se desatara toda la fuerza del infierno. Ahora se eleva una bóveda maravillosa. Es él mismo, ese viejo hace mucho tiempo encanecido que hizo surgir la isla de Delos de las olas del mar por el amor de una mujer parturienta. Con esfuerzos, apretones y haciendo firmemente empuje con los brazos rígidos y la espalda encorvada, semejante a un Atlas en sus movimientos, elevó el suelo, la hierba, la arcilla, los terrenos pantanosos y los terrones, la arena y el barro, los lechos que reposan en nuestra orilla. Así desgarró, de un lado a otro, la serena alfombra del valle. Esforzándose al máximo, sin cansarse nunca, como una colosal cariátide, lleva auestas un entramado de piedras hundido en el suelo hasta la cintura. Pero las cosas no seguirán adelante, las esfinges ya han ocupado su sitio.

SEÍSMOS

Se reconocerá al fin que yo he logrado esto. Si yo no me hubiera estremecido y conmovido, ¿cómo podría ser tan bello el mundo? ¿Cómo se habrían remontado las montañas al éter puro y azul, si no las hubiera elevado para que ofrecieran un aspecto pintoresco y encantador? Cuando en presencia de nuestros primeros antepasados, la Noche y el Caos, yo me porté con bravura, jugué en compañía de los titanes con el Pelión y el Osa. En nuestro ardor juvenil, seguimos haciendo locuras, hasta que fatigados al fin, como unos canallas, le colocamos al Parnaso dos montes como si fueran un sombrero de dos picos. Apolo mora allí rodeado del alegre coro de las musas, y a Júpiter y a las flechas de sus rayos yo les erigí un alto trono. Ahora, con un enorme esfuerzo, he surgido del abismo e invito a una nueva vida a sus alegres habitantes.

ESFINGES

Habría que reconocer que esta montaña es antiquísima si es que nosotras mismas no la hubiéramos visto surgir del suelo. Un frondoso bosque se extiende hacia arriba, pero aún se oprimen unas peñas contra otras. Pero una esfinge no se inmutará por ello; nosotras desde nuestro asiento sagrado no nos dejaremos turbar.

GRIFOS

Oro en panes, oro en láminas veo vibrar a través de las grietas. No os dejéis robar un tesoro tan valioso. Venga, hormigas, a extraerlo.

CORO DE HORMIGAS

Como aquellos gigantes

lograron extraerlo,
vosotras, pies inquietos,
subid hasta la cumbre.
Entrad y salid rápido.
En esas hendiduras,
todas las migajitas
son dignas de buscarse.
Hasta lo diminuto
tenéis que descubrir
con vuestra gran presteza
en todos los rincones.
Debes ser diligente,
multitud pululante.
Apilad sólo el oro.
Dejad atrás la escoria.

GRIFOS

¡Adentro, adentro! ¡Todo el oro en montones! Pondremos nuestras garras encima. Estas son los mejores cerrojos. Así queda a buen recaudo el mayor de los tesoros.

PIGMEOS

Ya ocupamos verdaderamente nuestro sitio y no sabemos cómo ha ocurrido. No preguntéis de dónde venimos, puesto que al fin y al cabo estamos ahí. Para vivir con alegría todo país es apto; cuando se ve una grieta en las rocas, allí está el enano dispuesto a todo. El enano y la enana están prestos a trabajar, cada pareja de ellos es un modelo ejemplar. No sabemos si todo esto sería igual en el paraíso, pero nos encontramos estupendamente aquí y con gratitud bendecimos nuestra estrella, pues tanto en el Este como en el Oeste la madre Tierra sigue con gusto engendrando.

DÁCTILOS

Si en una sola noche
dio a luz a los pequeños,
engendrará a los mínimos

junto a sus semejantes.

EL MÁS VIEJO DE LOS PIGMEOS

Deprisa, ocupad
el sitio más propicio.

Deprisa, al trabajo,
más rapidez que fuerza.

Todavía hay paz.

Fabricad en la fragua
vuestros arneses y armas.

Formemos un ejército.

Que todas las hormigas,
multitud diligente,
nos consigan metales.

Y a vosotros, los dácilos,
numerosos y mínimos,
se os da el mandato
de recoger madera.

¡Haced luego una hoguera,
de misteriosas llamas,
procuradnos carbón!

GENERALÍSIMO DE LOS PIGMEOS

Con el arco y las flechas,
poneos ya en marcha.

En el estanque aquel
abatid esas garzas
que en gran número anidan
con orgullo jactándose.

Hacedlo de un golpe,
así todos nosotros
ornaremos al fin

nuestro yelmo y penacho.

LAS HORMIGAS Y LOS DÁCTILOS

¿Quién nos defenderá?

Extraemos el oro,

ellos forjan cadenas.

Para la libertad

no ha llegado el momento,

sigamos siendo dóciles.

LAS GRULLAS DE IBICO

Gritos y lamentos de muerte,

angustioso batir de alas.

¡Qué suspiros, qué gimoteos

se elevan para nuestro escarnio!

Todos han sido aniquilados.

Su sangre tiñó el mar de rojo.

Una monstruosa codicia

roba a las garzas sus adornos.

El viento agita los penachos

de esos ventrudos patizambos.

Aliadas de nuestro ejército

que surcáis el mar en hileras,

os llamamos a la venganza

pues esta es también nuestra causa.

Que nadie reserve su sangre.

Guerra eterna contra esa chusma.

(Las GRULLAS se dispersan graznando.)

MEFISTÓFELES (En la llanura.)

Sé muy bien cómo manejar a las brujas del norte, pero con esos espíritus extranjeros no me encuentro a gusto. El Blocksberg sigue siendo un sitio muy cómodo, dondequiera que vaya uno se halla como en familia. La señora Ilse

vela por nosotros desde su piedra, desde sus alturas se eleva Enrique alegremente. Es cierto que los Roncadores hablan en tono grosero a la Miseria, aunque todo está asegurado por miles de años. Pero aquí, ¿quién sabe adónde va y dónde está, o si debajo de él el suelo no va a estallar? Me dejo llevar despreocupado por un agradable valle y, de pronto, detrás de mí, se alza una montaña, que, a decir verdad, no parece una montaña, y que es lo suficientemente alta como para separarme de mis esfinges. Aquí se agitan muchos fuegos que bajan por el valle y llamean en torno a esta aventura. Aún danza y revolotea ante mí el galante coro, que me atrae mientras se aparta de mí de una forma burlesca. Sin embargo, calma. El que está acostumbrado a los caprichos, siempre busca algo que atrapar.

LAMIAS (Atrayendo hacia ellas a MEFISTÓFELES.)

Aprisa, más aprisa,
ven cada vez más lejos.

Luego, al detenernos,
sin parar charlaremos.

Es algo tan gracioso
provocar la atracción
del viejo pecador.

Con su pie atrofiado
se acerca cojeando
y arrastrando su pierna,
entretanto nosotras
de él nos alejamos.

MEFISTÓFELES (Deteniéndose.)

Maldita suerte. Hombrecitos engañados, infelices seducidos desde los tiempos de Adán. Nos volvemos viejos, pero quién sé vuelve juicioso. ¿No tienes ya suficientemente perdida la cabeza? Bien se sabe que no se puede obtener nada bueno de esas que llevan el corsé ceñido al cuerpo y las caras maquilladas. No tienen nada sano que ofrecernos, por donde quiera que se las agarre, sus miembros se descomponen. Ya se sabe, se ve, y aunque pueda palparlo con las manos, uno baila el son que esas putas nos tocan.

LAMIAS

¡Alto!, piensa y vacila, se detiene. Id a su encuentro para que no nos rehúya.

MEFISTÓFELES (Continúa.)

Vamos y no te dejes apresar estúpidamente en la red del titubeo, pues, si no hubiera ninguna bruja, ¿quién querría ser diablo?

LAMIAS (Con extremada gracia.)

Demos vueltas alrededor de este héroe. Seguro que el amor por alguna de nosotras llamará a la puerta de su corazón.

MEFISTÓFELES

Verdaderamente, iluminadas por esta luz trémula, parecéis hermosas damas y así no me gustaría agraviaros.

EMPUSA (Entrando en el corro.)

A mí, siendo de las vuestras, ni siquiera me dejáis formar parte de vuestro corro.

LAMIAS

Esa está de más entre nosotras; siempre echa a perder nuestro juego.

EMPUSA (A MEFISTÓFELES.)

¡Te saluda Empusa, tu primita, tu colega con pies de asno! Tú sólo tienes un casco de caballo, pero, con todo, recibe mi saludo, primo.

MEFISTÓFELES

Aquí creí que sólo había desconocidos, pero por desgracia encuentro parientes próximos: esto es como hojear un viejo libro, no hago nada más que encontrar primos, del Harz hasta la Hélade.

EMPUSA

Yo sé obrar decidida y con rapidez. Podría transformarme en muchas cosas, pero ahora, en honor vuestro, me he puesto la cabeza de burro.

MEFISTÓFELES

Parece que para esta gente el parentesco es algo muy importante. Pero pasara lo que pasara, me negaría a llevar cabeza de asno.

LAMIAS

Deja a ese ser repugnante que provoca espanto. Todo aquello que se adivina y puede ser agradable y bueno desaparece en cuanto ella irrumpe.

MEFISTÓFELES

También me resultan sospechosas esas primitas tiernas y delicadas; detrás de esas mejillas como rosas presiento metamorfosis.

LAMIAS

Haz la prueba. Somos muchas. Echa mano de una de nosotras... Y, si tienes suerte, te llevarás lo mejor. ¿A qué vienen esas cancioncillas lascivas? Eres un pretendiente miserable, por mucho que te enorgullezcas y te pavonees. Ahora se mete entre nosotras. Quitaos las máscaras y que vea nuestro verdadero ser.

MEFISTÓFELES

He elegido a la más bonita. (Al abrazarla.) ¡Qué escoba desgastada! (Echando mano de otra.) Y esta, qué cara más horrible.

LAMIAS

No te creas que te mereces algo mejor.

MEFISTÓFELES

Quisiera asegurarme la más pequeña... Es como si un lagarto se me escapara de las manos, y su trenza de pelo liso parece una sierpe. En lugar de esta agarraré a la alta... Agarro un tieso con una piña en su extremo por cabeza. ¿Qué saldrá de todo esto? Todavía queda una rolliza con la que tal vez disfrutaré. ¡Haré un último intento! ¡Adelante! Muy gordinflona, mofletuda. Esto lo pagan los orientales a alto precio. Pero, ay, el hongo ha reventado.

LAMIAS

Disgregaos, temblad y flotad por el aire. Con la rapidez del rayo rodead como una bandada de aves negras al intruso hijo de la bruja. Trazad círculos imprecisos y que provoquen pavor, murciélagos de alas silenciosas. ¡Demasiado bien librado ha salido!

MEFISTÓFELES (Moviéndose de un lado para otro.)

No parece que haya despabilado mucho. Todo es absurdo aquí y todo es absurdo en el norte. Aquí, lo mismo que allí, hay grotescos fantasmas, pueblo y poetas de mal gusto; aquí todo es una mascarada, una danza sensual como en todas partes. Tenté bellas máscaras y abracé seres que me espantaron. Bien me hubiera gustado que el engaño no se disipara, que durara algo más. (Perdiéndose entre las rocas.) Pero, ¿dónde estoy?, ¿qué va a salir de esto? Esto era una senda y ahora es un horrible montón de escombros. Llegué aquí por un camino liso y ahora sólo veo guijarros ante mí. En vano escalo y desciendo la montaña, ¿dónde volveré a encontrar las esfinges? Nunca me hubiera figurado una cosa tan extravagante. Subir una montaña de esas en sólo una noche. Eso parece una cabalgata de brujas que llevan consigo su Blocksberg.

UNA OREADA (Saliendo de una roca.)

Sube aquí, la sierra donde moro es muy antigua, pero conserva su forma originaria. Honra estas estribaciones del Pindo. Ya estaba yo así impasible cuando Pompeyo huyó cruzándome. Al lado está el producto de la ilusión que se desvanecerá cuando cante el gallo. A menudo veo nacer y de inmediato desaparecer quimeras de ese tipo.

MEFISTÓFELES

Honor a ti, noble cumbre adornada por la vegetación circundante de robustas encinas. La claridad extremada de la luz de la luna no se atreve a adentrarse en tu penumbra. Pero junto a los matorrales brilla tímidamente una luz. Todo parece ser propicio. Caramba, si es el homúnculo. ¿De dónde vienes, pequeño colega?

HOMÚNCULO

Voy revoloteando de un lado para otro y me gustaría nacer en el mejor sentido de la palabra. Estoy ansioso por romper mi vidrio, pero a la vista de lo ocurrido, no me gustaría arriesgarme. Pero, para decírtelo en confianza, estoy en busca de dos filósofos, yo los escuché decir «¡Naturaleza!, ¡naturaleza!». No quiero apartarme de ellos, pues deben conocer la esencia de lo terrestre y acabaré sabiendo cuál de las posiciones es la más sabia.

MEFISTÓFELES

Eso hazlo por ti mismo, pues allá donde reinan los fantasmas es también bienvenido el filósofo. Para que la gente goce de su arte y favor, crea al instante una docena de nuevos fantasmas. Si no te equivocas, nunca llegarás a comprender. Si quieres nacer, hazlo por ti mismo.

HOMÚNCULO

Nunca se debe despreciar un buen consejo.

MEFISTÓFELES

Vete entonces. Ya veremos.

(Se separan.)

ANAXÁGORAS (A TALES.)

Tu terco espíritu no se doblega. Hace falta algo más para convencerte.

TALES

La onda se doblega con gusto a todos los vientos, pero se mantiene lejos de la escarpada roca.

ANAXÁGORAS

Por las emanaciones del fuego estas rocas están aquí.

TALES

Lo viviente nació de lo húmedo.

HOMÚNCULO (Entre los dos.)

Permitidme marchara vuestro lado, tengo vivos deseos de nacer.

ANAXÁGORAS

¿Has hecho salir del fango en una noche, oh Tales, una montaña como esta?

TALES

Nunca la naturaleza en su vivo fluir estuvo sujeta al día, a la noche y a las horas. Ella construye regularmente todas las formas y ni en lo grande hay violencia alguna.

ANAXÁGORAS

Pero aquí la hubo. Hubo un horrible fuego plutónico. Resonaron con fuerza los estallidos de vapores eólicos y rompieron la vieja costra del suelo llano y una nueva montaña surgió de inmediato.

TALES

¿Y qué se deduce de eso? Está y ahí se queda. Sea como fuere, ahí está la montaña. Con esas discusiones se pierde el tiempo y la paz y se enreda a la gente para llevarla al redil que uno desea.

ANAXÁGORAS

Pronto de la montaña empiezan a surgir mirmidones que acuden a habitar las hendiduras de las peñas, la familia de los pigmeos, las hormigas, los gnomos y otros diminutos y diligentes seres. (Al HOMÚNCULO.) Tú nunca aspiraste a lo grande, has vivido solitario y aislado. Si te acostumbras a la jerarquía, te coronaré rey.

HOMÚNCULO

¿Qué dice a esto, Tales?

TALES

Yo no te lo aconsejaría, con lo pequeño se hacen pequeños logros. Mira ahí, mira esa nube negra de grullas. Amenaza a ese pueblo agitado y amenazaría a su propio rey. Con sus puntiagudos picos y sus patas con terminaciones afiladas se lanzan sobre los pequeños. Ya resplandece en el cielo la tormenta del destino. Por medio de un crimen murieron las garzas que vivían a las orillas del tranquilo y pacífico lago. Pero aquella lluvia de mortales venablos dio lugar a que se urdiera una cruel y sangrienta venganza,

despertó la ira de las parientes cercanas contra la criminal ralea de los pigmeos. ¿De qué os sirven ahora el escudo, el yelmo y la lanza? ¿Qué ayuda les prestan a los enanos los penachos de garza? ¡Cómo se esconden los dáctilos y las hormigas! ¡Su ejército flaquea, huye, sucumbe!

ÁNAXÁGORAS (Solemnemente después de una pausa.)

Si hasta aquí pude celebrar a las potencias subterráneas, en esta ocasión me he de dirigir hacia arriba. Tú, situada arriba, eterna y que nunca envejecerás. Tú, que tienes tres nombres y tres formas. Te invoco ante el dolor de mi pueblo: ¡Diana, Luna, Hécate! Tú, que ensanchas el pecho y reflexionas con la más extremada profundidad, tranquila en apariencia, violenta en tu interior, abre el impresionante abismo de tus sombras, que se muestre tu antiguo poder.

(Pausa.)

¿He sido escuchado demasiado pronto?

¿Acaso mi súplica

hacia las alturas

ha trastornado el gran orden natural?

Y se acerca y se ve cada vez más grande y más grande el trono circular de la diosa. Temible para los ojos, inmenso, su fuego al rojo se va oscureciendo. No te acerques más, círculo amenazante y poderoso. ¿Vas a llevar a su final al mar y a la tierra? ¿Entonces sería cierto que algunas mujeres de Tesalia, con una impía confianza en la magia, te hicieron abandonar tu trayectoria y extraer de ti el peor de los influjos? El luminoso escudo se ha oscurecido. En un momento se ha rasgado, brilla y centellea. ¡Qué estruendo! ¡Qué zumbido de viento! Humildemente me postro ante el trono. ¡Perdón!, yo he invocado esto. (Se arroja de cara contra el suelo.)

TALES

Qué no habrá visto u oído este hombre. No sé muy bien qué nos ha pasado. Tampoco he percibido lo que él sentía. Confesemos que son horas locas y la luna se mece plácidamente en su sitio igual que antes.

HOMÚNCULO

Mirad la morada de los pigmeos. La montaña antes era redonda y ahora es puntiaguda. He sentido un enorme retumbar. La roca ha caído precipitándose desde la Luna y de inmediato ha matado, sin hacer distinciones, tanto a amigos como a enemigos. De todas formas he de alabar estas artes que dieron lugar en una noche a la creación de una montaña.

TALES

Tranquilízate, sólo fue una ilusión. ¡Que se vaya de aquí esa repugnante raza! Afortunadamente para ti no has sido su rey. ¡Vayamos ahora a la alegre fiesta marina! Allí se espera y se honra a prodigiosos huéspedes.

(Se alejan.)

MEFISTÓFELES (Trepando por el lado opuesto.)

No tengo más remedio que ascender por empinados escalones de roca y arrastrarme por viejas encinas de recias raíces. En mi Harz, el aroma resinoso tiene un cierto matiz de pez que es de mi gusto, en él predomina el azufre... Aquí, entre estos griegos, apenas si hay rastro de estos olores. Tengo curiosidad por averiguar con qué avivan los tormentos y las llamas del infierno.

DRÍADA

En tu país podrás ser inteligente, pero en el extranjero no eres suficientemente diestro. No debieras pensar tanto en tu patria, debieras venerar la dignidad de las encinas sagradas.

MEFISTÓFELES

Aquello a lo que uno está acostumbrado es un paraíso. Pero decidme: ¿Qué es aquel ser de triple figura que se ve acurrucada en esa hendidura de la montaña?

DRÍADA

Son las Fórcidas. Acércate a ellas y háblales si no te espantan.

MEFISTÓFELES

¿Por qué no? Yo veo algo y me asombro. Con lo orgulloso que soy, debo reconocer que nunca he visto nada igual. Son más horrorosas que las figuras de la mandrágora. ¿Es posible encontrar algo de mayor fealdad en los más reprobables pecados que en ese engendro triple? No podríamos soportarlas ni en los márgenes de nuestros infiernos. Aquí echa raíces en el país de la belleza. ¿Y esto recibe el nombre de clásico?... ¡Se mueven! Parecen advertir mi presencia. Dan silbidos agudos como los murciélagos vampiros.

UNA FÓRCIDA

Dadme el ojo, hermanas, para ver quién se aventura a acercarse tanto a nuestros templos.

MEFISTÓFELES

Respetabilísimas damas. Permitidme acercarme a vosotras y recibid vuestra triple bendición. Yo me presento todavía como un desconocido, pero, si no me equivoco, soy un pariente lejano. He visto dioses viejos y dignos. Ya

me he inclinado ante Ope y Rea. Ayer vi a las Parcas, hermanas del caos y vuestras, las vi ayer... o anteayer; y con todo no he visto a nadie igual que a vosotras. Ahora callo y permanezco fascinado ante vuestra presencia.

FÓRCIDA

Parece que tiene inteligencia este espíritu.

MEFISTÓFELES

Me sorprende que no haya ningún poeta que os aprecie. Y decidme: ¿qué pasó, qué pudo ocurrir para que ninguna estatua os representara a vosotras, las más dignas de ser inmortalizadas? Que el cincel intente esculpiros a vosotras y no a Juno, a Palas o similares.

FÓRCIDA

Sumidas en la soledad y en la más calmada noche, nuestra tríada jamás pensó en ello.

MEFISTÓFELES

Pero, ¿cómo puede ser que estéis apartadas del mundo y a nadie veáis y nadie os vea? Deberíais ir a vivir en los lugares donde la magnificencia y el arte estaban sentados en el mismo trono, allá donde todos los días, veloz y con paso redoblado, un bloque de mármol cobra vida con la figura de un héroe, donde...

FÓRCIDA

Calla tu boca y no nos inspires deseos. ¿Qué nos ayudaría saber algo más a nosotras, nacidas en la noche, emparentadas con lo tenebroso y casi desconocidas para nosotras mismas?

MEFISTÓFELES

En estos casos no hay mucho que decir. También se puede expresar uno a sí mismo. A vosotras tres os basta con un ojo y con un diente. Así pues, según la mitología, sería posible reunir en dos la esencia de tres y que me dejarais la figura de la tercera por poco tiempo.

UNA FÓRCIDA

¿Qué os parece?, ¿es posible eso?

LAS OTRAS

Lo intentaremos, pero sin ojo y sin diente.

MEFISTÓFELES

Pues entonces prescindiríais de lo mejor. ¿Cómo podría ser perfecta la

imagen?

UNA FÓRCIDA

Cierra un ojo, eso es fácil, deja luego ver un solo colmillo, y visto de perfil conseguirás parecerte a nosotras como un hermano a unas hermanas.

MEFISTÓFELES

Es un honor. ¡Que así sea!

FÓRCIDAS

¡Que así sea!

MEFISTÓFELES (Imitando a las FÓRCIDAS de perfil.)

Aquí estoy yo, el hijo preferido del caos.

FÓRCIDAS

Nosotras somos las hijas del caos y de eso no hay duda alguna.

MEFISTÓFELES

Oh vergüenza, ahora se me representará como un hermafrodita.

FÓRCIDAS

Qué belleza hay en la nueva tríada de las hermanas, ahora tenemos dos ojos y dos dientes.

MEFISTÓFELES

Ahora tendré que esconderme de los ojos de todos para ir a asustar a los demonios en el abismo del infierno.

ESCENA VII: CALAS ROCOSAS EN EL MAR EGEO

(La Luna está en su cenit.)

SIRENAS (Tocando música y cantando en las rocas.)

Si en una pavorosa noche
unas mujeres de Tesalia
te atrajeron sacrílegamente,
mira desde tu curvatura
serena las trémulas olas,

hormiguelo suave y brillante,
e ilumina el tenue bullicio
que hacen las olas al romper.
Estamos siempre a tu servicio.
Luna, danos tu favor siempre.

NEREIDAS Y TRITONES (Conforma de monstruos marinos.)

Emitid fuertes y agudos
sonidos que el mar atraviesen,
llamad al pueblo del abismo.
El arremolinado mar,
nos incita a retroceder
a profundidades más tranquilas.

Un dulce canto nos atrajo.
Ved cómo, estando fascinados,
nos ponemos cadenas de oro,
una corona de diamantes,
broche y pasador enjoyados.
Vuestro trabajo lo labró.

Los tesoros de aquel naufragio
los atrajeron vuestros cantos,
demonios de esta bella cala.

SIRENAS

En el grato frescor del mar
los peces mucho se complacen
de una vida serena y libre;
mas vosotros, tropel festivo,
hoy nos gustaría saber
si sois algo más que los peces.

NEREIDAS Y TRITONES

Antes de que hasta aquí llegáramos,

ya lo teníamos pensado.
Hermanos y hermanas, deprisa.
Valdrá con el más breve viaje
para demostrar plenamente
que somos mucho más que peces.
(Se alejan.)

SIRENAS

Se han marchado en un instante
nadando rumbo a Samotracia;
el viento propició su marcha.
¿Qué pretenderán hacer ellos
en el reino de los Cabires?
Son dioses, y muy singulares,
que se engendran continuamente
a sí mismos sin conocerse.

TALES (En la orilla hablando al HOMÚNCULO.)

No me importaría llevarte ante el viejo Nereo, pues no estamos lejos de su cueva, pero es muy tozudo, avinagrado y arisco. Nadie en el mundo entero hace nada a gusto del viejo gruñón. Sin embargo, sabe leer el futuro y por eso se ha ganado el respeto de todos y todos le honran en su retiro, además ha hecho bien a más de uno.

HOMÚNCULO

Hagamos la prueba y llamemos a su puerta. No creo que me cueste el vidrio y la llama.

NEREO

¿Son voces humanas las que perciben mis oídos? ¡Qué ira siento en el fondo de mi corazón! Son criaturas que pretenden llegar a ser dioses y están condenadas, sin embargo, a semejarse siempre a sí mismas. Desde hace años podría estar disfrutando de un descanso divino y con todo sentía el impulso de hacer bien a los mejores de los hombres. Y cuando veía lo que habían hecho, me percataba de que daba igual lo que les hubiera aconsejado.

TALES

Y a pesar de ello, oh anciano del mar, se confía en ti. Tú, que eres sabio, no

nos expulses de aquí. Mira esta llama, aunque tiene forma humana, se entrega enteramente a tu consejo.

NEREO

¿Qué? ¿Un consejo? ¿Ha tenido en cualquier ocasión algún consejo valor para un hombre? Una palabra sensata se atrofia en un oído duro. A pesar de que la mayoría de las veces todos se reprochan despiadadamente por sus errores, la gente sigue igual de recalcitrante. ¡Cuántas paternales advertencias le hice a Paris antes de que su pasión enredara a una mujer extranjera! En la playa griega estaba él lleno de audacia, yo le anuncié lo que veía en mi espíritu: el aire estaba cargado, todo se inundaba de un rojo vivo, un maderamen abrasado, debajo la masacre y la muerte; era el día de la sentencia de Troya, inmortalizado por los versos y tan horrendo como famoso durante miles de años. La palabra del viejo le pareció un juego al descarado muchacho. Él siguió los dictados de su deseo e Ilión cayó. Era un cadáver gigantesco yacente después de un largo tormento que sirvió de festín para el águila del Pindo. ¿No le predije también a Ulises contra los manejos de Circe y la crueldad del Cíclope? ¿No le hablé de su propia irresolución y del frívolo espíritu de los suyos y qué sé yo de cuántas cosas más? ¿Sacó él algún beneficio de esto? Ninguno, hasta que, bien zarandeado, las olas lo llevaron a una costa hospitalaria.

TALES

Para el hombre sabio este proceder es un tormento, con todo, el bondadoso prueba una vez más. Un dracma de agradecimiento contará más para llenarlo de gozo que una arroba de ingratitud. Y es que no es poco lo que tenemos que suplicar: este muchacho que está a mi lado quiere nacer.

NEREO

No turbéis uno de mis rarísimos buenos momentos. Hoy estoy a la espera de algo muy diferente: mandé venir aquí a todas mis hijas, las gracias del mar, la dóridas. Ni el Olimpo, ni vuestra tierra ha dado lugar a un conjunto que se mueva con tanto donaire. Con los más graciosos gestos, se lanzan desde el dragón marino a los caballos de Neptuno. Están tan unidas tiernamente al líquido elemento, que incluso la misma espuma parece sostenerlas. Realzando el juego de colores del carro de moluscos de Venus viene Galatea, la más bella de todas, quien desde que Cipris se alejó de nosotras es adorada en Pafos como diosa. Y por eso hace ya mucho tiempo que este noble ser posee, en su condición de heredera, la ciudad del templo y el trono del carro.

Marchaos de aquí. Es la hora de los goces paternales, que el odio abandone el corazón, que las imprecaciones se alejen de la boca. Id ante Proteo. Preguntad a ese hacedor de milagros cómo puede uno nacer y transformarse.

(Se aleja en dirección al mar.)

TALES

No hemos adelantado nada dando este paso. Apenas se encuentra a Proteo, ya ha desaparecido, y si se detiene ante vosotros, no dice más que frases sorprendentes que lo dejan a uno perplejo. Pero de todas maneras, como estás tan necesitado de consejo, lo intentaremos y cambiaremos nuestro rumbo.

(Se alejan.)

SIRENAS (En lo alto de las rocas.)

¿Qué vemos en la lejanía
dejando tras de sí las olas?
Se asemejan a blancas velas
que rinden obediencia al viento.
¡Qué transfigurado esplendor
el de las señoras del mar!

Bajemos por aquellas rocas.

Escuchad atentas sus voces.

NEREIDAS Y TRITONES

Lo que llevamos en las manos
debe a todos agradar.

El gran escudo de Quelona
refleja una imagen severa,
son deidades que aquí traemos.
Hay que cantar sublimes cantos.

SIRENAS

Pequeños de talla
mas de gran poder.

Salvan a los náufragos,
su culto es remoto.

NEREIDAS Y TRITONES

Hemos traído a los Cabires

para una serena fiesta,
pues allá donde ellos están,
Neptuno se muestra propicio.

SIRENAS

Siempre en todo nos superáis,
cuando una embarcación encalla
con una fuerza insuperable
salváis a la tripulación.

NEREIDAS Y TRITONES

A tres traemos con nosotros.
El cuarto no quiso venir.
Él dijo que era el verdadero,
que pensaba por los demás.

SIRENAS

Un dios de otro dios
puede burlarse.

Alabad sus gracias,
temed sus castigos.

NEREIDAS Y TRITONES

En realidad son siete.

SIRENAS

¿Dónde están los otros tres?

NEREIDAS Y TRITONES

No sabríamos decíroslo.

En el Olimpo preguntad.

Allí también mora el octavo,
en el que nunca nadie pensó.

Dispuestos siempre a los favores,
aunque no todos todavía.

Estos seres incomparables

siempre desean algo más,
siempre nostálgicos o ávidos
de aquello que es inalcanzable.

SIRENAS

Estamos acostumbradas
a alabar a cualquier rey
bajo la luna y el sol.

Nos resulta provechoso.

NEREIDAS Y TRITONES

Nuestra fama se hace mayor
por organizar esta fiesta.

SIRENAS

Los héroes de la antigüedad
carecían de toda fama
mírese por donde se mire.

Consiguieron el vellocino,
mas vosotros a los Cabires.

(Repetido en coro.)

NEREIDAS, TRITONES Y SIRENAS

Consiguieron el vellocino,
mas vosotros / (nosotros) a los Cabires.

(Las NEREIDAS y los TRITONES siguen adelante.)

HOMÚNCULO

Esos engendros me parecen
ollas de barro mal cocido.
Los sabios se encuentran con ellos
y rompen sus cabezas duras.

TALES

Esto es precisamente lo que se desea. La pátina hace valiosa la moneda.

PROTEO (Sin ser observado.)

Así me gusta, viejo charlatán, cuanto más raro, más respetable.

TALES

Proteo, ¿dónde estás?

PROTEO (Hablando como un ventrilocuo, unas veces cerca y otras lejos.)

¡Aquí y aquí!

TALES

Te perdono esta vieja broma, pero no le hables vanamente a un amigo. Sé que hablas desde un lugar incierto.

PROTEO (Como si estuviera en la lejanía.)

Adiós.

TALES

Está muy cerca. Brilla con fuerza. Es curioso como un pez y dondequiera que esté, bajo una u otra forma, es atraído por la llama.

HOMÚNCULO

Derramaré enseguida mucha luz, pero tendré cuidado, no vaya a romper la linterna.

PROTEO (Con la forma de una enorme tortuga.)

¿Qué es eso que reluce con tan hermoso fulgor?

TALES (Ocultando al HOMÚNCULO.)

Bueno, si lo deseas, puedes verlo más de cerca. No te sientas agobiado por ese pequeño esfuerzo. Y muéstrate como un humano, sobre dos pies. El que quiera ver lo que oculto, que lo consiga por nuestro favor, por nuestra voluntad.

PROTEO (Con noble figura.)

Todavía dominas las sutilezas filosóficas.

TALES

Y a ti te sigue causando placer el cambio de forma. (En esto descubre al HOMÚNCULO.)

PROTEO (Extrañado.)

¡Un enanito luminoso!, ¡nunca vi nada igual!

TALES

Solicita consejo y le gustaría nacer. Según he sabido, vino al mundo de

manera muy extraordinaria, aunque sólo a medias. No le falta ninguna capacidad espiritual, pero le faltan muchas propiedades tangibles. Hasta ahora lo único que le da consistencia es el vidrio, pero le gustaría estar dotado de cuerpo.

PROTEO

Eres un auténtico hijo de virgen. Antes de haber nacido, has nacido ya.

TALES (En voz baja.)

Por otra parte, el caso parece crítico, es probable que se trate de un hermafrodita.

PROTEO

Entonces tendremos más posibilidades de triunfar. De cualquier modo, que se presente la cosa, todo se arreglará. Pero no es hora de muchas cavilaciones. Deberás encontrar tu origen en el vasto mar. Allí uno empieza siendo pequeño y le encuentra gusto a engullir a los diminutos, de este modo se va creciendo poco a poco y se adquiere forma para emprender acciones más elevadas.

HOMÚNCULO

Aquí sopla un airecillo muy suave, esto enverdece y el aroma me agrada.

PROTEO

Ya lo creo, delicioso jovencito. Más lejos te sentirás mucho mejor; en esa estrecha lengua de playa rodeada por el mar, la atmósfera es inenarrable. Ahí enfrente vemos bastante cerca a la multitud que llega flotando. Acompañadme.

TALES

Yo voy contigo.

HOMÚNCULO

Paseo de espíritus triplemente digno de verse.

(Los TELQUINOS DE RODAS llegan montados sobre caballos de mar y dragones marinos, manejando el tridente de Neptuno.)

CORO DE TELQUINOS

Hemos forjado a Neptuno el tridente con que apacigua las más embravecidas olas. Si el Dueño de los truenos despliega las nubes llenas de tormentas, Neptuno responde al pavoroso rumor del trueno. Y si de las alturas se descargan rayos de línea quebrada, desde abajo se levanta una oleada tras otra. Y aquello que en medio ha luchado sintiendo el miedo, y que durante mucho tiempo ha sido zarandeado, es tragado por el profundo abismo. Por eso él nos ha concedido hoy el cetro. Y ahora flotamos festivamente, tranquilos y

libres.

SIRENAS

Vosotros, consagrados a Helios, benditos ante la luz del día, salud en esta hora que invita a venerar a la suave luna.

TELQUINOS

Tú, diosa, que eres la más amable de todas y estás en la bóveda celeste. Tú oyes cómo se celebra con entusiasmo a tu hermano. Prestas atención a lo que se oye en la privilegiada Rodas, de allí surge un himno eterno. Al empezar el día y cuando este se acerca a su fin, nos echa una mirada de fuego. Las montañas, las ciudades, las orillas, las olas le gustan al dios, pues son agradables y luminosas. No hay niebla en torno a nosotros; si un poco de ella se desliza, basta un rayo de luz y una brisa leve para que quede pura la isla. Allí, el Supremo se contempla en cien formas: como adolescente, como gigante, grandioso, benéfico. Nosotros fuimos los primeros en representar el poder del dios con una digna forma humana.

PROTEO (AL HOMÚNCULO.)

Déjalos cantar, déjalos jactarse de sus logros. Para los sagrados y vivificadores rayos del sol, las obras muertas son una broma. Su luz funde infatigablemente dando forma a todo. Ellos, por haberlos fundido en metal, piensan que han hecho una proeza. Pero, ¿qué les pasó al fin a estos soberbios? Las imágenes de los dioses fueron imponentemente erigidas, pero una sacudida de tierra las destruyó y hubo que refundirlas hace mucho tiempo. Todo aquello que se hace en la Tierra no es más que un afán vano. La ola es mucho más provechosa para la vida; al reino de las aguas eternas te va a llevar Proteo-delfín. (Se transforma.) Ya está hecho. Esto debe beneficiarte, montarás sobre mi lomo y te desposaré con el océano.

TALES

Cede a ese loable deseo de empezar tu creación desde un momento anterior. Permanece dispuesto a una rápida acción. Allí te moverás según leyes eternas, cambiarás mil y diez mil veces de forma. Hasta llegar a ser hombre tienes tiempo.

(El HOMÚNCULO se monta sobre PROTEODELFÍN.)

PROTEO

Acompáñame, ser inmaterial, a la húmeda inmensidad. Allí te moverás a tus anchas y por donde quieras. Sólo te ruego que no quieras remontarte a un orden más elevado, pues cuando llegues a ser hombre, todo acabará para ti.

TALES

Eso según y cómo, pues es muy digno ser un esclarecido hombre de la propia época.

PROTEO (A TALES.)

Es bueno ser uno de tu estilo, pero eso sólo dura un momento, pues desde hace ya cientos de años, te veo ya rodeado de pálidas legiones de espíritus.

SIRENAS (Desde las rocas.)

¿Qué anillo de nubes rodea tan deliciosamente la Luna? Son palomas encendidas de amor, con plumas blancas de una claridad pareja a la luz. Ha sido enviada desde Pafos esta bandada en celo. Nuestra fiesta está completa, en su alegre deleite, pleno y puro.

NEREO (Avanzando hasta TALES.)

Un viajero nocturno llamaría a esa corte que se ha formado en torno a la Luna fenómeno aéreo, pero nosotros los espíritus somos de un parecer muy diferente, y estamos en lo cierto. Son palomas que forman el cortejo de mi hija, llevado por su carro de conchas de molusco, que vuela admirablemente al estilo de la escuela antigua.

TALES

Estimo que lo mejor es lo que le place al hombre ilustre cuando en el nido tranquilo y cálido se mantiene vivo algo sagrado.

PSILOS Y MARSOS (A lomos de toros, becerros y carneros marinos.)

En las agrestes cuevas de Chipre, no sepultadas por el dios del mar y no derruidas por Seísmos, nosotros, rodeados por las eternas brisas, y, como en los viejos tiempos, con una tranquila satisfacción, guardamos el carro de Cipris, y el susurro de la noche, a través del adorable tejido que hacen, entremezclándose, las olas, hasta aquí conducimos, invisibles para la nueva generación, a la más encantadora de tus hijas. Silenciosamente activos, no tememos ni al Águila ni al León alado, ni a la Cruz ni a la Media Luna, nos importa muy poco cómo viven y quién gobierna allá arriba, ellos se agitan y se mueven alternativamente, se diseminan y se matan, saquean las mieses, asuelan ciudades. Nosotros, como siempre, seguimos llevando a cuestas a nuestra magnífica diosa.

SIRENAS

Con movimientos suaves y rapidez discreta,
formando, en torno al carro, uno y otro círculo,
enlazadas unas a otras formando filas,
colocadas en una serpenteante hilera,

acercas hasta aquí vigorosas Nereidas,
recias mujeres, de salvaje y agreste encanto,
conducid y portad, tiernas y gráciles Dóridas
a Galatea, la viva imagen de su madre.

Grave su semblante, similar al de los dioses,
es dueña de una respetable inmortalidad,
pero, al igual que las nobles mujeres mortales,
atesora una muy atractiva gentileza.

DÓRIDAS (Pasando en coro ante NEREO, todas sobre delfines.)

¡Luna, préstanos tu luz y tu sombra!,
¡dona claridad a esta joven flor!,
pues aquí presentamos, suplicantes
ante el dios, a los amantes esposos.

(A NEREO.)

He aquí unos jóvenes muchachos
que salvamos de la rompiente cruel,
tendimos en lechos de junco y musgo
y nuestro calor la luz les devolvió.

Ahora, dándonos cálidos besos,
deben agradecérnoslo cordialmente.

Mira propicio a estos nobles jóvenes.

NEREO

Es digna de ser tenida en cuenta esa doble ventaja: poder ser compasivas y
al mismo tiempo deleitarse.

DÓRIDAS

Padre, si apruebas nuestro proceder,
nos das una merecida alegría.

Estrechémoslos, pues, inmortalmente
contra nuestro eternamente joven pecho.

NEREO

Podéis disfrutar de esa buena presa, haced del muchacho un hombre, pero no puedo daros aquello que sólo Zeus puede garantizar. La ola en la que os mecéis y columpiáis no permite que el amor perdure. Cuando el juego de la atracción haya terminado, tendréis que depositarlos apaciblemente en la orilla.

DÓRIDAS

Nobles muchachos, tenéis nuestro amor,
mas tristes deberemos separarnos.

Queríamos fidelidad eterna,
pero los dioses no nos la toleran.

JÓVENES

Con tal que sigáis así, recreándonos
a nosotros, valerosos marinos...

No hemos disfrutado tanto nunca
y no aspiramos a disfrutar más.

(GALATEA se acerca con su carro de conchas de molusco.)

NEREO

Eres tú, mi pequeña.

GALATEA

¡Oh, padre!, ¡qué fortuna! Deteneos, delfines, que esa mirada me cautiva.

NEREO

Ya están lejos, pasan de largo como un torbellino que hace círculos. ¿Qué les importa el estremecimiento interno del corazón? ¡Ojalá me llevaran consigo! Pero tan sólo una mirada me deleita resarciéndome por todo el año.

TALES

¡Salve!, ¡salve otra vez! Me alegro y florezco, invadido por lo bello y lo verdadero. Todo surge del agua y todo se mantiene vivo gracias al agua. Océano, favorécenos con tu eterno poder. Si no enviaras las nubes y no derramaras ricos arroyos, si no dirigieras los ríos hacia un lado u otro, si no dieras acabado a los torrentes, ¿qué serían entonces, las montañas, las llanuras y el mundo? Tú eres el que mantiene la siempre fresca vida.

ECO (Con coro de todos los círculos.)

Tú eres el que mantiene la siempre fresca vida.

NEREO

Se retiran a la lejanía, balanceándose. Sus miradas ya no se encuentran con las mías. Formando extensas cadenas circulares, va serpenteando la innumerable multitud para mostrar maneras festivas. Pero sigo y seguiré viendo el trono de conchas de molusco de Galatea. Luce como una estrella por entre la multitud. A través de ese tropel reluce el objeto amado. Incluso desde la lejanía, se ve su claridad, siempre cercana y verdadera.

HOMÚNCULO

En esta noble humedad todo lo que ilumino tiene una agradable belleza.

PROTEO

En esta humedad vital, tu luz empieza a refulgir con magnífica armonía.

NEREO

¿Qué nuevo misterio, en medio de las multitudes, quiere revelarse ante nuestros ojos? ¿Qué es lo que reluce entre las conchas de los moluscos a los pies de Galatea? Tan pronto arde con violencia, tan pronto con suavidad, tan pronto con dulzura, como si fuera movido por las pulsaciones del amor.

TALES

El homúnculo ha sido seducido por Proteo... Estos son los signos de una dominante nostalgia. Presiento el gemido de una sacudida angustiada, va a estrellarse contra el brillante trono. Ahora despide llamas, echa chispas, se está derramando.

SIRENAS

¿Qué ardiente prodigio ilumina las olas que rompen centelleantes unas contra otras? Eso reluce, se mece y lo inunda todo de fulgor. Los cuerpos se abrasan en una huida nocturna y todo queda cercado de fuego. Que reine

Eros, que a todo dio comienzo.

Salve al mar, salve a las olas,

rodeados del sacro fuego.

Salve al agua, salve al fuego.

Salve a ti, rara aventura.

TODOSJUNTOS

Salve, aire que te meces.

Salve, gruta misteriosa.

Aquí se os alaba a todos

vosotros, cuatro elementos.

ACTO III

ESCENA I: ANTE EL PALACIO DE MENELAO EN ESPARTA

(Entra HELENA acompañada de troyanas cautivas. PANTALIS es la CORIFEA.)

HELENA

Yo, Helena, a la que mucho se ha admirado y a la que mucho se le ha reprochado, vengo de la primera playa que pisamos después de saltar a tierra. Vengo todavía ebria por el vivo agitarse a modo de columpio de las olas que nos trajeron, por la gracia de Poseidón y la fuerza de Euro, sobre su dorso erizado, desde las llanuras frigias hasta las bahías de la patria. Allá abajo, en este momento, el rey Menelao está celebrando su vuelta junto a los más valientes de sus guerreros. ¡Dame la bienvenida, noble morada que mi padre, Tíndaro, a su retorno, se mandó construir junto a la falda de la colina de Palas! Mientras yo jugaba con Clitemnestra fraternalmente y alegremente con Cástor y Pólux, mi padre decoró esta mansión con mayor boato que todas las casas de Esparta. Os saludo, hojas de la puerta de bronce. Un día vuestra amplia y hospitalaria abertura dio paso a Menelao, que vino resplandeciente a mi encuentro, elegido entre un gran número de candidatos, como mi prometido. Abríos de nuevo para que pueda cumplir un apremiante mandato del rey, como es propio de una esposa. Permitidme que entre y que deje detrás de mí todo lo que fatalmente me sumió en la tormenta. Hace tiempo que despreocupadamente abandoné este lugar para ir al templo de Citerea y así satisfacer una exigencia sagrada. Allí, un raptor, el frigio, me sustrajo y desde entonces han ocurrido tantas cosas que los hombres gustan de contar con amplitud y detalle, pero que no agrada oír a quien ha visto cómo su propia historia se ha convertido en una fábula a fuerza de exageraciones.

CORO

No desdeñes, magnífica mujer,
la posesión del noble bien supremo,
para ti será la mejor fortuna:
la suprema fama de la belleza.
Al héroe, el nombre siempre lo precede

y así avanza lleno de altivez,
pero el hombre más recio se doblega
ante tu belleza subyugadora.

HELENA

Basta, navegué con mi marido en el viaje de vuelta y ahora he sido enviada por delante de él. Mas no adivino cuáles pueden ser sus pensamientos. ¿Vengo como esposa? ¿Vengo como reina? ¿Vengo como víctima del amargo dolor del soberano y de la desventura tanto tiempo sufrida por el pueblo griego? Se han apoderado de mí, mas no sé si vengo aquí como cautiva. Y es que los inmortales determinaron para mí hace tiempo, de un modo ambiguo, la celebridad y el destino, malos acompañantes de la belleza que incluso ante este umbral están a mi lado con un semblante amenazador. Ya en la hueca embarcación mi marido me miraba sólo raramente y no me decía ni una sola palabra de consuelo; estaba sentado junto a mí como si meditara una represalia. Mas luego, una vez remontada la profunda ría del Eurotas y cuando las proas de las naves delanteras empezaban a saludar tierra firme, él dijo, como poseído por los dioses: «Que mis valientes guerreros desciendan aquí. Yo les pasaré revista en esta playa cercana al mar. Adelántate tú por tu parte, sigue avanzando por entre las feraces orillas del sagrado Eurotas, guía los corceles por la húmeda pradera hasta que puedas alcanzar la bella llanura donde se erigió Lacedemonia, en otro tiempo un amplio campo rodeado de adustas montañas. Entra luego en el palacio real de altas torres y pasa revista a las doncellas jóvenes que dejé allí junto a la vieja ama. Ella te mostrará la rica colección de tesoros tal y como la dejó tu padre en la guerra y yo en la paz aumenté. Todo lo encontrarás en orden, ya que es una prerrogativa del soberano que vea a su vuelta todo intacto y en el mismo sitio donde lo dejó, pues el siervo no tiene la potestad de cambiar nada».

CORO

¡Deleita, con los tesoros reales,
que siempre aumentan, los ojos y el pecho!
Las diademas y collares espléndidos
morán ahí plácidos y presumen,
pero cuando entres y los provoques,
ellos aceptarán el desafío.
Me alegra ver a la belleza en lucha
contra el oro, las perlas y las gemas.

HELENA

Luego continuaron así las palabras del soberano: «Cuando, al final, lo hayas examinado por orden todo, consigue unos trípodes, tantos como creas necesarios, y toma algunos recipientes de aquellos donde se portan los sacrificios para las fiestas. Toma calderos, copas y cráteras redondas. Deposita agua de las fuentes sagradas en altas ánforas. Después prepara leña seca de la que recibe bien las llamas. Que tan poco falte al fin un cuchillo bien afilado. Todo lo demás que haga falta lo dejo a tu cuidado». Así me habló conminándome a partir. Pero el que esto me dijo no mencionó nada dotado de aliento vital que pretendiera inmolar como ofrenda a los olímpicos. Esto da que pensar; con todo, no me inquieto por ello, que todo sea remitido a los altos dioses para que le den el fin que les parezca. Ya sea bueno o malo a juicio de los hombres, nosotros, los mortales, lo habremos de soportar. No pocas veces, el que presentaba el sacrificio levantaba el pesado cuchillo para asestar un golpe sobre la cerviz de la res tumbada en el suelo y no podía realizarlo por impedirlo la cercanía del enemigo o la mediación del dios.

CORO

No te imaginas lo que va a ocurrir.

Reina, avanza con el paso firme
y con el más decidido de tus ánimos.

Lo bueno y lo malo se presentarán
sin avisar ante el género humano;
no damos crédito a los oráculos.

Por eso ardió Troya, aunque viéramos
la vil y cruel muerte ante nuestros ojos.

¿No estamos ante ti aquí presentes,
acompañándote y a tu servicio?

¿No contemplamos el sol cegador,
no escoltamos a la mayor belleza,
a ti, benevolente con nosotras?

HELENA

Que sea lo que tenga que ser. Sea lo que fuere lo que me esté deparado, conviene que suba sin demora a la mansión real. Mansión que tanto he echado de menos, que me hizo sentir tanta nostalgia y casi perdí por ligereza. Mansión que de nuevo está ante mis ojos, no sé cómo. Los pies ya no me hacen subir

resueltamente los altos escalones que saltaba cuando era niña. (Se marcha.)

CORO

Vosotras, oh, hermanas, arrojad
todo el dolor hasta la lejanía.
Compartid la fortuna de la reina.
Participad del destino de Helena.
Ella se acerca hacia el hogar paterno.
Es cierto que vuelve con pasos lentos,
mas cuanto más lentos, más seguros.
En el fondo ella está llena de gozo.
Glorificad con respeto a los santos
dioses que nos van guiando a la patria
y nos permiten recobrar el ánimo.
Quien disfruta de libertad planea,
cual si le hubieran crecido unas alas,
por los más abruptos de los parajes,
mientras, el preso, lleno de nostalgia,
intenta asomarse por una almena
y estira angustiosamente los brazos.
De ella un mal día un dios se apoderó,
pasó a ser entonces una expatriada,
pero, desde los escombros de Ilión,
él la devolvió a la casa paterna.
Y, tras muchas penurias y alegrías,
recuerda aliviada su juventud.

PANTALIS (Como CORIFEA.)

¡Abandonad ahora la senda del canto siempre flanqueada de alegría y dirigid vuestra mirada a las hojas de la puerta! ¿Qué es lo que veo, hermanas mías? ¿No vuelve la reina hacia nosotras agitada y con paso vivo? ¿Qué ocurrió, gran reina? ¿Con qué te encontraste en el recinto de tu hogar que en lugar de brindarte su bienvenida te estremeció? No lo ocultas, en tu frente veo

la indignación, una noble ira que lucha con la sorpresa.

HELENA (Aparece emocionada dejando tras de sí abiertas las hojas de la puerta.)

A la hija de Zeus no le corresponde sentir un temor vulgar, la mano ligera y ágil del miedo no llega a rozarla. Sin embargo, el espanto que surge del regazo de la vieja noche desde el remoto comienzo de los tiempos, ese espanto que se revuelve y sube, adoptando muchas formas, desde las hendiduras ardientes de la montaña, ese espanto incluso estremece el pecho del héroe. Los estigios marcaron mi entrada en la casa de una manera tan terrorífica que, al igual que un huésped despedido, me gustaría apartarme de ese umbral tantas veces pisado y tanto tiempo añorado. Pero no. He retrocedido aquí a la luz y no me obligaréis a dar un paso más vosotras, potencias, quien quiera que seáis. Quiero centrarme en el sacrificio y luego, una vez purificada, la llama del hogar saludará tanto a la señora como al señor de la casa.

CORIFEA

Noble mujer, revela a tus servidoras, que siempre están respetuosamente a tu servicio, lo que has encontrado.

HELENA

Tendríais que ver lo que he visto con vuestros propios ojos si es que la vieja noche no ha vuelto a tragarse esa imagen en su profundo seno maravilloso. De todas formas, para que lo sepáis, os lo diré con palabras: cuando entro solemnemente en el severo recinto de la casa real, pensando en la más inmediata obligación, me sorprende el silencio que reina en aquellos vacíos corredores. Ningún rumor de personas que por allí corrieran diligentemente llega al oído; no hay signos de apresuramiento a la vista, no aparece ante mí ninguna gobernanta, ninguna camarera, ellas, que de ordinario saludan incluso a los extraños. Pero cuando me acerco al hogar, junto al tibio resto de los rescoldos casi extinguidos, veo a una mujer alta, cubierta con el velo, que no parece dormir, sino que más bien tiene una postura reflexiva. Con palabras imperativas, la insto a trabajar tomándola por la gobernanta, a la que quizá la previsión de mi marido habría avisado entretanto; pero ella permanece inmóvil, sentada y acurrucada. Finalmente, sólo después de mis amenazas, mueve el brazo derecho como si quisiera expulsarme de las cercanías del hogar y de la sala misma. Me aparté iracunda de ella y corrí rápidamente hasta la tarima sobre la que se encuentra el tálamo adornado, muy cercano a la cámara de los tesoros. Pero, de pronto, aquel prodigio se levanta del suelo cerrándome el paso de forma imperiosa. Se muestra en toda su estatura, descarnada, con la mirada hundida, sangrienta y turbia; es una extraña figura que turba el ojo y el espíritu. Pero es como si le estuviera hablando al aire, pues, por más que se esfuerce la palabra en describirla, lo hace en vano. Pero

miradla. Aún se atreve a aparecer en plena luz. Aquí mandamos nosotras, mientras que el rey y el señor lleguen. Febo, el amigo de la belleza, envía a los horribles engendros de la noche a las cavernas o los domina.

(Aparece FÓRCIDA en el umbral, entre las jambas de la puerta.)

CORO

He vivido mucho, aunque mis rizos
ondean juveniles en mis sienes.
He presenciado multitud de horrores;
el dolor de la guerra, aquella noche
en la que cayó Ilión.
Entre las nubes y aquel gran estrépito
de guerreros en lucha, la llamada
de los dioses se oyó y la discordia
de ronca voz resuena por los campos
y también se oye extramuros.
¡Ay!, las murallas de Ilión aguantaban,
pero aquel terrible ardor de las llamas
iba avanzando de una casa a otra,
se iba extendiendo, todo lo inundaba.
Lo llevaba consigo la tormenta,
que azotaba aquella noche la ciudad.
Huyendo, entre el humo y llamaradas
como amenazantes lenguas de fuego,
vi acercarse a los dioses airados.
Eran prodigiosos y gigantescos,
y avanzaban por aquella sombría
y densa bruma cercada por llamas.
¿Lo he visto o me ha llevado
mi espíritu lleno de angustia
al engaño? Jamás sabré.

Pero que he visto a ese monstruo
con mis ojos, es la verdad.
Con mis manos la cogería,
si el temor por el gran peligro
no me contuviera los pasos.
¿Cuál de las hijas
de Forcis eres?
Pues debes ser
de esa ralea.
Grea, seguro:
nacida cana,
con sólo un ojo
y sólo un diente
que compartís.
¿Te atreves, monstruo,
junto a lo bello
a presentarte
ante el gran Febo?
Sigue avanzando,
pues la fealdad
él no la advierte.
Sus sacros ojos
no ven las sombras.
Pero nosotras, mortales, sufrimos,
por desgracia, una fatalidad:
nuestra vista se siente dolorida
ante lo repulsivo y lo funesto,
porque somos amantes de lo bello.
Así, pues, escúchanos, si contestas
con frescura, oirás la maldición,

caerán sobre ti todas las injurias,
dejará de ser propicia la boca
de las criaturas hechas por los dioses.

FÓRCIDA

Aunque el dicho es antiguo, su sentido sigue manteniendo su vigencia y su dignidad: la honestidad y la belleza nunca van de la mano por el verde sendero de la Tierra. Muy arraigado habita en ambas un antiguo odio, de tal manera que cuando se encuentran, las dos dan la espalda a su oponente y cada cual se apresura a seguir su camino hacia otro lugar; la honestidad, circunspecta, la belleza, con frivolidad hasta que al fin la atrapa la oscura noche del Orco, si es que antes no fue sometida por la vejez. Os encuentro ahora, descaradas, venidas del extranjero, derramando insolencia, como una bandada de grullas ruidosa y alborotada, formando una gran nube sobre las cabezas, envía abajo sus graznidos que incitan al tranquilo paseante a mirar arriba, pero ellas siguen su camino y él el suyo.

¿Quiénes sois vosotras para gritar de esa manera ante el palacio real, como si fuerais ménades y estuviéseis ebrias? ¿Quiénes sois vosotras para recibir a la gobernanta de la casa ladrando, como reciben los perros a la luna? ¿Creéis que no sé de qué ralea sois? Jóvenes engendradas durante la guerra y criadas durante el combate. Ansiosas de hombres, seducidas y seductoras, debilitáis tanto la fuerza del guerrero como la del ciudadano. Al veros así agrupadas me parecéis un enjambre de langostas que cae sobre el campo y cubre sus mieses verdes. ¡Destructoras del esfuerzo ajeno! ¡Ávidas devoradoras del bienestar creciente! ¡Mercancía usada, objeto de trueque, desgastada!

HELENA

Quien en presencia de la dueña de la casa riñe a sus sirvientas, usurpa ilegítimamente el derecho doméstico de la señora, pues sólo a ella le corresponde encarecer lo que es digno de elogio y castigar lo reprochable. Además, estoy contenta del servicio que ellas me prestaron cuando la gran fuerza de Ilión fue acorralada y sucumbió. No menos satisfecha quedé cuando en nuestro errante viaje soportamos angustias y agobios, en la que normalmente cada cual siempre empieza mirando por sus propios intereses. Ahora también espero algo parecido de esta animada multitud. Al amo no importa lo que es el servidor, sino cómo sirve. Por ello, cállate y deja de hacer feas muecas. Hasta este momento has cuidado bien de la casa del rey en ausencia de la señora, y esto habla en favor tuyo, pero ahora ella ha venido aquí en persona. Así que retírate para que el merecido premio no se trueque en castigo.

FÓRCIDA

Amenazar a la servidumbre es un noble derecho al cual la distinguida consorte del soberano, favorecida por los dioses, se ha hecho digna por una acertada dirección durante muchos años. Y, como tú, ya reconocida, vuelves a ocupar tu antiguo puesto de reina y señora de la casa, empuña las riendas hace ya muchos años aflojadas; haz posesión del tesoro y con él de todas nosotras. Pero, sobre todo, protégeme a mí, la vieja, de esa bandada que junto a tu belleza de cisne parecen unas ocas graznadoras de plumaje defectuoso.

CORIFEA

¡Qué horrible, al lado de la belleza, resulta la fealdad!

FÓRCIDA

¡Qué estúpida, al lado de la discreción, resulta la necesidad!

(A partir de este momento responden las CORÉTIDAS saliendo una tras otra del CORO.)

CORÉTIDA 1.^a

Haznos saber de tu padre, Erebo, y de tu madre, la Noche.

FÓRCIDA

Habla tú de Escila, tu prima hermana.

CORÉTIDA 2.^a

En tu árbol genealógico hay más de un monstruo.

FÓRCIDA

¡Vete al Orco! Allí encontrarás tu parentela.

CORÉTIDA 3.^a

Todos los que allí viven son demasiado jóvenes para ti.

FÓRCIDA

Vete a coquetear con el viejo Tiresias.

CORÉTIDA 4.^a

La nodriza de Orión fue tu tataranieta.

FÓRCIDA

Me temo que las arpías te criaron en basura.

CORÉTIDA 5.^a

¿Con qué sustentas esa delgadez tan aseada?

FÓRCIDA

No es con sangre, de la que tan ávida estás.

CORÉTIDA 6.^a

Estás hambrienta de cadáveres, tú, asqueroso cadáver.

FÓRCIDA

Los dientes de vampiro destacan en tu insolente boca.

CORIFEA

Yo, si digo quién eres, te taparé la boca.

FÓRCIDA

Pues di primero tu nombre y entonces se resolverá el enigma.

HELENA

No con ira, pero sí con tristeza, me interpongo entre vosotras y os prohíbo esta agria disputa, pues nada hace tanto daño al señor y dueño como la soterrada discordia de sus fieles servidores. El eco de sus mandatos ya no retorna en forma de acto rápidamente ejecutado, sino que, rugiente y obstinado, gira en torno a sí lleno de confusión e intenta en vano poner orden. Y no sólo esto: con vuestra indecorosa cólera habéis evocado aquí horribles imágenes de engendros que me sumen en la angustia y me hacen sentir que soy llevada al Orco dejando atrás los campos de mi patria. ¿Es esto un recuerdo? ¿Fue una ilusión que se apoderó de mí? ¿Fui yo todo eso? ¿Lo soy? ¿Lo seré en el futuro? ¿Seré esta visión de sueño y espanto de esta destructora de ciudades? Las muchachas tiemblan, pero tú, la más vieja, estás imperturbable. Habla con palabras sensatas.

FÓRCIDA

A quien recuerda los largos años de muchas y distintas alegrías, la suprema dicha de los dioses le acaba pareciendo un sueño. Mas tú, favorecida sin medida ni límite, encontraste en tu vida sólo amantes llenos de pasión que, inflamados, se atrevieron a actos audaces de todo tipo. Ya Teseo, hombre fuerte como Hércules y admirablemente bien formado, te atrapó siendo tú niña, poseído de un fuerte deseo.

HELENA

Él me raptó siendo una esbelta cervatilla de diez años, me encerró en la fortaleza de Afidno en el Ática.

FÓRCIDA

Pero liberada en breve por Cástor y Pólux, fuiste requerida por un selecto grupo de héroes.

HELENA

Mas con preferencia a todos ellos, he de confesar gustosa que fue Patroclo el que obtuvo mi favor, viva imagen de Peleo.

FÓRCIDA

Sin embargo, por voluntad de tu padre, te uniste a Menelao, el audaz surcador de los mares y asimismo guardián de su casa.

HELENA

Él le dio a su hija y le confió el cuidado del reino. De esta unión conyugal nació Hermione.

FÓRCIDA

Pero mientras en la lejanía obtenía luchando con valentía los derechos sucesorios de Creta, a ti, solitaria, se te presentó un huésped excesivamente bien parecido.

HELENA

¿Por qué me traes a la memoria aquella viudez a medias y la cruel perdición que de ello resultó?

FÓRCIDA

También para mí, cretense nacida libre, aquella expedición supuso el cautiverio y una larga esclavitud. HELENA

Luego te nombró gobernanta, confiándote un buen número de cosas, la mansión y el tesoro audazmente obtenido.

FÓRCIDA

Que tú abandonaste ansiosa de los inagotables goces del amor en dirección a Ilión, la ciudad rodeada de torres.

HELENA

No me recuerdes esos goces. La acre inmensidad del dolor se derramó en mi pecho y mi cabeza.

FÓRCIDA

Se dice que fuiste vista con doble imagen, una en Ilión y otra en Egipto.

HELENA

No provoques la total confusión de un espíritu errabundo. Ahora mismo no sé ni quién soy.

FÓRCIDA

Cuentan también que, saliendo del reino de las sombras, Aquiles se unió a ti apasionadamente tras haberte amado contra todo designio del destino.

HELENA

Como sombra me uní a él, que era una sombra también. Aquello fue un sueño, como lo dice la tradición. Yo me desvanezco y me convierto en una sombra. (Se desmaya y cae en brazos del semicoro.)

CORO

Silencio, silencio, ya cállate,
siniestra, maledicente,
de tu boca de sólo un diente,
de esas fauces tan monstruosas,
¿qué es lo que puede salir?
Pues el malvado, engañoso,
ira de lobo, piel ovina,
es para mí mucho peor
que un gran perro de tres cabezas.
Ansiosas queremos saber
¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo surgió
este prodigio del espanto
siempre presto a las asechanzas?
No traes alivio ni consuelo
como las aguas del Leteo,
reanimas lo pasado
rebuscando entre lo peor
y lo más sombrío de todo.
Oscureces al mismo tiempo
el brillo que tiene el presente
y la suave y centelleante
esperanza del porvenir.
Silencio, silencio, ya cállate.

Que el alma de la soberana,
ya presta a escapar de aquí,
se quede por fin detenida
y conserve su egregia forma,
la más bella que hay bajo el sol.

(HELENA ha vuelto en sí y de nuevo se mantiene en medio del CORO.)

FÓRCIDA

Sal de entre las nubes efímeras, soberano sol de este día que aún velado ya nos fascinaba y ahora reina con brillo deslumbrante. Tú misma contemplas con dulce mirada cómo se despliega el mundo ante ti. Por más que ellas me tachen de fea, no dejo de reconocer lo bello.

HELENA

Salgo temblorosa del vacío en que estuve sumida llena de vértigo. Me encantaría ponerme a descansar otra vez: están tan fatigados mis miembros... Con todo, tanto a las reinas como al conjunto de los humanos conviene dominarse y cobrar aliento, por muy grande que sea el peligro que les sorprenda.

FÓRCIDA

Ahora te muestras en toda tu grandeza y tu belleza, tu mirada dice que mandas; ¿qué es lo que mandas? Dilo.

HELENA

Disponéos a recuperar el tiempo que perdisteis con vuestras rencillas.

FÓRCIDA

Todo está ya preparado en casa: la copa, el trípode, el hacha afilada, hay agua para asperjar, ya se puede incensar cualquier cosa. Sólo falta la víctima del sacrificio.

HELENA

El rey no reveló cuál es.

FÓRCIDA

No lo dijo. ¡Oh palabra funesta!

HELENA

¿Qué sentimiento funesto te embarga?

FÓRCIDA

Reina, tú eres la designada.

HELENA

¿Yo?

FÓRCIDA

Tú y esas.

CORO

Dolor y calamidad.

FÓRCIDA

Sobre ti caerá el hacha.

HELENA

Es horroroso, pero lo esperaba, pobre de mí.

FÓRCIDA

Yo diría más bien que es inevitable.

CORO

Y nosotras, ¿qué será de nosotras?

HELENA

Ella morirá de noble muerte. Vosotras penderéis de esa alta viga sobre la que se sostiene el techo, como un fardo de tordos.

(HELENA y el CORO muestran su sorpresa y su espanto formando un grupo expresivo y bien dispuesto.)

FÓRCIDA

¡Fantasmas!... Estáis ahí como imágenes estáticas. Tenéis miedo de despediros del día que no os pertenece. Los hombres, todos ellos fantasmas, igual que vosotras, tampoco renuncian sin reservas a la majestuosa luz del sol, pero nadie los dispensa y los salva de su fin. Todos lo saben, pero a muy pocos les gusta. No hay nada que hacer: estáis perdidas. Pronto, manos a la obra. (Da unas palmadas, y acto seguido aparecen en la puerta unos enanos enmascarados que ejecutan con presteza las órdenes que se formulan.) Ven acá, monstruo sombrío y de formas redondas. Rodad hacia este lado, aquí se puede hacer daño. Haced sitio para el ara del sacrificio de cuernos de oro. Que la cuchilla esté colocada sobre el filo de plata. Llenad las jarras de agua, hay que lavar la horrible mancha de sangre negra. Extended sobre el polvo la preciosa alfombra para que la víctima se arrodille con regias maneras y envuelta en su mortaja ya decapitada, como es bien sabido, sea distinguida y

dignamente sepultada, aunque, al fin y al cabo, sepultada.

CORIFEA

La reina se ha apartado ligeramente y está pensativa; las jóvenes se marchitan como la hierba segada de los prados. Pero me parece mi deber que yo, la más vieja del grupo, te dirija unas palabras a ti, la más vieja de las viejas. Eres experta y sabia y pareces bien intencionada con nosotras, por más que descocadamente y por desconocimiento el grupo te insultara. Dinos, pues, todo lo que podamos hacer por nuestra salvación.

FÓRCIDA

Lo diré de inmediato: sólo depende de la reina salvarse a ella misma y salvaros a vosotras. Hace falta decisión y la mayor diligencia posible.

CORO

Tú, la más venerable de las Parcas, tú la más sabia de las Sibilas, mantén cerradas las áureas tijeras y anúncianos la salvación y la luz del día. Empezamos a sentir con desazón cómo nuestros delicados miembros pronto penderán en el aire y estarán oscilando y bamboleándose. A ellos bien les gustaría estar primero en danza para luego acabar junto al pecho del amado.

HELENA

Deja que tiemblen. Siento dolor, pero no miedo. Sin embargo, si tú conoces el medio de salvación, te será aceptado con gratitud. Sin duda, al inteligente y al previsor lo imposible se le hace muchas veces posible. Habla e indícame.

CORO

Habla e indícanos, dinos cómo saldremos de aquí, cómo escaparemos a los horribles y repulsivos lazos que están alrededor de nuestros cuellos amenazantes pero con el aspecto de funestas joyas. Pobres de nosotros, presentimos que perdemos el aliento, presentimos nuestra muerte por ahogamiento si tú, Rhea, noble madre de todos los dioses, no te apiadas de nosotras.

FÓRCIDA

¿Tendréis paciencia para escuchar serenas el largo curso de mi relato? Es un buen cúmulo de historias.

CORO

Tenemos suficiente paciencia. Mientras escuchamos, vivimos.

FÓRCIDA

Aquel que, estando quieto en casa, guarda un tesoro y sabe revocar los altos muros de la casa y asegurar el tejado contra el empuje de la lluvia, ese pasará feliz todos los días de su vida. Pero aquel que temerariamente atraviesa el sacro límite de su umbral con pies ligeros, cuando vuelva a su vieja casa lo encuentra todo cambiado, si no destruido.

HELENA

¿A qué vienen tantos dichos conocidos? Tú querías contarnos algo, deja ya lo enojoso.

FÓRCIDA

Esto es histórico, no es un buen reproche. Menelao navegó de bahía en bahía pirateando: estuvo enemistado con todos en lucha por la costa y las islas y volvió con el botín que está ahí guardado. Ante las murallas de Ilión luchó durante diez años, no se sabe cuánto tiempo invirtió en el viaje de vuelta. Pero ¿cómo va todo en las cercanías de la distinguida casa de Tíndaro?, ¿qué hay del reino que la rodea?

HELENA

¿Se ha encarnado tan fuertemente en ti la injuria que no puedes mover la boca si no es para insultar?

FÓRCIDA

Esos años quedó abandonado el valle rodeado de la sierra que se eleva al norte de Esparta dejando a la espalda el Taigeto, donde como arroyo vivaz baja hacia el Eurotas y luego por nuestro valle se ensancha entre las cañas y nutre a nuestros cisnes. Allí, en ese sereno valle entre montañas, una audaz estirpe se ha asentado llegando desde la noche cimbría y ha construido una fortaleza inexpugnable, desde el que a placer oprimen al país y a las gentes.

HELENA

¿Cómo pudieron hacerlo?, parece imposible.

FÓRCIDA

Tuvieron tiempo para ello, hace veinte años que están aquí.

HELENA

¿Tienen jefe?, ¿son muchos bandidos aliados?

FÓRCIDA

No son bandidos, pero sí que uno de ellos es el jefe. Me ha hostigado muchas veces, pero no se lo reprocho. Aunque pudo llevárselo todo, se contenta con pequeños presentes a los que llama tributos.

HELENA

¿Qué aspecto tiene?

FÓRCIDA

Nada malo. A mí sí me gusta. Es un hombre despierto, valiente, de buenas proporciones corporales como pocos hay en Grecia; es un hombre lleno de sensatez. Se tilda a este pueblo de bárbaro, pero no creo que ninguno se comportara con tanta crueldad como lo hicieron algunos héroes que ante las puertas de Troya llegaron al canibalismo. Yo admiro su grandeza y confío en él. ¡Y su palacio!... ¡Tenéis que verlo con vuestros propios ojos! Es diferente de esa construcción tosca, que vuestros padres, cada cual por su lado, ciclópeos como cíclopes, hicieron amontonando piedra sobre piedra. Por el contrario, allí todo es vertical u horizontal y regular. ¡Hay que verlo desde su exterior!: todo tiende en él hacia las alturas, hacia el cielo, es sólido y está bien trabado, brilla como el acero. Al intentar encaramarse en él, incluso el pensamiento resbala. Dentro hay varios patios muy amplios rodeados de obras de todas las clases y todos los fines posibles. Allí se ven columnas y arcos de mayor y menor tamaño, corredores y galerías que dan al exterior y al interior. También hay blasones.

CORO

¿Qué son blasones?

HELENA

Áyax llevaba ya la serpiente enroscada en su escudo como pudisteis ver vosotras. Los siete que fueron contra Tebas, llevaban ya signos en sus escudos llenos de significación: allí estaban la luna y las estrellas sobre el azul cielo de la noche, también la diosa, el héroe y las escaleras de asalto, las espadas, las antorchas y todo aquello que amenaza a la ciudad. Nuestros héroes llevan esas pinturas de refulgentes colores desde tiempos antiguos. Allí veréis leones, águilas y también garras y picos, después veréis cuernos de búfalo, alas, rosas, colas de pavo real, incluso franjas doradas y negras, y de plata, azur y rojo. Blasones de ese tipo cuelgan dispuestos en filas ordenadas, dentro de salas de tamaño ilimitado, tan grandes como el mundo. ¡Allí sí que podríais bailar!

CORO

Dinos, ¿también allí hay bailarines?

FÓRCIDA

Los mejores, un ejército de muchachos jóvenes de rizos de oro. Huelen a juventud. Así olía también Paris cuando llegó a las cercanías de la reina.

HELENA

Te sales del papel. Di la última palabra.

FÓRCIDA

Tú eres quien la dirá; di «sí» de forma audible y te protegeré rodeándote de ese castillo.

CORO

Oh, di esa corta palabra y sálvate a ti y a nosotras a la vez.

HELENA

¿Cómo? ¿He de temer que el rey Menelao sea tan cruel conmigo que me quiera hacer daño?

FÓRCIDA

¿Olvidas con qué furia mutiló a tu Deífobo, el hermano de Paris, caído en combate, que te cortejó cuando eras una viuda paralizada por el dolor y te convirtió en su concubina? Le cortó las orejas, la nariz y algo más: era un horror mirarlo.

HELENA

Al hacérselo a aquel lo hizo por mi causa.

FÓRCIDA

Por causa de aquel, él te hará lo mismo. ¿Quién comparte la belleza? El que la ha poseído prefiere destruirla antes que gozarla a medias.

(Trompetas en la lejanía: el CORO se estremece.)

Qué cortantes resuenan las trompetas en los oídos y las entrañas. Así hieren los celos en el corazón del hombre que nunca olvida lo que fue suyo y, una vez perdido, no volverá a recuperar.

CORO

¿No oyes sonar los cuernos? ¿No ves brillar las armas?

FÓRCIDA

Recibe la bienvenida, señor y rey, gustosa te anunciaré.

CORO

¿Pero qué será de nosotras?

FÓRCIDA

Ya lo sabéis, cercana está su muerte y con ella la vuestra. No, ya no se os puede ayudar.

(Pausa.)

HELENA

He pensado cuál puede ser mi más inmediato atrevimiento. Eres un demonio hostil, lo sé bien. Me temo que puedes convertir en malo lo que es bueno. Con todo, acepto seguirte al castillo, lo demás ya lo sé; es a todos inaccesible aquello que la reina lleva profundamente oculto en su pecho. Adelante, vieja.

CORO

Con qué alegría vamos
marchando con paso vivo;
dejando atrás la muerte,
de nuevo estamos delante
de la recia fortaleza
de muros inexpugnables,
tan bien resguardada está
como la ciudad de Ilión,
que sólo fue al fin tomada
merced a una vil argucia.

(La niebla se extiende y vela a su voluntad lo lejano y lo cercano.)

Pero, ¿cómo?, pero, ¿cómo?

Hermanas, mirad en torno.

¿No había un día claro?

Suben ráfagas de niebla
desde el sacro río Eurotas,
ya no se avista la orilla
bella y ornada de juncos,
también dejé ya de ver
los libres y altivos cisnes
que delicadamente iban
deslizándose graciosos.

A pesar de los pesares

escucho aún su canto,
sonido vivo y lejano
que nos anuncia la muerte,
la salvación prometida
se torna fatal caída.
Oh, pobres de nosotras,
semejantes a los cisnes,
bellas y de cuello blanco
y pobre hija del cisne.
Todo se está cubriendo ya
de una bruma envolvente
No nos vemos ni a nosotras.
¿Qué es lo que ocurre? ¿Nos vamos?
¿Ahora estamos flotando?
¿Nuestros pies dejan el suelo?
¿No ves nada? ¿No es Hermes el
de ahí? ¿No luce su cetro
de oro señalando al Hades?
¿A esa horrorosa visión
de un rebosante lugar
eternamente vacío?

Sí, de pronto todo se llena de tinieblas. Sin fulgor alguno se disipa la niebla de color gris oscuro o tal vez pardo oscuro. Ante nuestra mirada se eleva de pronto una muralla. ¿Es un palacio o es una profunda fosa? Es horrible en todo caso. Hermanas, estamos presas, tan prisioneras como nunca estuvimos.

ESCENA II: PATIO INTERIOR DE UNA FORTALEZA

(Rodeado de ricas construcciones fantásticas de la Edad Media.)

CORIFEA

Apresuradas y atolondradas, todo un ejemplo de comportamiento femenino. Esclavas del instante, juguetes de los cambios de tiempo, de la fortuna y del infortunio. No sabéis aguantar con un ánimo estable. La una siempre se opone a la otra, lo hace con acritud y choca con las demás: en la alegría y el dolor, vuestra risa y vuestros gimoteos se oyen igual. Ahora callad y ved qué tiene a bien, con su noble ánimo, decidir la reina para ella y para nosotras.

HELENA

¿Dónde estás, pitonisa, como quiera que te llames? De estas bóvedas surge una tenebrosa fortaleza. Si has ido a anunciarme al maravilloso héroe para que me haga un buen recibimiento, te lo agradezco. Mas llévame pronto hacia él, pues quiero que acabe mi camino errabundo. Sólo deseo paz.

CORIFEA

En vano buscas con tu mirada en todas direcciones, reina. La monstruosa figura ha desaparecido. Acaso se quedó en la niebla de cuyo seno, no sé cómo, hemos venido. Hemos venido ligeras, sin dar un paso. Tal vez yerra titubeante por el laberinto de este castillo, prodigiosa unidad constituida por otros muchos edificios, pidiéndole a su señor una acogida principesca. Pero mirad, allí se apresta rauda la numerosa servidumbre en las galerías, los pórticos y las ventanas: esto anuncia una acogida grata y hospitalaria.

CORO

Se me abre el corazón. Ved sólo con qué solemnidad y con qué paso más lento descende ese cortejo de noble dignidad juvenil en hilera uniforme. ¿Al mandato de quién obedece, aparece tan bien alineado y formado ese grupo de adolescentes? ¿Qué es lo que admiro más? Su gracioso paso, tal vez la ensortijada cabellera sobre su frente, tal vez su par de mejillas con el rubor de un melocotón y asimismo cubiertas de un vello suave como terciopelo. Me gustaría morder, pero siento temor, pues en casos tales, la boca se llena, aunque es horrible decirlo, de cenizas.

Pero los más hermosos

se acercan hasta aquí.

¿Qué es lo que están portando?

La tarima del trono,

más su alfombra y asiento,

colgaduras y adornos

con aspecto de tienda.

Él ahora corona
con lucida guirnalda
a nuestra bella reina.

Él la ha invitado
a ocupar su cojín
lujoso; subid, pues,
uno y otro escalón,
mantened seriedad.

Digna, tres veces digna,
bendita esta acogida.

(Todo cuanto va diciendo el CORO se va ejecutando sucesivamente.)

(Después de que los donceles y los escuderos han bajado, aparece FAUSTO en la parte superior de la escalera. Lleva un traje de caballero medieval y baja lenta y dignamente.)

CORIFEA (Mirándolo con atención.)

Si, como suelen hacer, los dioses no le han prestado a este por muy poco tiempo su admirable figura, su sublime distinción, su adorable presencia, todo lo que emprenda lo conseguirá, ya sea en batallas con otros hombres, ya sea en las pequeñas contiendas por las más bellas mujeres. Ciertamente este es superior a muchos otros que yo había considerado de alto valor. Con paso lento y grave, digno y contenido, veo bajar al soberano. ¡Vuélvete! Oh, reina.

FAUSTO (Avanza con un hombre encadenado a su lado.)

En vez del más solemne saludo que aquí era lo debido y en vez de bienvenida respetuosa te traigo a este esclavo aherrojado por férreas cadenas que, faltando a su deber, me ha hecho faltar al mío. Arrodíllate aquí a confesar tu culpa delante de tan alta señora. Oh soberana sublime, este es el hombre que ha sido colocado por la prodigiosa agudeza de su vista en la torre para mirar los alrededores, para abarcar atento el horizonte y lo ancho de la tierra, para ver qué puede presentarse, para ver qué es lo que baja por la cadena de montículos que nos rodean hacia el valle y se acerca a la fortaleza, ya sean oleadas de ganado o despliegue de ejércitos; aquel lo protegemos, este lo rechazamos. Y hoy, ¡menudo bochorno! Vienes tú y no nos lo anuncia. ¡Nos faltó hacer una acogida propia para tan alta visita! De modo temerario ha perdido el derecho a la vida, tendría que haber recibido ya su merecida muerte; pero sólo tú serás competente para castigarlo o indultarlo como plazcas.

HELENA

Aunque me parece que sólo me la concedes para ponerme a prueba, esta tan alta dignidad que me brindas, ser soberana y juez, la ejerzo en primer lugar para cumplir la primera obligación de un juez: oír al acusado. Así pues, habla.

LINCEO, EL VIGÍA DE LA TORRE

Deja que me arrodille y contemple.

Déjame morir o seguir vivo.

Pues ya estoy tan sólo encomendado

a la mujer traída por dioses.

Esperando la bondad del alba

y oteando a Oriente su venida,

repentina y prodigiosamente

el sol naciente vino del sur.

Allí se dirigió mi mirada.

En lugar de llanuras y cimas,

en vez del confín de tierra y cielo,

la pude ver a ella, la única.

Tengo una vista privilegiada,

la de un lince encaramado a un árbol;

pero entonces debí esforzarme

como si saliera de un hondo sueño.

No sabía dónde me encontraba.

¿En la almena? ¿Tal vez en la torre?

Se disipó y se fue la niebla,

y tras ella apareció la diosa.

Le consagré vista y corazón,

absorbí aquel tenue fulgor,

aquella deslumbrante belleza

me cegó, pobre infeliz de mí.

Olvidé mi deber de vigía

y el cuerno sobre el que yo juré.

Aunque tal vez ella me condene,
su belleza aplaca toda ira.

HELENA

No puedo castigar el mal que yo misma causé. ¡Ay de mí! ¿Qué severo destino me hace aturdir así el corazón de los hombres hasta el punto de que acaban no respetándose ni a ellos mismos ni a nada? Me raptan, me intentan seducir, se baten en duelo, me llevan de un sitio a otro. Semidioses, héroes, dioses y aun demonios me llevaron al descarrío aquí y allá. De forma única turbé al mundo, dupliqué, tripliqué y cuadruplicé los desastres. Aleja a ese buen hombre, libéralo. Que no caiga la vergüenza sobre aquel al que deslumbraron los dioses.

FAUSTO

Asombrado, oh, reina, veo al mismo tiempo la que hiere con acierto y aquí al que fue herido. Veo el arco que lanzó su flecha contra aquel hombre. Las flechas suceden a las flechas y me alcanzan a mí. De todas partes las presiento, emplumadas y silbando de un lado a otro por la fortaleza y su recinto espacio. ¿Qué soy ahora? De golpe se rebelan mis leales servidores y mis murallas parecen desvencijadas e inseguras. Y así, temo ya que mi ejército obedece a la mujer victoriosa e invicta. ¿Qué me resta hacer más que entregarme a mí mismo y darte todo lo que creía mío? Deja que a tus pies, libre y fiel, yo te reconozca como soberana a ti. A la que, con su sola presencia, adquirió un reino y un trono.

LINCEO (Con un pequeño cofre y seguido de otros.)

Aquí me tienes de vuelta, reina.

El rico suplica una mirada.

Al verte él se siente a la vez

un mendigo y el más rico príncipe.

¿Qué fui antes?, ¿ahora qué soy?

¿Qué debo querer?, ¿qué debo hacer?

¿Para qué la vista más aguda?

Ante tu presencia se deslumbra.

Desde Oriente hemos llegado aquí

y Occidente ya quedó atrás.

De pueblos hemos visto un buen número.
Primero y último se ignoraban.
Cae el primero, resiste el segundo,
el tercero empuñaba su lanza,
cada uno iba con un centenar,
sin notarlo murieron a miles.
Nos abalanzamos presurosos.
De todo lugar nos adueñamos.
Y donde hoy soy el soberano
mañana otro roba y saquea.
Mirábamos con mucha presteza.
Uno abusaba de la más bella.
Para otro era aquel recio buey.
Todos se llevaban los caballos.
A mí me gustaba ir a buscar
lo más raro que pudiera verse.
Lo que pudiera poseer otro
era para mí hierba reseca.
Iba tras el rastro de tesoros,
obedecí sólo a mi mirada,
hurgué dentro de todo bolsillo,
los arcones eran transparentes.
Para mí fueron montones de oro
y las más ricas piedras preciosas.
Sólo la esmeralda se merece
relucir verde junto a tu pecho.
Que oscile entre la oreja y la boca
esa gota del fondo del mar.
Los rubíes sienten gran vergüenza,
palidecen ante las mejillas.

Y así el mayor de los tesoros
lo he colocado junto a tu trono,
a tus pies puedes observar
la cosecha de muchas batallas.
He arrastrado aquí muchos arcones
mas aún quedan otros de hierro.
Déjame seguir tu camino
y llenaré de oro todas las cámaras.
Apenas subes la grada del trono,
te reverencian y ante ti se postran
poder, riqueza e inteligencia,
ante tu presencia sin igual.
Todo esto lo guardé para mí
pero ahora a ti te lo revelo,
lo creía digno, verdadero y noble,
ahora es insignificante.
Lo que poseí se ha perdido,
es hierba segada y ya marchita.
Devuélvele con una mirada
todo su originario valor.

FAUSTO

Aparta rápidamente esta carga audazmente obtenida, no te será censurada, pero tampoco premiada. Suyo es ya todo lo que la fortaleza encierra en su seno; ofrecerle algo especial es inútil. Apila ordenadamente tesoros sobre tesoros. Muestra un espectáculo soberbio, tan magnífico que nunca se vio. Haz que brillen las bóvedas como un cielo despejado; crea paraísos de vida inanimada. Adelántate rápido a sus pasos y desenrolla una tras otras las floridas alfombras. Que sus pies anden sobre un suelo mullido, y su mirada, que sólo a los dioses no deslumbra, resplandezca con el máximo fulgor.

LINCEO

No es difícil lo que manda el señor,
pronto lo cumplirá el servidor,

pues sobre todo el bien y la nobleza
reina siempre tu magna belleza.

Ya está todo el ejército domado,
sus lanzas y espadas han declinado.

Incluso el Sol, mustio y frío está
junto a tu figura, pura beldad.

El reino de tu rostro florece,
mas a su lado todo se envanece.

HELENA (A FAUSTO.)

Deseo hablarte, pero ven junto a mí. Este sitio vacío le corresponde a su dueño y me asegura el mío.

FAUSTO

Ante todo, noble mujer, acepta gustosa el homenaje que de rodillas te consagro. Permite que bese la mano que me lleva a tu lado. Confírmame, junto a ti, como regente de tu imperio que no conoce límites: obtén un admirador, protector, esclavo, todo en uno.

HELENA

He visto y he oído muchos prodigios. El asombro me invade, quisiera hacer muchas preguntas. Pero quisiera que me dijeras ante todo por qué el habla de ese hombre me suena tan rara, tan rara y tan amigable. Un sonido parece adaptarse al otro. Apenas una palabra había llegado a los oídos, venía otra a acariciarla.

FAUSTO

Si te agrada ya el modo de hablar de nuestros pueblos, seguro que también te fascinará su canto. Este sacia profundamente el alma y los oídos. Pero lo mejor es que nos ejercitemos en él enseguida: el diálogo alternado lo atrae y lo provoca.

HELENA

Explícame cómo diré yo algo hermoso.

FAUSTO

Es cosa fácil: debe salir del corazón.

Y cuando de ansias lleno el corazón está,
inquietos preguntamos...

HELENA

... quién también lo tendrá.

FAUSTO

Espíritu, no mires adelante ni atrás,
si tú afrontas el presente...

HELENA

... sobra lo demás.

FAUSTO

Este tesoro no lo merece un humano;
¿quién aun así nos lo procurará?

HELENA

¡Mi mano!

CORO

¿Quién puede reprochar a nuestra soberana
que se muestre abierta, cercana y amigable
con el dueño y señor de esta gran fortaleza?
Pues confesad, todas nosotras, sin dudarlo,
estamos presas como tantas otras veces
desde la ignominiosa caída
de Ilión y nuestro errar atribulado y afligido
por una ruta tortuosa y laberíntica.

Las acostumbradas al amor de los hombres,
no pueden normalmente hacer una elección,
pero sin duda conocen bien el asunto.

Tanto a unos bellos pastores de rizos de oro
como a unos faunos de negro y crespo vellón,
según se ofrezca, se presente o se requiera,
conceden ellas igualmente sus favores
sobre la posesión de sus túrgidos miembros.
Están cada vez sentados más y más cerca,

se van apoyando unos sobre los otros,
hombro contra hombro, rodilla contra rodilla,
cogidos de las manos se van acercando
al trono en el que se mecen dulcemente
en el muy mullido esplendor de los cojines.
La majestad y la nobleza no rehúyen
la abierta exhibición de los goces más íntimos
ante los atónitos ojos de su pueblo
y con toda generosidad de detalles.

HELENA

Me siento tan lejos y, sin embargo, tan cerca, y tan sólo digo gustosa: estoy aquí, aquí.

FAUSTO

Apenas respiro, mi voz tiembla, esto es un sueño que hace que se desvanezcan el tiempo y el espacio.

HELENA

Me parece haber envejecido y, sin embargo, me siento rejuvenecer al estar contigo y serte fiel, desconocido.

FAUSTO

No sondees el destino sin par. Existir es un deber aunque sólo sea por un momento.

FÓRCIDA (Entrando impetuosamente.)

Deletreáis en el abecedario del amor, vuestros devaneos sólo os llevan a la carantoña, ociosos os acariciáis dulcemente, pero no hay tiempo para ello. ¿No sentís una sorda tormenta? ¿No escucháis la trompeta? El desastre está cercano. Llevando a su pueblo en oleadas, Menelao se acerca hasta vosotros. Armaos para la lucha. Rodeado por el ejército triunfador, mutilado como Deífobo, expiarás tu afición a la compañía femenina. Cuando en el aire oscile esta ligera mercancía, a la otra le estará reservada en el altar una nueva y afilada cuchilla.

FAUSTO

¡Qué temeraria interrupción! Entra aquí inoportuna. Ni siquiera en los peligros me gusta la desatinada agitación. Una horrible noticia afea al más agraciado de los mensajeros. A ti que eres la más fea posible tan solo te gusta

dar malas noticias. Pero esta vez no lo lograrás; tu hueco aliento conmueve los aires. Aquí no hay peligro, el peligro no sería sino una vana amenaza.

(Señales, explosiones entre las torres, toque de clarines y cornetas; se oye música militar y se ve el desfile de un poderoso ejército.)

No, ahora verás reunido el inseparable círculo de los héroes, sólo este recibe el favor de las mujeres, el más poderoso sabe cómo defenderlas. (A los jefes del ejército que se separan de las columnas dando un paso adelante.) Con ese furor contenido y sereno que os deparará, con toda seguridad, la victoria, ya aparecen; la Tierra se estremece, avanzan, todo retumba. Desembarcaremos en Pilos, Néstor ya no estará y el indómito ejército romperá las pequeñas alianzas de los reyes. No tardéis en rechazar a Menelao y en devolverlo al mar. Allí podrá errar, robar y estar al acecho, como en él es propensión natural. Os he de nombrar grandes señores, me lo ordena la reina de Esparta. Ponedle ahora a sus pies los montes y los valles y vuestra será la conquista del Imperio. Tú, germano, defiende las bahías de Corinto con vallados y baluartes. A ti, godo, te confío Acaya con sus cien desfiladeros. Que se dirijan a Elida las huestes de los francos, Mesenia les ha tocado a los sajones. Que el normando limpie los mares y engrandezca la Argólida. Entonces cada cual habitará su hogar y enviará su fuerza y sus rayos hacia el exterior, pero Esparta, la antigua residencia de la reina, deberá regir sobre vosotros. Cada cual debe disfrutar del país donde nunca falta el bienestar, buscáis confiados a sus pies refrendo, prerrogativas y claridad.

(FAUSTO baja; los PRÍNCIPES se reúnen en torno a él para recibir órdenes con mayor atención.)

CORO

El que quiera obtener a la más hermosa
que ante todo se fíe a su habilidad,
que con sabiduría se procure armas,
con sus halagos obtendrá para sí
lo más elevado que se puede ver,
pero no lo poseerá muy tranquilo.
Habrá pícaros que la seducirán.
Habrá ladrones que la querrán raptar.
Que esté siempre alerta para así impedirlo.
Por eso yo alabo a nuestro magno príncipe,
lo valoraré por encima de todo.

Se ha impuesto con tamaña valentía
que los más fuertes se inclinan ante él
atentos a cualquier gesto de los suyos,
para ejecutar fielmente sus mandatos,
cada uno lo hace por su propio interés,
así como por el generoso premio
y de esa manera conseguir la gloria.

¿Quién será ahora capaz de quitársela
a él, el más poderoso poseedor?

Ella es su posesión a él consagrada.

Que le sea doblemente concedida
por nosotras, encerradas tras los muros
en cuyo exterior hay un potente ejército.

FAUSTO

Los dones que les hemos dado a estos —una tierra fértil a cada uno— son grandes y magníficos: ahora dejémoslos marchar. Nosotros nos mantendremos en el centro. Ellos te defenderán con valor, península rodeada por olas por doquier, unida por una no muy pronunciada cadena de colinas a las últimas estribaciones de las montañas de Europa. Este país, que recibe los rayos del sol antes que todos los países, sea por siempre propicio para toda estirpe, ahora que ha sido conquistado para mi reina, en hora temprana elevo a ella la mirada cuando el rumor que resuena en los cañaverales del Eurotas salió radiante de la cáscara deslumbrando a su distinguida madre y a sus hermanos. Este país vuelto sólo hacia ti, brinda el más espléndido de sus florecimientos. Prefiere tu patria al orbe terrestre de la que tú eres dueña. Aunque en el dorso de tus montes es herido por la afilada punta de las frías flechas del sol, se ven allí reverdecer las peñas y la ávida cabra recibe allí una pequeña parte de su sustento. El agua brota del manantial, los arroyos que se precipitan se juntan, los barrancos, las pendientes, los prados empiezan a estar verdes; sobre una llanura quebrada por cientos de colinas se ven diseminados lanosos rebaños. Repartidas por doquier, con un paso grave y precavido, reses de ganado vacuno provistas de cuernos van subiendo hasta el borde abrupto, mas allí hay refugio para todos, pues la pared de roca se aboveda formando cien grutas. Allí, Pan los protege y las ninfas de la vida viven en el fresco recinto de los frondosos ahuecamientos, y los árboles, deseando remontarse a regiones más altas, son muy ramosos y se agolpan uno contra otro. Son antiguos bosques. El

roble se yergue impertérrito y poderoso y las ramas se entrelazan caprichosamente. El tierno arce, lleno de dulce savia, se eleva puro y juega con su carga. Y, bajo la sombra, mana maternal leche tibia para el niño y el cordero. La fruta, ese manjar que nos depara la llanura, no está muy lejana, y hay miel en la oquedad del tronco. Aquí, el bienestar es hereditario, la mejilla está risueña al igual que la boca, cada uno es inmortal en su lugar, todos están contentos y sanos. Así, a la luz del día, el buen muchacho se desarrolla hasta llegar a cobrar la fuerza paterna. Nos admiramos ante ellos; sin embargo, siempre queda abierta la pregunta de si son hombres o son dioses. Tan similar era Apolo a los pastores que parecía el más bello de todos, pues allí donde la naturaleza reina en su esfera, todos los mundos se reúnen. (Sentándose junto a HELENA.) Tanto tú como yo lo hemos conseguido. Lo pasado ha quedado detrás de nosotros. Siente que procedes de un dios supremo, tú perteneces tan sólo al primer mundo. En ninguna fortaleza debes ser confinada. En las cercanías de Esparta se encuentra, eternamente joven, la Arcadia, invitándonos a una estancia venturosa. Estás llamada a vivir en un lugar feliz y por eso huyes hacia el destino más lisonjero. Los tronos se convierten en follaje. Que, como en Arcadia, nuestra dicha sea libre.

(La escena cambia totalmente. En una serie de grutas abiertas en los peñascos hay tupidos matorrales. Un pequeño bosque llega hasta las escarpadas peñas dispuestas en círculo. No se ve a FAUSTO ni a HELENA. El CORO, diseminado, yace dormido.)

No sé cuánto tiempo hace que duermen esas jóvenes. También desconozco si han llegado a ver en sueños lo que yo he visto clara y distintamente. Por ello las despierto. La gente joven debe asombrarse al igual que vosotros, barbudos que permanecéis ahí sentados, esperando ver definitivamente la resolución de unos verosímiles prodigios. Arriba, arriba, sacudid vuestros rizos. Apartad el sueño de vuestros ojos, no pestañeéis así y escuchadme.

CORO

Habla pues, cuéntanos los prodigios que han ocurrido. Nos gustaría oír lo que no podemos creer de ninguna manera, pues estamos aburridas de mirar esas rocas.

FÓRCIDA

¿Apenas os habéis desperezado y ya sentís fastidio? Sabed que en estas cavernas y estas grutas, bajo esta frondosa vegetación encontraron refugio, como pareja idílica, nuestro soberano y nuestra soberana.

CORO

¿Cómo? ¿Ahí dentro?

FÓRCIDA

Están retirados del mundo y sólo me han llamado a mí para servirles en silencio. Me siento altamente honrada por estar a su lado; con todo, como es propio de los confidentes, buscaba en los alrededores otras cosas, iba de aquí para allá recogiendo raíces, musgo, cortezas, como conocedora de todas sus propiedades, y así se quedaron solos.

CORO

Pero hablas como si ahí hubiese mundos enteros: bosques y praderas, arroyos y mares. ¿Qué cuentos te estás inventando?

FÓRCIDA

¡Inexpertas!, sin duda alguna allí hay profundidades no exploradas, una sala tras otra, un patio tras otro. Yo iba recorriéndolos cavilosa, cuando de pronto resonó una risotada en el interior de la gruta. Miro allí y veo saltar un niño del regazo de la madre hacia el padre y del padre hacia la madre. Las caricias, las carantoñas, las pequeñas tonterías amorosas, los gritos de alborozo y las exclamaciones de júbilo me aturden. Desnudo, un genio sin alas, una especie de fauno privado de bestialidad, salta sobre el suelo firme; pero el suelo, reaccionando, lo lanza a las alturas y al segundo o tercer salto toca la bóveda. La madre le dice llena de miedo: «Salta cuanto quieras, pero cuídate de volar, el vuelo libre te está vedado». Y así le aconseja su buen padre: «En la tierra está la fuerza que te lanza hacia arriba; no toques el suelo más que con el dedo gordo del pie, te fortalecerás como Anteo, el hijo de la Tierra». Y así, el niño sigue saltando sobre esta enorme peña desde uno de sus bordes hasta el otro. Pero de pronto desaparece por una de las grietas y parece perdido. La madre lo llora, el padre la consuela y yo estoy encogida y asustada. Entonces, ¡qué aparición! ¿Hay tesoros allí escondidos? Va dignamente ataviado con un vestido de flores. Unos flecos cuelgan de sus brazos, prendidas de su pecho, unas cintas revolotean, lleva en la mano su lira de oro lo mismo que un pequeño Febo, avanza confiado hacia el borde, hacia el punto más saliente; nos sorprendemos. Los padres, muy emocionados, se abrazan. Mas, ¡cómo reluce lo que lleva en su cabeza! Es difícil saber qué es. ¿Es oro?, ¿es una llama de enorme fuerza espiritual? De esta manera se mueve anunciándose ya de niño como futuro maestro de todo lo bello, por cuyos miembros se agita la eterna música; así lo oiréis y así lo veréis con admiración sin igual.

CORO

¿Y tú te admiras de esto?

¿Tú, la nacida en Creta?

¿No oíste la instructiva
poesía de Jonia?
¿Tampoco las leyendas
eternas de la Hélade
con sus dioses y héroes?
Todo lo que sucede
en estos, nuestros tiempos,
sólo es el más triste eco
de los antepasados.
¿Tu relato no es par
a las bellas mentiras,
todas muy verosímiles
del raudo hijo de Maya?
Al niño gracioso, pero fuerte,
un lactante apenas nacido,
lo envuelven en pañales de felpa,
lo oprimen con apretadas fajas
las excesivas preocupaciones
de unas cuantas chismosas nodrizas.
Sin embargo, él, hábil, con maña
y con picardía, al fin saca
sus miembros elásticos y fuertes.
Deja luego tras de sí también
la opresiva envoltura de púrpura
que lo mantenía aprisionado
como si fuera una mariposa,
que, liberada de la crisálida,
despliega sus alas, se desliza
y atraviesa con audacia el éter
para alcanzar los rayos del sol.

Es extremadamente despierto,
ayuda a los ladrones y pícaros,
pero también busca el bien de todos,
es el genio siempre benefactor,
nos lo demuestra inmediatamente
haciendo uso de sus diestras artes.
Con una rapidez sorprendente
le roba el tridente al soberano
del mar, a Ares le desenvaina
la espada con toda habilidad,
a Febo le quita su arco y flechas
y a Hefesto sus grandes tenazas
incluso a Zeus, a Zeus, el supremo,
le roba el rayo; no teme el fuego,
vence a Eros en artera pugna
cuando le pone la zancadilla
y a Cipris le roba el cinturón
mientras aún dormita en sus brazos.

(Se oye, proveniente de la cueva, una música de cuerda de atractivo sonido. Todos lo notan y parecen íntimamente conmovidos. Desde aquí hasta la próxima pausa, acompañamiento completo de música.)

FÓRCIDA

Escuchad esos sonos encantadores. Libraos pronto de las fábulas, libraos de vuestra vieja multitud de dioses, ya está acabado. Nadie quiere ya comprenderos. Pedimos un tributo más elevado, porque es preciso que del corazón salga lo que hace que el corazón se accione. (Se retira hasta la roca.)

CORO

Si a ti, horrible criatura,
te conmueve esta melodía.
Nosotras estamos renacidas,
y de alegría vertemos lágrimas.

El sol se oculta en la mejor hora,
cuando el alma empieza a renacer.

Encontramos en el corazón
lo que el mundo nos está negando.

(HELENA, EUFORIÓN y FAUSTO con el vestido antes descrito.)

EUFORIÓN

Si escucháis cantos infantiles, enseguida tendréis vuestra propia fiesta; si me veis saltar acompasadamente, vuestro corazón paterno se agita.

HELENA

El amor, para hacer feliz a los humanos, liga a una noble pareja, pero para el entusiasmo de los dioses crea un delicioso trío.

FAUSTO

Ya nada nos falta. Yo soy tuyo y tú eres mía y así estaremos unidos, no puede ser de otra manera.

CORO

Una dicha de muchos años,
por la belleza del muchacho,
ha disfrutado esta pareja.
Oh, qué conmovedora unión.

EUFORIÓN

Ahora, dejadme brincar, dejadme saltar. Mi deseo, que ya empieza a apoderarse de mí, es llegar hasta los aires.

FAUSTO

Con mesura, con mesura. No seas temerario: que la caída y el desastre no te afecte, que no nos lleve a la desgracia este hijo querido.

EUFORIÓN

No quiero quedarme más tiempo en el suelo. Soltadme los brazos, soltadme los rizos, soltadme los vestidos, son míos.

HELENA

Piensa a quién perteneces, cuánto nos dolería que destruyeras aquello que obtuvimos con tanto trabajo y que es mío, tuyo y suyo.

CORO

Me temo que esta unión muy pronto va a romperse.

HELENA Y FAUSTO

Tente, tente por el bien de los padres, esos excesos de vitalidad, esos violentos impulsos. Sé el ornamento de la calmada llanura.

EUFORIÓN

Para complaceros me detendré. (Entremezclándose en el CORO y obligándolo a bailar.) Más ligero me muevo aquí, junto al sexo alegre. ¿Son ahora la melodía y el compás los adecuados?

HELENA

Sí, ahora todo es como debe ser; conduce a las bellas en una danza artística.

FAUSTO

¿Cuándo acabará todo esto? Las bufonerías nunca me agradarán.

(EUFORIÓN y el CORO, danzando y cantando, se mueven en hileras que se entrelazan.)

CORO

Cuando tus dos brazos

graciosos se mueven,

tus dorados rizos

sacudes enérgico.

Cuando tu pie grácil

se mueve y desliza,

una y otra vez

tus miembros se elevan.

Niño encantador,

tu fin has logrado:

tuyos son ya al fin

nuestros corazones.

(Pausa.)

EUFORIÓN

Sois tantas, ciervas de ligero paso. ¡Vamos a divertirnos! Alejaos de aquí,

yo soy cazador, vosotras sois la caza.

CORO

Si quieres atraparnos
no seas tan ansioso,
pues no queremos nada
más que abrazarnos a ti
y a tu bella figura.

EUFORIÓN

Venga, dispersaos por el bosque. Id hacia los troncos y las piedras. No me gusta lo que puede obtenerse sin dificultades, sólo me agrada lo que se obtiene con violencia.

HELENA Y FAUSTO

¡Qué temeridad!, ¡qué locura! De él no podemos esperar medida alguna. Parecen oírse cuernos de caza que resuenan por el valle y el bosque. ¡Qué alboroto!, ¡qué griterío!

CORO (Las CORÉTIDAS entran una a una con rapidez.)

Rápido ha pasado,
con desdén y desprecio.
De entre nosotras sólo
arrastra a la esquiva.

EUFORIÓN (Trayendo consigo a una joven.)

Arrastro aquí a esta brava pequeña a un goce forzado. Para mi deleite, para mi placer, oprimo este pecho huraño, beso esta boca reacia.

LA JOVEN

¡Déjame en paz! Bajo este aspecto externo hay ánimo y fuerza de espíritu. Nuestra voluntad es parecida a la tuya y no es tan fácil de doblegar. ¿Crees que ya estoy atrapada? Confías demasiado en tu brazo; aprieta y verás cómo me escapo jugando contigo, estúpido. (Ella se eleva en el aire despidiendo fuego.) Sígueme por el aire ligero, sígueme por las pétreas grutas, persigue la presa que se desvanece.

EUFORIÓN (Sacudiéndose las últimas llamas.)

Montón de rocas en medio del bosque. ¿Qué tiene que ver conmigo la estrechez si soy joven y resuelto? El viento resopla, las olas rugen, aunque a

ambos los oigo lejanos, me gustaría estar cerca. (Va saltando de roca en roca subiendo cada vez más arriba.)

HELENA, FAUSTO Y CORO

¿Quieres imitar a las gamuzas? Nos da horror tu caída.

EUFORIÓN

He de ascender escalando más y más. Siempre he de mirar más lejos. Ahora sé dónde estoy. En medio de la isla, en medio de Pélope, emparentada tanto con la tierra como con el mar.

CORO

Si no vives contento
en el monte y el bosque,
busquemos alineadas
vides en las colinas,
luego higos y manzanas.

En una dulce tierra
dulcifica tu espíritu.

EUFORIÓN

¿Soñáis días de paz? Que sueñe en ellos quien pueda. «Guerra» es la palabra clave. Que el eco diga «victoria».

CORO

Quien viviendo en la paz
desea guerrear,
se verá despojado
de la alegre esperanza.

EUFORIÓN

Que obtengan su ganancia todos los que este país engendró en el peligro y para el peligro y a los que hizo libres y de valor sin límites para derrochar su sangre; que la obtengan todos los que tienen un sagrado sentimiento que nada puede difuminar; que la obtengan todos los combatientes.

CORO

Mirad dónde ha llegado y
no parece pequeño.

Está bajo el arnés
de metal refulgente.

EUFORIÓN

No hagáis zanjas, ni muros. Que cada cual cuide de sí mismo. Una fortaleza muy resistente es el coriáceo pecho de un hombre. Si no queréis que nadie os conquiste, id al campo de batalla con armas ligeras. Que las mujeres se hagan amazonas y que todos los niños se hagan héroes.

CORO

Sagrada poesía,
que subes hasta el cielo,
que el astro más hermoso
ascienda a lo más alto.
Seguirás alcanzándonos,
todavía se escucha
y nos gusta oírla.

EUFORIÓN

No, no me he presentado como un niño. Soy un adolescente y vengo armado; estoy aliado con los fuertes, con los libres, con los audaces he avivado mi espíritu. Adelante, más allá. Allí se abre el camino que nos conduce a la gloria.

HELENA Y FAUSTO

Apenas empezaste a vivir, apenas expuesto a la luz del día, empiezas a ansiar desde vertiginosas alturas un lugar de dolorosa caída. ¿Es que no somos nada para ti? ¿Es un sueño esta dulce unión?

EUFORIÓN

¿Oís cómo retumban los truenos sobre el mar? Hacen eco resonando en un valle tras otro; en una nube de polvo y por las olas llegan aquí uno y otro ejércitos, van impulso tras impulso, hacia el dolor y el tormento. Como se comprende, luchar a muerte es la orden que les han dado.

HELENA, FAUSTO Y CORO

¡Qué horror!, ¡qué espanto!, ¿tu consigna es la muerte?

EUFORIÓN

¿Debiera mirarla de lejos? No, yo comparto afanes y riesgos.

HELENA, FAUSTO Y CORO

La temeridad y el peligro son un destino fatal.

EUFORIÓN

Mas un par de alas se despliegan. Allí, allí debo ir. Dejadme emprender el vuelo. (Se lanza a los aires; los vestidos lo sostienen durante un instante; su cabeza resplandece y le sigue una estela de luz.)

CORO

¡Oh!, ¡oh!, ¡Ícaro!, ¡Ícaro!,

¡se acabó el tormento!

(Un bello adolescente cae a los pies de sus padres, que creen reconocer en el muerto una figura conocida; pero lo corporal desaparece enseguida, la aureola asciende al cielo como un cometa. La ropa, el manto y la lira quedan en el suelo.)

HELENA Y FAUSTO

La alegría es sucedida por una iracunda pena.

VOZ DE EUFORIÓN (Desde las profundidades.)

Madre, no me dejes solo en el reino de las tinieblas.

CORO (Canto fúnebre.)

Donde quiera que vayas, no estarás solo,
pues nosotras sabremos reconocerte.

Aunque hayas dejado la luz del día,
ningún corazón se apartará de ti.

Sin embargo, no debemos lamentarnos,
cantamos envidiosas de tu destino.

En los días claros como en los sombríos,
tu canto y tu ánimo fueron espléndidos.

Naciste para la alegría terrena
de nobles ancestros y con gran vigor.

Por desgracia, no pudiste disfrutar
de tu soberbia juventud floreciente.

Tu mirada observadora y penetrante

sentía simpatía por lo impulsivo;
el ardoroso amor de bellas mujeres
era tuyo y cantabas sin igual.
Sin que nadie consiguiera detenerte,
te lanzaste por tu voluntad al vacío.
Violenta y disipadamente rompiste
con todas las leyes y con las costumbres,
pero el pensamiento, lleno de nobleza,
le prestó al fin gravedad a tu ánimo.
Quisiste obtener una meta magnífica
pero a la postre no llegaste a alcanzarla.
¿Quién la ha obtenido? Oscura pregunta
cuya contestación oculta el destino,
cuando en los momentos más malhadados
acalla la voz de un pueblo desangrándolo.
No permanezcáis por más tiempo inclinadas,
pues la Tierra volverá a engendrar
seres de este tipo como siempre hizo.
(Pausa completa. Cesa la música.)

HELENA (A FAUSTO.)

Por desgracia, una antigua profecía que me hicieron se cumple: que la belleza y la fortuna nunca van de la mano por mucho tiempo. Se ha roto el vínculo con la vida y con el amor. Añorando los dos, me despido con tristeza y por última vez me echo en tus brazos... ¡Perséfone, toma al niño y tómame a mí!

(Se abraza a FAUSTO. La presencia corporal se desvanece. La vestidura y el velo quedan en manos de FAUSTO.)

FÓRCIDA (A FAUSTO.)

Ten presente todo lo que te quedó de ello. No te desprendas del vestido. Los demonios tiran ya de sus orlas y quisieran llevárselo al infierno. Tente firme. Ya no está aquí la diosa que perdiste, pero lo que aquí tienes es divino. Aprovechate del alto e incalculable favor que recibiste y elévate. Esto te

llevará hacia el éter, por encima de todo lo vulgar, por todo el tiempo que vivas. Nos volveremos a ver lejos, muy lejos de aquí. (Los vestidos de HELENA se remontan hacia las nubes, envuelven a FAUSTO, lo elevan en el aire y se lo llevan. FÓRCIDA toma el vestido, el manto y la lira de EUFORIÓN de la tierra, se acerca al proscenio y, levantando en el aire los despojos, habla.) Esto siempre es un feliz hallazgo. Es cierto que la llama ha desaparecido, pero no lo siento por el mundo. Aquí hay suficiente para que los poetas canten, para despertar la envidia de los gremios artesanales, si yo no puedo otorgar talentos, al menos mantendré estas ropas conmigo.

PANTALIS

Daos prisa, niñas. Estamos libres del hechizo, estamos libres de la opresión del ánimo que ejercía sobre nosotros esa vieja de Tesalia. Ya estamos libres del rechinar de aquel ruido aturdidor que confundía el oído y mucho más aún el sentido interior. Bajemos al Hades, la reina ha bajado con solemne paso. Que las huellas de sus pies sean secundadas inmediatamente por sus servidoras. La encontraremos junto al trono de la Inescrutable.

CORO

Las reinas se hallan a gusto en todas partes,
también en el Hades reciben favores,
orgullosas de encontrarse con sus pares
y al abrigo de la amistad de Perséfone.

Mas nosotras, sumidas en lo profundo
de las llanuras repletas de asfódelos,
entre álamos de pronunciada altura
unidos a hileras de sauces estériles,
¿cuál podrá ser allí nuestra diversión?

Tal vez musitar, como hacen los murciélagos,
un murmullo fantasmal y no amistoso.

PANTALIS

Quien no ha conquistado para sí un nombre ni persigue lo más noble, pertenece a los elementos. Así pues, partid. Ardo en deseos de ver a la reina. No sólo el mérito, sino también la fidelidad, nos garantizan la conservación de la persona. (Se va.)

TODO EL CORO

Hemos sido devueltas a la luz del día.
Hemos perdido nuestra forma de personas.
Lo sabemos, lo lamentamos, lo sentimos,
pero nunca más volveremos al Hades.
La eternamente viva naturaleza
ejercerá legítimamente siempre
su derecho sobre nosotras, espíritus,
al igual que lo ejerceremos sobre ella.

UNA PARTE DEL CORO

En el temblor susurrante de este millar de ramas
hacemos que el manantial de la vida se remonte
desde las raíces hasta aquí, como hojas o flores.
Adornémonos el pelo que el soplo del aire abulta.
El fruto cae y los pueblos se aprestan a recogerlo.
Lo quieren asir, lo quieren comer, por eso vienen.
Se inclinan ante nosotras como ante el dios supremo.

OTRA PARTE DEL CORO

Al reflejo espléndido de estas paredes de roca
suave y deliciosamente nos hemos adherido.
Estamos atentas al rumor del ave, del junco,
aun al hosco Pan estamos prestas a contestar.
También a los zumbidos y, si hay truenos, retumbamos.
Doblamos, triplicamos, centuplicamos los ruidos.

UNA TERCERA PARTE

Hermanas, nosotras, de espíritu más agitado,
iremos con los arroyos en pos de las colinas,
siempre hacia abajo, siempre a lo hondo, formando meandros.
Ahora en la pradera, luego el jardín y la dehesa.
La senda nos la indican las copas de los cipreses
que se elevan hacia el éter sobre ondas y orillas.

UNA CUARTA PARTE

Ondulad a placer que nosotras rodearemos
la fértil colina cultivada hasta sus confines
de vides en las que la gran pasión del viñador
nos hace ver el fruto del mayor de los afanes.
Ya sea con azadón o con laya, va podando
e invoca entre todos los dioses al supremo Sol.
Baco, refinado, desatiende a sus servidores,
retoza en cuevas flanqueado de los faunos más jóvenes,
lo que necesita para su parcial embriaguez
lo encuentra en odres, jarras y todo tipo de vasos,
apilado a la derecha e izquierda de la gruta.
Como los dioses en general, y ante todo Helios,
airean, dan jugo y calientan el grano de vid,
allá donde labora el viñador la vida surge
y bulle en los pámpanos, los emparrados y estacas.
Crujen los cuévanos, las banastas, también la tina;
ya está aquí la fornida danza del pisador.
Así, la santa abundancia de los granos jugosos
es triturada sin piedad en un mar de espuma.
Ahora en los oídos chirrían fuerte los címbalos,
pues Dionisos ha desvelado todos sus misterios;
acompañado de sátiros derriba a las sátiras
mientras el orejudo animal de Sileno grita.
Sin cuidado, las pezuñas arruinan las costumbres,
el vértigo se adueña del cuerpo, se ensordece.
Los borrachos tienen panzas y cabezas cargadas.
Algunos van con cuidado, mas se unen al tumulto,
pues para guardar el mosto se vacía el odre viejo.
(Cae el telón. En el proscenio FÓRCIDA aparece con gigantesca figura, se

despoja de los coturnos, deja caer la máscara y el velo y se muestra Como MEFISTÓFELES, para comentar, si fuera necesario, la pieza en el epílogo.)

ACTO IV

ESCENA I: ALTA MONTAÑA

(De impertérritas y escarpadas cumbres rocosas. Una nube se acerca a la montaña, se queda junto a ella y va descendiendo para, al llegar a un repecho saliente, detenerse y abrirse.)

FAUSTO (Apareciendo.)

Al contemplar bajo mis pies la más profunda de las soledades, piso animado el borde de estas cumbres, abandonando la nube que me trajo en días claros por encima de la tierra y el mar. Se va separando de mí sin disiparse. La abombada masa marcha hacia Oriente, los ojos la van siguiendo con asombro, ella se divide al ir avanzando, va dando lugar a ondulaciones, se modifica. Pero está tomando cierta forma... Los ojos no me engañan. En estas cimas llenas de sol veo imponentemente tumbada una imagen de mujer semejante a los dioses. Parecida a Juno, a Leda, a Helena, qué majestuosa aparece ante mis ojos. Ah, se está desbaratando, pierde la forma, se va extendiendo, se acumula en montones, se empieza a depositar en Oriente como si fuera una lejana montaña llena de nieve, y refleja deslumbrante el recuerdo de efímeros días. En torno a mí flota, alrededor de mi pecho y de mi frente, una ráfaga de neblina que me regocija con su frescor y su caricia. Ahora sube ligera y vacilante más y más arriba, y allí se va concentrando. ¿Me engaña una encantadora imagen como si fuera aquel supremo bien sólo disfrutado en la juventud y hace tanto tiempo perdido? Los tempranos tesoros brotan de las profundidades del corazón. Esto me impulsa al amor de la aurora de ligero vuelo, me lleva a aquella visión rápidamente percibida y apenas comprendida, que, una vez que perduró, superó el brillo de todos los tesoros. Al igual que la belleza del alma, esta noble figura se eleva, no se disipa, se eleva hasta el éter y se lleva consigo lo mejor de mí.

(Una pisada de bota de siete leguas retumba en el suelo; a esta sucede otra. MEFISTÓFELES baja de ellas. Las botas siguen su camino ascendente.)

MEFISTÓFELES

Esto sí que es avanzar. Pero, dime qué se te pasa por la cabeza. ¿Has

bajado lleno de esos pesares por peñascos de bocas cruelmente entreabiertas y bostezantes? Conozco bien eso, pero no de este lugar, sino del fondo del infierno.

FAUSTO

Gustas de prodigar el relato de delirantes leyendas. ¿Vas a contarme una de ellas?

MEFISTÓFELES

Cuando Dios, el Señor —bien conozco yo las razones—, nos hizo emigrar del aire a las más hondas profundidades, allá donde en el centro arde un fuego eterno, nos encontrábamos ante un excesivo fulgor, muy apretados e incómodos. Los diablos empezamos a toser todos a la vez, el infierno se inundó de hedor de azufre y ácido. Se formó un gas tan horrible que la corteza de la tierra de los continentes estalló, en todo su grosor. Ahora hemos pasado al otro extremo, lo que antes era abismo ahora es cumbre. En eso se funda la recta doctrina de variar lo más bajo por lo más alto. Entonces, de la abrasadora esclavitud pasamos al aire libre. Este es un patente misterio, bien guardado, que sólo se revelará a los pueblos más tarde (Efes., 6, 12).

FAUSTO

La masa de montañas permanece distinguidamente silenciosa ante mí. No pregunto ni de dónde procede ni por qué está ahí... Cuando la naturaleza se construyó a sí misma, el globo terráqueo tomó por sí mismo una perfecta forma redonda; luego se solazó creando picos y barrancos, luego plácidamente modeló las colinas y suavizó las pendientes en el valle. Allí todo verdea y crece y para entretenerse no necesita hacer locuras.

MEFISTÓFELES

Eso es lo que tú piensas y te parece tan claro como la luz del sol, pero el que estuvo allí presente sabe que fue de forma diferente. Allí estaba cuando la masa hirviente del abismo borboteando se hinchó despidiendo una tormenta de llamas, cuando el martillo de Moloc, fundiendo unas rocas con otras, arrojaba a gran distancia los escombros del monte. En la tierra están aún inmóviles esas extrañas masas. ¿Quién puede explicar la fuerza de ese impulso? El filósofo no puede explicarla. La roca está allí y hay que dejarla, lo hemos meditado hasta perder la cabeza. El pueblo sencillo es el único que comprende sin caer en el desvarío. La sabiduría ha tenido mucho tiempo para madurar en él. Este es un prodigio que se debe atribuir a Satanás. Mi peregrino cojeando y apoyándose en su bastón se acerca a la piedra del diablo y al puente del diablo.

FAUSTO

Es curioso observar cómo contemplan los diablos la naturaleza.

MEFISTÓFELES

¿Y a mí eso qué me importa? Que la naturaleza sea como le plazca. Esta es una cuestión de honor, allí estaba el diablo. Somos los indicados para lograr grandes cosas. Tumulto, violencia y delirio; he ahí la señal. Pero, hablando en serio, ¿no hay nada en la superficie que te haya gustado? Abarcaste con la mirada lo que no tenía medida. «Los reinos del mundo en su esplendor» (Mateo, 4). Pero, insaciable como eres, ¿no has tenido nunca algún deseo?

FAUSTO

Claro que lo he tenido. Algo grande me ha atraído. ¡Adivina lo que es!

MEFISTÓFELES

Pronto te lo conseguiré. Escogería para mí una capital así: en el centro los lugares donde obtienen su sustento los ciudadanos, callejuelas estrechas y tortuosas, fachadas con pináculos, un reducido mercado con coles, nabos, cebollas, puestos de carne donde pululan las moscas para atiborrarse de grasa de carne. Allí encontrarás en todo momento hedor y actividad. Después, amplias plazas, calles anchas para mostrar cierta apariencia distinguida. Finalmente, allá donde los límites de las puertas se han superado, encontrarás arrabales sin fin. Allí me deleitaré con el rodar de los carruajes, con el vaivén del tráfico, con las idas y venidas del tránsito de un bullicioso hormiguero. Y allá donde vaya, andando o cabalgando, yo siempre parecería el centro venerado por centenares de miles de personas.

FAUSTO

Eso no me puede contentar. A uno le alegra que la gente se multiplique, que se alimente bien y a su gusto, incluso que se eduque y que se instruya... sin embargo, no se da lugar más que a rebeldes.

MEFISTÓFELES

Luego, en un agradable lugar, me construiría un palacio de recreo de estilo grandioso, como bien sé yo hacerlo. El bosque, las colinas, las llanuras, las praderas, la campiña, todo estaría dispuesto como un espléndido jardín. Ante muros de verde, rectilíneas avenidas, enramadas artificiales, cascadas que se precipitan a pares sobre las piedras y fuentes de todas las clases; allí, el agua brota majestuosa pero a los lados va saliendo susurrante y haciendo mil filigranas. Luego, a las más bellas de las mujeres les construiría una acogedora y cómoda casita y pasaría allí el tiempo sin fin, en un retiro disfrutado en buena compañía. Digo «mujeres» pues, de una vez por todas, las bellas me gustan en plural.

FAUSTO

Perverso y moderno Sardanápalo.

MEFISTÓFELES

¿Se podrá llegar a saber a qué aspirabas? Seguro que era algo sublime y audaz. ¿Te remontaste flotando tan cerca de la Luna, te llevó tu ansia allí?

FAUSTO

¡En absoluto! La esfera terrestre ofrece aún campo para grandes logros. Todavía puedo lograr lo digno de admiración. Me siento con fuerzas para un audaz empeño.

MEFISTÓFELES

¿Y así pretendes obtener la fama? Se nota que has estado entre heroínas.

FAUSTO

Obtendré la jerarquía, la propiedad. La acción lo es todo, la fama no es nada.

MEFISTÓFELES

Pero, sin duda, habrá poetas que darán cuenta a la posteridad de tu brillantez invocando a la locura con locura.

FAUSTO

Todo eso es ajeno para ti. ¿Qué sabes tú de los deseos del hombre? ¿Qué sabe tu repugnante, amargo y áspero ser de las necesidades del hombre?

MEFISTÓFELES

¡Que todo sea según tu voluntad! Confíame hasta dónde llegan tus delirios.

FAUSTO

Mis ojos miran a alta mar. Esta se hinchaba para alcanzar lo más alto, luego se hundía para romper, abarcando la extensión de la orilla. Y me apenó cómo el orgullo, a impulsos de una sangre inquieta y apasionada, lleva al espíritu libre, que respeta todos los derechos, a un sentimiento de malestar. Esto me pareció obra de la casualidad, agucé mi vista, la ola se detuvo, retrocedió y se alejó del punto que orgullosamente había alcanzado; llegada la hora, repitió su juego.

MEFISTÓFELES (A los espectadores.)

En ello no hay nada nuevo que aprender para mí. Ya lo conozco desde hace cien mil años.

FAUSTO (Continúa hablando apasionadamente.)

La masa va deslizándose estéril y difusora de la esterilidad en mil lugares. Ahora se hincha, crece y rueda cubriendo el yermo terreno de la desierta

playa. Allí ejerce su dominio ola sobre ola, se retira sin haber creado nada, lo cual me produce espanto hasta la desesperación. Es una fuerza de elementos desencadenados que no tiene fin alguno. Aquí mi espíritu intenta ir más allá de sí mismo, quiero luchar, deseo vencer. ¡Y es posible!, por mucho que suba la marea, el mar cede ante cualquier colina; es posible que se siga agitando altivo, pero una pequeña altura aplaca su orgullo, una pequeña hendidura lo atrae fuertemente. Entonces fui concibiendo un plan tras otro: logra, me dije, el gran placer de sustraer al soberano mar de sus orillas, reducir sus enormes y húmedos límites y hacer que se vaya encerrando en sí. He sabido poco a poco ir madurando esto. Este es mi deseo, atrévete a propiciar su consecución.

(Se oyen tambores y música de guerra desde la lejanía, que proviene de la parte derecha del escenario.)

MEFISTÓFELES

¡Qué fácil! ¿No escuchas los tambores en la lejanía?

FAUSTO

¡De nuevo hay guerra! Al hombre juicioso no le agrada oír eso.

MEFISTÓFELES

En guerra o en paz, lo apropiado es sacar partido de las circunstancias. Hay que perseguir el momento, saber cuándo llega. La ocasión está ahí. Fausto, aprovéchala.

FAUSTO

Deja ya esa maraña de enigmas y dime lo que significan.

MEFISTÓFELES

Durante mis viajes no ha quedado para mí inadvertido que el buen Emperador está pasando apuros. Tú ya lo conoces. Cuando nosotros le pusimos en sus manos una falsa riqueza, para él todo el mundo estaba en venta. Cuando era joven aún, le correspondió en suerte el trono y llegó a la falaz conclusión de que podían ir de la mano —pues era deseable y bonito— reinar y divertirse a un tiempo.

FAUSTO

Ese es un grave error. Aquel que manda debe encontrar en el mandato su dicha. Su pecho ha de estar lleno de una alta voluntad, pero aquello que él desee debe ser insondable para todos. Lo que susurra al oído a los más fieles ya está hecho y todo el mundo queda sorprendido. Él siempre tiene que ser el supremo y el más digno; la diversión nos hace vulgares.

MEFISTÓFELES

Él no es así. Él mismo se entregó al placer y ¡de qué manera lo hizo! Entretanto, el imperio cayó en una anarquía en la que el grande y el pequeño se peleaban por aquí y por allá, en la que los hermanos se perseguían y se mataban, fortaleza contra fortaleza, ciudad contra ciudad, los gremios se rebelaban contra la nobleza, el obispo contra el cabildo y la comunidad; bastaba que uno mirase a otro para que ambos se hicieran enemigos. En las iglesias eran habituales la muerte y el asesinato; ante las puertas de las ciudades, todos los comerciantes y mercaderes estaban perdidos. En todos aumentaba no poco la osadía, pues vivir significaba defenderse. Todo, en fin, seguía su curso.

FAUSTO

Más que seguir su curso, cojeaba, caía, volvía a incorporarse, después se desplomó y rodó como un bulto.

MEFISTÓFELES

Nadie podía condenar aquella situación. Todos podían, todos querían hacerse valer. El más pequeño aspiraba a todo, pero al foral todo se hizo insoportable para los mejores. Los más esclarecidos se levantaron pujantes y dijeron: «El Señor es el que nos depara consuelo. El Emperador no puede y no quiere. Elijamos un nuevo Emperador, demos nueva vida al imperio y mientras él nos resguarda a todos, aunemos en un mundo nuevo paz y justicia».

FAUSTO

Esto suena muy clerical.

MEFISTÓFELES

También había allí clérigos, ellos aseguraban su estómago bien alimentado. Estaban más implicados que otros. El levantamiento creció, el levantamiento fue bendecido y el Emperador, al que hicimos feliz, viene aquí en retirada, tal vez para su última batalla.

FAUSTO

Me da lástima, pues me parecía bueno y franco.

MEFISTÓFELES

Vamos, veamos la situación. Mientras hay vida, hay esperanza. Librémoslo de su encierro en este estrecho valle. Salvándolo una vez, lo habremos salvado mil. ¿Quién sabe cómo caerán a partir de ahora los dados? Si tiene suerte, también tendrá vasallos.

(Suben a un monte de mediano tamaño y observan la formación del ejército en el valle. Los tambores y la música guerrera resuenan y llegan hasta

la cima del monte.)

Veo que la posición está bien tomada. Con una intervención nuestra, la victoria será completa.

FAUSTO

¿Con qué vendrás ahora?, ¿con el engaño?, ¿con artificios mágicos?, ¿con vacuas apariencias?

MEFISTÓFELES

Con una astucia guerrera que nos ayudará a ganar batallas. Concibe grandes ideas, mientras que piensas en tu fin. Si le conservamos al Emperador su trono y sus dominios, te bastará arrodillarte y recibirás en donación la ilimitada playa.

FAUSTO

Tú ya has conseguido muchas cosas. A ver si ahora consigues ganar una batalla.

MEFISTÓFELES

No, serás tú el que la gane. En esta ocasión serás tú el general en jefe.

FAUSTO

Esto sería un auténtico timbre de gloria para mí: dar órdenes sobre algo de lo que no entiendo.

MEFISTÓFELES

Tú déjale eso al estado mayor, y así el mariscal quedará a salvo. Desde mucho tiempo atrás he presentado el hedor de la inmundicia bélica y al instante formé por adelantado el gabinete de guerra sirviéndome de la primitiva fuerza de los rudos primitivos de las montañas. Afortunado aquel que consigue reunirlos.

FAUSTO

¿Qué veo allí equipado con armas? ¿Has conseguido poner en pie de guerra a la gente de las montañas? MEFISTÓFELES

No, pero al igual que Peter Squenz he conseguido extraer la quintaesencia de esta ralea inmunda.

(Entran LOS TRES VIOLENTOS; Sam. II, 23, 8).

He aquí a mis muchachos. Son de edades muy diversas y llevan distinto armamento y vestimenta. No te llevarás mal con ellos. (A los espectadores.) A cada uno de ellos les gusta el arnés y la gola de caballero, y aunque estos

andrajos son alegóricos, se sienten muy bien con ellos.

MATÓN (Joven pertrechado con armas ligeras y vestido con un traje de mucho colorido.)

Si alguien me mira a los ojos, le suelto un puñetazo en sus morros y al cobarde que huya lo cojo por sus cabellos.

RATERO (Viril, bien armado, ricamente vestido.)

Eso son vanas bravatas, con ellas se pierde el tiempo. Ocúpate sólo de apropiarte de cosas, pregunta después por lo demás.

FORZUDO (Añejo, muy armado, sin vestido.)

Tampoco se ha ganado mucho con eso. Un gran capital rápidamente se deshace al paso de la corriente de la vida. Aunque está muy bien tomar mucho, mejor es conservar. Haz caso a tu canoso colega y nadie podrá quitarte nada.

(Todos van descendiendo.)

ESCENA II: A LOS PIES DE LA MONTAÑA

(Resuenan tambores y música militar que viene de abajo. Se arma la tienda del EMPERADOR.)

(El EMPERADOR, el GENERAL EN JEFE y la ESCOLTA IMPERIAL.)

GENERAL EN JEFE

Me sigue pareciendo bien trazado el plan de replegar al ejército en bloque en este bien situado valle. Espero que esta sea una buena elección.

EMPERADOR

Ya se verá el resultado. Me molesta esta especie de huida, este retroceder.

GENERAL EN JEFE

Observad, soberano, nuestro flanco derecho. Es un emplazamiento pintiparado para la estrategia bélica. Las colinas, aunque no son escarpadas, tampoco son accesibles del todo, resultan propicias para los nuestros y una trampa para el enemigo. Estando nosotros semiescondidos en la ondulada llanura, la caballería no osará adentrarse.

EMPERADOR

No me queda más remedio que aplaudir; aquí se probará la fuerza de los brazos y los corazones.

GENERAL EN JEFE

Aquí en los anchos espacios del centro de la llanura verás a la falange dispuesta para luchar. Las picas centellean en el aire al fulgor del sol que se filtra por los vapores de la niebla de la mañana. ¡Qué sombrío ondea el poderoso cuadrado! Hay millares de hombres dispuestos para una gran hazaña. Podrás reconocer la fuerza de la masa, confío en que sabrán dispersar las fuerzas enemigas.

EMPERADOR

Por primera vez veo algo tan bello de un golpe de vista. Un ejército así vale por dos.

GENERAL EN JEFE

Nada he de decir de nuestra izquierda. El inmóvil peñasco está ocupado por valientes héroes. La roca en la que ahora reluce el brillo de las armas defiende el importante paso del estrecho desfiladero. Ya presiento que, inesperadamente, aquí fracasarán las fuerzas enemigas en una sangrienta empresa.

EMPERADOR

Por allí van los falsos parientes que, llamándome tío, primo y hermano, se permitían siempre nuevas libertades. Ellos me quitaron el poder del cetro y la veneración que le corresponde al trono. Después, divididos entre sí, devastaron el imperio y ahora reunidos se vuelven contra mí. La multitud fluctúa indecisa, mas al final va como un río allá donde la corriente la lleva.

GENERAL EN JEFE

Un hombre fiel, enviado como informador, baja apresuradamente por los riscos. ¡Ojalá haya tenido suerte!

PRIMER EXPLORADOR

Nuestra trama ha salido tan bien que hemos avanzado acá y allá, pero son poco gratas las nuevas que traemos. Muchos te prometen pleno vasallaje, como gran parte de la fiel mesnada, pero disculpan su inactividad por la agitación interior, por el peligro que supone el pueblo.

EMPERADOR

La doctrina del egoísmo es y seguirá siendo guardarse a sí mismo, no lo es ni la gratitud ni el deber ni el respeto. ¿No os dais cuenta de que cuando vuestra medida se haya colmado el incendio de la casa del vecino os consumirá?

GENERAL EN JEFE

Ahí se acerca el segundo explorador bajando muy despacio. A este hombre fatigado le tiemblan todos los miembros.

SEGUNDO EXPLORADOR

Primero disfrutamos viendo el errar loco de ese tumulto asalvajado. De pronto, inesperadamente, aparece un nuevo Emperador y, por sendas ya marcadas, lleva a la muchedumbre por la llanura: todos siguen las engañosas banderas desplegadas con su naturaleza de cordero.

EMPERADOR

Por mi bien, viene a mí un Antiemperador. Ahora empiezo a sentir que soy el Emperador. Antes sólo me puse el arnés como soldado, ahora me lo pondré con fines más altos. Todas las fiestas, aunque fueran lucidas y en ellas no faltara de nada, me hacían echar de menos el peligro. Cuando empezabais el juego de ensartar el anillo en la lanza, el corazón me latía, yo comenzaba a respirar el aire propio del torneo y, si no me hubieseis desaconsejado guerrear, ya resplandecería yo por mis propias heroicidades. Sentía en mi pecho el sello de la independencia cuando me vi reflejado en el reino del fuego. Este elemento se lanzó cruelmente contra mí. Sólo era una apariencia, pero la apariencia era grande. Confusamente he soñado con triunfos y gloria. Voy a reparar lo que, olvidando mi honra, desatendí.

(LOS HERALDOS son enviados para amenazar al Antiemperador. FAUSTO está provisto de un arnés y un casco con la visera entreabierto. LOS TRES VIOLENTOS, armados y vestidos como se describía más arriba.)

Nos presentamos con la confianza de no ser reprendidos; aun sin necesidad, la previsión ha tenido su premio. Sabes que la gente de la montaña piensa y discurre; han estudiado en el libro de la naturaleza y las rocas. Los espíritus, que hace mucho emigraron de la Tierra, sienten más querencia que nunca por la rocosa sierra. Obran en silencio por las laberínticas grietas de las montañas en medio del gas de ricas emanaciones metálicas. En la continua escisión, la continua prueba, la continua unión, su único impulso es descubrir algo nuevo. Con la mano ligera de los poderes espirituales, ellos labran formas diáfanas y después miran en el cristal los fenómenos eternamente silentes del mundo superior.

EMPERADOR

He oído hablar de ello y te creo, ¿pero a qué viene eso, hombre valeroso?

FAUSTO

El nigromante de Norcia, el sabino, es tu fiel y honrado servidor. ¡Qué horrible suerte lo amenazaba con crueldad! Los ramajes secos empezaban a chisporrotear, el fuego empezaba a arder en forma de lenguas mezclado con

pez y con azufre. Ni un hombre ni Dios ni el demonio lo podían salvar. Tu majestad rompió aquellas cadenas candentes. Esto ocurrió en Roma y él quedó en gran deuda contigo y siempre sigue atento cómo marchan tus asuntos. Desde entonces, se ha olvidado de sí mismo, sólo hace preguntas acerca de ti a las estrellas y a las profundidades. Nos encargó, como principal cometido, estar a tu lado. Las fuerzas de la montaña son grandes, allí la naturaleza actúa con libertad y con gran poder. La obtusa inteligencia de los clérigos llama a eso brujería.

EMPERADOR

En día de contento, cuando saludamos a los huéspedes que despreocupados vienen a disfrutar alegres, nos complacemos al ver cómo todos se empujan y oprimen y la entrada de un hombre tras otro va estrechando el aforo de las salas, pero se le debe dar un buen recibimiento al hombre leal cuando se presenta enérgico ante nosotros para apoyarnos en el amanecer que inquietante se avecina, pues sobre él se cierne la balanza del destino. Pero ahora, en este importante momento, retirad la mano de la presta espada, respetad la hora en que miles claman por luchar a favor o en contra de mí. El hombre es uno mismo. El que aspire al trono y la corona ha de ser personalmente digno de esos honores. Que nuestro puño lleve al reino de los muertos al fantasma que se ha alzado contra nosotros proclamándose a sí mismo Emperador y dueño de nuestras tierras, jefe de nuestros ejércitos y señor de nuestra nobleza.

FAUSTO

Sin duda sería muy glorioso que realizaras esa hazaña. Pero no me parece bien que expongas así tu cabeza. Y ¿no está adornado tu yelmo con su cimera y su penacho? Él es quien defiende la cabeza que nos aviva. ¿De qué servirían los miembros privados de cabeza? Si ella se adormeciera, todos se entumecerían. Si ella es herida, todos son inmediatamente dañados. Si ellos se reavivan, es porque ella se ha curado. Rápidamente sabe el brazo defender su firme derecho, eleva el escudo para defender el cráneo. La espada cumple con decisión su cometido, desvía el golpe y lo devuelve. El ágil pie toma parte en su fortuna asentándose sobre la nuca del adversario derribado.

EMPERADOR

Así es mi ira, así me gustaría tratarlo: hacer de su orgullosa cabeza un escabel.

LOS HERALDOS (Vienen de vuelta.)

No hemos disfrutado de mucho honor ni de mucha autoridad. Se han reído de nuestra enérgica embajada: «Vuestro Emperador —decían— se ha desvanecido como el eco en un estrecho valle. Si en alguna ocasión nos acordamos de él, decimos como en el cuento: Érase una vez...».

FAUSTO

Las cosas han sucedido según el deseo de los mejores que se mantuvieron fieles a tu lado. Allí se acerca el enemigo, los tuyos esperan llenos de ardor. Ordena el ataque, el momento es propicio.

EMPERADOR

Delego el mando. (Al GENERAL EN JEFE.) En tus manos encomiendo la responsabilidad.

GENERAL EN JEFE

Entonces, que entre en acción el ala derecha. La izquierda del enemigo, que está subiendo ahora mismo, antes de haber dado el último paso, debe caer ante una pujanza juvenil de una fidelidad puesta a prueba.

FAUSTO

Permite que este dinámico héroe retorne sin tardanza a tus filas, que se integre fuertemente en ellas y así, asociado, emplee su fuerza. (Va señalando a la derecha.)

MATÓN (Adelantándose.)

Quien me mira a la cara no la vuelve sin las mandíbulas rotas. Al que me da la espalda, le dejo descalabrados el cuello y la cabeza tirándole brutalmente de los pelos cercanos a la nuca, y si hieren tus hombres con la espada y la maza, como hago yo, el enemigo caerá, hombre a hombre, ahogándose en su propia sangre. (Se va.)

GENERAL EN JEFE

Que la falange, de nuestro centro salga quedamente, pero con astucia y todo su poder, para hacer frente al enemigo; que se desplace un poco a la derecha y allí, embravecida, nuestra fuerza de choque desbaratará su plan.

FAUSTO (Señalando al medio.)

Que este también obedezca tu palabra. Es vehemente y todo se lo lleva por delante.

RATERO (Adelantándose.)

A la bravura heroica de las tropas imperiales debe añadirse la sed de botín. Que a todos se les ponga como objetivo la rica tienda del Antiemperador. Él no volverá a pavonearse más en su sitial, me pondré al frente de la falange.

URRACA (Cantinerera, se pega al RATERO.)

Aunque no estoy casada con él, es para mí el más adorable galán. Para nosotros ha madurado esta cosecha. La mujer es tremenda cuando toma algo,

no tiene reparo en robar. A la victoria, que todo está permitido.

(Ambos se van.)

GENERAL EN JEFE

Como estaba previsto, su derecha ha chocado con nuestra izquierda. Hombre a hombre resistirán el furioso intento de ganar el estrecho paso entre las rocas.

FAUSTO (Indicando a la izquierda.)

Os pido, señor, que también tengáis cuidado ahí. No es malo reforzar lo que ya es fuerte.

FORZUDO (Adelantándose.)

En lo que toca al ala izquierda, que nadie se preocupe. Donde yo estoy se conservan las posesiones. En ella se acredita el viejo. Ningún rayo hiende lo que yo mantengo. (Se va.)

MEFISTÓFELES (Bajando lentamente.)

Mira ahora cómo, por detrás de cada uno de los huecos de entre las rocas, salen hombres armados para hacer aún más estrecho el angosto paso; con sus yelmos, sus arneses, sus espadas, sus escudos forman a nuestras espaldas un muro que está esperando una señal para el ataque. (Hablando en voz baja a los que están advertidos.) No debéis preguntar de dónde viene eso. La verdad es que no me he hecho el remolón, he dejado vacías las salas de armas de los alrededores. Allí estaban ellos a pie y a caballo, como si fueran los señores de la Tierra. Antes eran caballeros, reyes, emperadores, hoy no son más que conchas vacías de caracol. Un duende se ha colado por ahí y ha reavivado la Edad Media. El diablillo que ahí se esconde, quien quiera que fuese, por esta vez conseguirá su propósito. (En alto.) Escuchad cómo se enfurecen de antemano, cómo se empujan unos contra otros al choque de sus corazas. En los estandartes ondean jirones de bandera que esperaban, impacientes, airecillos frescos. Pensad que aquí hay un viejo pueblo dispuesto a tomar parte en un combate moderno.

(Sonido impresionante de trompetas que viene desde arriba. En el ejército enemigo hay una visible vacilación.)

FAUSTO

El horizonte se ha oscurecido. Sólo aquí y allá se distingue el expresivo centelleo de una luz roja llena de presentimientos, las armas relucen sangrientas. Con ellas se entremezclan los peñascos, el bosque, la atmósfera y todo el cielo.

MEFISTÓFELES

El flanco derecho se mantiene firme; entre los que ahí luchan veo cómo destaca Juan Matón, el ávido gigante, muy concentrado en sus quehaceres.

EMPERADOR

Primero vi cómo se elevaba un brazo, luego cómo se elevaban doce llenos de furia, esto no parece natural.

FAUSTO

¿No has oído hablar de unas ráfagas de niebla que viajan por la costa de Sicilia? Allí flotan nítidamente en plena luz del día, se elevan hasta la región media del aire, se reflejan en algunos vahos y aparecen extrañas visiones, van y vienen ciudades. Los jardines se elevan y bajan, se ve cómo las imágenes van quebrando una y otra vez el éter.

EMPERADOR

Pero, ¡qué raro! Veo centellear todas las puntas de las lanzas de altas picas, sobre ellas danzan pequeñas llamas, esto me parece propio de espíritus.

FAUSTO

Perdona, señor, son los vestigios de naturalezas espirituales desaparecidas, un reflejo de los Díoscuros, por los que juraban todos los navegantes. Aquí han reunido sus últimas fuerzas.

EMPERADOR

Mas dime, ¿de quién somos deudores de que la naturaleza, que vela por nosotros, reúna a nuestro favor lo más extraordinario?

MEFISTÓFELES

¿De quién sino del maestro que ha decidido acoger en su seno tu destino? Él está agitado por las violentas amenazas de tus enemigos. Su gratitud quiere verte salvado, aunque él mismo tuviera que morir en el envite.

EMPERADOR

El pueblo se congratulaba cuando me llevaba con gran pompa. Por aquel entonces yo era algo; quise hacer la prueba y, sin pensármelo mucho, encontré la ocasión de darle aire fresco a aquella barba blanca. Le hice la pascua al clero, y eso no me granjeó precisamente su simpatía. ¿Debo ahora, después de tantos años, experimentar el efecto de una buena acción?

FAUSTO

Un buen servicio reporta beneficios. Dirige tu mirada hacia delante. Me parece que quiere enviarnos un signo. Presta atención porque este se dará a conocer enseguida.

EMPERADOR

Un águila flota por las alturas. Un grifo la persigue amenazándola brutalmente.

FAUSTO

Date cuenta. Esto me parece muy favorable. El grifo es un animal fabuloso. ¿Cómo podría olvidarse tanto de su naturaleza como para medirse con un águila verdadera?

EMPERADOR

Ahora dan vueltas sobre sí mismos describiendo círculos muy amplios. En un mismo instante se lanzan uno contra otro para desgarrarse los pechos y los cuellos.

FAUSTO

Observa ahora cómo el nefasto grifo, sacudido y trasquilado, sólo encuentra dolor y, con su cola de león entre las piernas y siendo arrojado al bosque que cubre la falda del monte, desaparece.

EMPERADOR

Que se cumpla todo como se ha anunciado. Lo acepto con admiración.

MEFISTÓFELES (Vuelto hacia la derecha.)

Nuestros adversarios deben retroceder ante nuestros golpes insistentes y repetidos, y en una lucha titubeante se desplazan en tropel hacia la derecha, desordenando en el combate a su flanco izquierdo, que es su principal fuerza. La sólida vanguardia de nuestra falange se dirige a la derecha y, rápida como un relámpago, ataca el punto débil. Ahora, como si se tratara de una ola provocada por la tempestad, echando chispas, ambas fuerzas chocan furibundas una contra otra en doble combate. No se puede imaginar nada más grandioso, hemos ganado la batalla.

EMPERADOR (A la izquierda de FAUSTO.)

Mirad, aquel punto me parece muy problemático. Nuestra posición es peligrosa. No veo que se lance ninguna piedra, las rocas de los pies de la montaña están siendo escaladas. Las de más arriba han sido ya abandonadas. El enemigo, en masa, va avanzando cada vez más. Tal vez haya conquistado ya el paso. Este ha sido el resultado final de unos impíos manejos. ¡Vuestras artes se han mostrado inútiles!

(Pausa.)

MEFISTÓFELES

Ahí vienen mis dos cuervos, ¿qué mensaje me traerán? Me temo que nos va mal.

EMPERADOR

¿Qué hacen aquí estas aves de mal agüero? Vienen, planeando con sus negras alas, desde el ardiente combate que se libra entre las rocas.

MEFISTÓFELES (A los cuervos.)

Posaos a la altura de mis oídos. A quien vosotros protegéis no está perdido, pues vuestro consejo siempre es acertado.

FAUSTO (Al EMPERADOR.)

Seguro que has oído hablar de unas palomas que proceden de los países más lejanos y vuelven para hacer su nidada y lograr su sustento. Aquí ocurre lo mismo, pero con alguna diferencia. Las palomas traen mensajes de paz, mientras que los mensajes de guerra son el cometido de los cuervos.

MEFISTÓFELES

Se anuncia un desastre. ¡Ved! Mirad los apuros de nuestros héroes que rodean esa pared de roca. Las posiciones más altas han sido tomadas, nos encontraríamos en una difícil situación si los otros logran conquistar el paso.

EMPERADOR

Finalmente he sido engañado. He caído atrapado en vuestra red, me estremezco al verme preso en ella. MEFISTÓFELES

¡Ante todo, mantén alto el ánimo! Aún no está todo perdido. Ten paciencia y astucia hasta el último nudo. Normalmente al foral es cuando aparecen las mayores dificultades. Tengo a mis fieles mensajeros. Encomendadme el mando.

GENERAL EN JEFE (Que entretanto ha llegado.)

Te has ligado a estos y desde entonces me ha apenado. Los juegos de ilusión no dan lugar a una fortuna duradera. Ya no sé hacer nada para cambiar el curso de la batalla. Ellos la empezaron, así que deben acabarla. Yo depongo mi bastón de mando.

EMPERADOR

Guárdalo hasta horas mejores en las que tal vez nos dará más suerte. Me da horror este tenebroso consejero y su intimidad con los cuervos. (A MEFISTÓFELES.) No puedo confiarte el bastón, no me parece el adecuado para ello. Con todo, manda y sálvanos, que ocurra lo que tenga que ocurrir. (Se retira a la tienda con el GENERAL EN JEFE.)

MEFISTÓFELES

¡Puede que a él le proteja ese bastón mocho! A nosotros no nos serviría de nada, pues lleva inscrita una cruz.

FAUSTO

¿Qué hay que hacer?

MEFISTÓFELES

Ya está hecho. Ahora, negros primos prestos al servicio, id al lago de la montaña. Saludad de mi parte a las ondinas y pedidles que formen la apariencia de una riada. Mediante casi insondables artes de mujer, ellas saben separar lo patente de lo aparente y todos jurarían que se tata de lo patente.

(Pausa.)

FAUSTO

Nuestros cuervos deben de haber lisonjeado totalmente a esas jóvenes dueñas de las aguas, allí se ve cómo estas empiezan a manar. En varios lugares en los que predominan rocas desnudas y áridas, brota un persistente y rauda manantial. Y la victoria para los otros es ya algo inalcanzable.

MEFISTÓFELES

Ese es un saludo singular. Los escaladores más audaces están confundidos.

FAUSTO

Un arroyo cae dando lugar a muchos arroyos, y al salir de las barrancas doblan su caudal. Un torrente se precipita en forma de arco; de pronto, se extiende sobre una llanura de rocas y empieza a formar espuma, yendo de allá para acá, y gradualmente se va derramando por el valle. ¿De qué sirve una resistencia valiente y heroica? La fuerte ondulación corre veloz y los arrastra consigo, a mí mismo me horroriza esta iracunda crecida.

MEFISTÓFELES

No veo nada de esas ilusiones acuáticas. Sólo los ojos humanos se dejan engañar. Este extraño fenómeno me llama la atención. Están cayendo a montones. Estos necios creen estar ahogándose pues respiran con dificultad en tierra firme y hacen grotescos movimientos de nado. Reina la confusión general.

(Los cuervos han vuelto.)

Os elogiaré ante el gran Maestro. Si queréis demostrar vuestra competencia como maestros, volad hasta la candente fragua donde el pueblo de los duendes golpea el metal y la piedra haciendo que salgan chispas de ellos. Pedidles, con

largos discursos, un fuego tan luminoso, brillante y crepitante como puedan encender. Puede ocurrir que en una noche de verano se vean relámpagos o la caída de una estrella fugaz en la lejanía, pero no es tan fácil ver relámpagos y estrellas que pasan silbando sobre el suelo húmedo en unos tupidos y enmarañados bosquecillos. Así que, sin mucha molestia, debéis primero pedir y luego ordenar.

(Los cuervos se van. Se cumple la orden.)

Densas tinieblas para los enemigos y que sus tímidos pasos y avances los lleven a tierra de nadie. Que centellas errantes procedentes de todos los rincones formen una luz que los deslumbre. Todo esto sería maravilloso, pero todavía es necesario un ruido horrible.

FAUSTO

Las vacías armaduras sacadas de esos sepulcros que son las salas vuelven a cobrar vida al aire libre. Allí arriba se oyen crujidos y traqueteos desde hace ya un tiempo; es un estruendo maligno e iracundo.

MEFISTÓFELES

Muy bien. Ya nada puede contenerlos. Ya se oye el ruido de justas caballerescas como en los buenos y viejos tiempos. Los brazales y las grebas de los güelfos y los gibelinos reanudan su eterna lucha. Firmes, como es habitual en los de su estirpe, se muestran irreconciliables. El rugido resuena ya con amplitud e intensidad. En definitiva, en todas las fiestas diabólicas, el odio entre los partidos llega a la crueldad más extremada. Esto hace que un pánico repulsivo mezclado con un estremecimiento estridente y agudamente satánico se extienda por el valle.

(Tumulto guerrero en la orquesta, que luego se convierte en alegre música militar.)

ESCENA III: LA TIENDA DEL ANTIEMPERADOR

(Trono de rica ornamentación.)

(RATERO y URRACA.)

URRACA

Así que somos los primeros en llegar.

RATERO

Ningún cuervo vuela tan rápido como nosotros.

URRACA

¡Oh, qué tesoro hay aquí acumulado! ¿Por dónde empezar, por dónde concluir?

RATERO

Estando esto tan lleno no sé dónde echar la mano.

URRACA

El tapiz ese me vendría muy bien, mi lecho es a menudo demasiado incómodo.

RATERO

De aquí cuelga una maza de acero. Estoy buscando algo así desde hace tiempo.

URRACA

Siempre he soñado con algo como ese manto de rojo ribeteado de oro.

RATERO (Tomando el arma.)

Con esto se arregla todo muy rápido. Se mata a uno de un golpe y se sigue adelante. Has cargado ya mucho el saco y no has metido en él nada de valor. Deja en su lugar esas baratijas y llévate uno de estos cofrecillos. Esta es la paga del ejército. En su vientre no hay nada más que oro.

URRACA

Esto tiene un peso descomunal. No lo puedo levantar, no puedo llevarlo.

RATERO

Inclínate de inmediato. Tienes que agacharte. Yo lo cargaré sobre tus fornidas espaldas.

URRACA

¡Ay!, ¡ay! No puedo más. El peso me rompe el espinazo.

(El cofrecillo cae al suelo y se abre.)

RATERO

Aquí hay oro bermejo a montones. Date prisa y apílalo.

URRACA (Agachándose.)

Pronto, métemelo en la falda. Habrá suficiente para siempre.

RATERO

Y sobraré, vámonos.

(Ella se pone en pie.)

Oh, el delantal tiene un agujero. Donde quiera que estés o que vayas siembras tesoros al despilfarrarlos.

ESCOLTA DE NUESTRO EMPERADOR

¿Qué hacéis en este sitio sagrado? ¿Qué rebuscáis en el tesoro imperial?

RATERO

Hemos arriesgado nuestros miembros y venimos a recoger nuestra parte del botín. Es lo que habitualmente se hace en el campamento del enemigo y nosotros también somos soldados.

ESCOLTA

No es lo habitual entre nosotros ser soldado y ladrón al mismo tiempo. Aquel que se acerque a nuestro Emperador ha de ser un probo soldado.

RATERO

Es cosa bien sabida: la honradez se llama contribución. Todos actuáis igual, «dame» es el lema de vuestro gremio. (A URRACA.) Date prisa y llévate arrastrando lo que tienes. Aquí no somos huéspedes bienvenidos.

(Se van.)

PRIMER SOLDADO

Di, ¿por qué no le diste un tortazo a ese sinvergüenza?

SEGUNDO SOLDADO

No lo sé, me faltaron las fuerzas. Tenían un aspecto algo fantasmal.

TERCER SOLDADO

Mis ojos se cegaron, todo temblaba, no veía bien.

CUARTO SOLDADO

No sabría cómo decirlo: ha hecho todo el día un calor tan bochornoso, tan espeso, tan insoportable. Uno estaba de pie, el otro caía, íbamos a tuestas y al mismo tiempo golpeábamos. A cada golpe era derribado un adversario, delante de los ojos flotaba un halo. Después todo empezó a chirriar, a crepitar y a silbar en el oído, y así continuó. Ahora estamos aquí y no sabemos cómo ha podido ser.

(EMPERADOR con cuatro PRÍNCIPES. La ESCOLTA se retira.)

EMPERADOR

Sea como fuere, hemos ganado. En su desordenada fuga, el enemigo se

dispersa por el campo de batalla. Aquí está el trono vacío. Un tesoro pérfidamente obtenido y recubierto de tapices reduce el espacio. Dignamente flanqueados por nuestra propia escolta, esperamos, en nuestra condición imperial, la venida de los enviados de los pueblos. De todos los lugares llegan buenas noticias, el imperio está pacificado, y se pliega gustosamente a nosotros. Aunque en nuestro guerrear se inmiscuyó el ilusionismo, al final luchamos solos. Es cierto que hubo sucesos que favorecieron al combatiente: del cielo cayó una piedra, al enemigo le llovió sangre encima, desde las oquedades de las rocas sonaron poderosos ruidos que hicieron que nuestro pecho estuviera henchido y el del enemigo se encogiera. Cayó el vencido en medio de una mofa interminable; el vencedor, resplandeciente, canta a su dios favorecedor. Y, sin que nadie dé la orden, al unísono, millones de gargantas proclaman estas palabras: «Dios sea loado». Pero aparto mi mirada piadosa de la más alta de las alabanzas y la dirijo al propio pecho. Un joven y dinámico soberano puede que desperdicie su tiempo, pero los años le enseñarán a valorar el significado de cada momento. Por ello, sin dilación, me uno a vosotros cuatro, hombres dignos, por el bien de la Casa, de la Corte y del Imperio. (Al primero.) A ti, príncipe, se debe la hábil ordenación del ejército y después, en el momento adecuado, una heroica y audaz dirección. En la paz actúa como lo requiera el tiempo. Te nombro Archimariscal y te lego la espada.

GRAN MARISCAL

Cuando tu leal ejército, hasta el momento ocupado en el interior, consiga en la frontera afianzarte en el trono, que nos sea permitido prepararte el banquete el día de fiesta en la sala de la espaciosa fortaleza de tu padre. Llevaré desenvainada la espada, la llevaré a tu lado, para la perpetua protección de la suprema Majestad.

EMPERADOR (Al segundo.)

Tú, que te mostraste agradable y complaciente, serás Chambelán supremo; tu cargo no será fácil. Eres cabeza de toda la servidumbre de la casa, me parece que, debido a sus disensiones internas, encuentro muchos malos servidores. Que tu ejemplo sea honrosamente mostrado como el de alguien que agrada a su Señor, a la Corte y a todos.

CHAMBELÁN SUPREMO

Servir a mi inteligente señor me reporta beneficios: el de serle útil al mejor, el de no hacerle daño al peor, y a su vez el de ser franco sin astucia y sereno sin artificio. El que tú, Señor, me mires, ya es bastante. ¿Puede la fantasía concebir una alegría igual? Cuando vayas a la mesa, yo te daré el vaso de oro, te guardaré los anillos para que, en ese momento de placer, tu mano esté descansada y tu mirada me llene de regocijo.

EMPERADOR

Es cierto que me siento demasiado adusto para fiestas, pero que así sea: un comienzo alegre siempre es beneficioso. (Al tercero.) Te nombro Cocinero mayor, te encargarás de la caza, las aves del corral y la casa de labranza. Haz que se me preparen cuidadosamente mis platos preferidos, en todo momento y según los meses.

COCINERO MAYOR

Que un extremado ayuno sea para mí el deber más grato hasta que situado ante ti esté un exquisito manjar que te deleite. La servidumbre de la cocina debe unirse a mí para traer lo lejano y así adelantar las estaciones. No es de tu gusto engalanar la mesa ni con lo exótico ni con lo temprano. Lo sencillo y lo sustancioso es lo que tu gusto demanda.

EMPERADOR (Al cuarto.)

Como inevitablemente aquí estamos metidos en fiestas, conviértete para mí, joven héroe, en Copero. Copero mayor, cuida de que nuestra bodega esté siempre provista de buen vino. Sé moderado, no te dejes llevar por la tentación más allá de la serena alegría.

COPERO MAYOR

Soberano, cuando se tiene confianza en los jóvenes, se convierten en hombres hechos y derechos antes de que uno se haya dado cuenta. Yo iré también a esa gran fiesta; adornaré de la mejor manera el aparador imperial, con lujosos vasos, todos ellos de oro y plata; pero antes elegiré para ti la mejor copa: una de fino cristal veneciano donde el placer reside y en el que el sabor del vino se hace más intenso pero sin embriagar. A este maravilloso tesoro uno se confía a veces demasiado. Pero tu templanza, Soberano, es más protectora aún.

EMPERADOR

Sabed que los cargos que os he otorgado en esta hora solemne os los concedió una boca fiable. La palabra del Emperador es grande y asegura todos los dones, pero para que todo sea confirmado hace falta un valioso escrito con la fuma. Veo llegar al hombre adecuado en el momento oportuno. (El ARZOBISPO [CANCILLER] entra.) Cuando se hace descansar una bóveda sobre una piedra clave, permanecerá construida hasta la eternidad. Ahí tienes a cuatro señores principales. Ante todo hemos observado lo que más puede beneficiar a la Casa y a la Corte. Pero ahora, que todo cuanto contiene el Imperio sea, con poder y autoridad, encomendado al número cinco. Deben destacar en cuanto a la posesión de tierras y por ello ampliaré los límites de sus posesiones sirviéndome de las heredades de los que de nosotros se

apartaron. A vosotros, los fieles, os lego estas bellas tierras y el derecho de extenderos más allá, según las circunstancias, por sucesión, compra y permuta. Que además os sea concedido expresamente el ejercer sin trabas los derechos que a vosotros, señores de la tierra, os corresponden. Como jueces dictaréis las sentencias definitivas, no podrá hacerse ninguna apelación ante vuestros altos ministerios. También serán vuestros los impuestos, los intereses, los tributos en especie, los feudos, los derechos de aduanas, las concesiones sobre las minas, la sal y la acuñación de moneda. Para acreditaros mi reconocimiento, os he elevado a la jerarquía inmediatamente inferior a la Majestad.

ARZOBISPO

En nombre de todos, recibe nuestro más sentido agradecimiento. Nos fortaleces y afianzas y así vas haciendo más fuerte tu poder.

EMPERADOR

A vosotros cinco os quiero otorgar un honor aún mayor. Ahora vivo para mi Imperio y tengo ganas de vivir así. Pero la cadena de nobles antepasados desvía la mirada pensativa de la febril ambición para fijarla en lo que nos amenaza. Llegado el tiempo, me separaré de mis seres queridos, entonces habrá llegado el tiempo de que elijáis a mi sucesor. Después de coronado, ensalzadle llevándolo al santo altar, y acabad pacíficamente lo que tan tormentoso fue.

CANCILLER

Con orgullo en lo más profundo de mi corazón y con humildad en el semblante, los príncipes, los primeros de la Tierra, están inclinados ante ti. Mientras la sangre fiel anime nuestras venas, seremos el cuerpo que ejecute las órdenes de tu voluntad.

EMPERADOR

En definitiva, que todo lo que sea dispuesto, sea confirmado por escrito y con mi rúbrica. En realidad, como señores, dispondréis de vuestra posesión como os plazca, pero con la condición de que sea indivisible. Y de igual modo todo incremento de nuestro legado deberá ser heredado por vuestro primogénito.

CANCILLER

Dichoso, plasmo en el pergamino este importantísimo estatuto, tan ventajoso para nosotros y para el Imperio. La copia y el sello se encargarán a la cancillería, con la sagrada firma, tú, Señor, lo acreditarás.

EMPERADOR

Retiraos, pues, para que todos podáis meditar, concentrados, la grandeza de

este día.

(Los PRÍNCIPES seculares se retiran.)

ARZOBISPO (Se queda y habla con patetismo.)

El Canciller se ha marchado, el obispo se ha quedado y ha de hacerte una severa advertencia. Su corazón paternal está agitado por tu causa.

EMPERADOR

¿Qué te agita en esta feliz hora? ¡Habla!

ARZOBISPO

¡Con qué amargo dolor veo tu cabeza supremamente sacra coligada con Satanás! Parece evidente que te has afianzado en el trono, pero, por desgracia, escarneciendo a Dios Padre y al Santo Padre, el Papa. Si este se llega a dar cuenta, rápidamente condenará tu Imperio assolándolo con su santo rayo. Porque él no ha olvidado cómo en el momento supremo, en el día de tu coronación, mandaste liberar a aquel hechicero. El primer rayo de gracia que salió de tu diadema fue a parar a aquella cabeza maldita en perjuicio de la cristiandad. Pero date golpes en el pecho en señal de penitencia y expía tu sacrílega fortuna ofreciendo un modesto óbolo al santuario. El vasto terreno rodeado de colinas donde acampaste y en donde los malos espíritus se aliaron para tu defensa y donde prestaste oído obediente al príncipe de la mentira, conságralo ahora, piadosamente inspirado, a una obra santa. Conságralo junto al monte y al tupido bosque, tan lejos como estos se extiendan, junto a las cumbres que se cubren de verdor, ofreciendo su pasto, junto a los claros lagos ricos en pesca y una cantidad interminable de arroyuelos, que, formando anillos como el cuerpo de una serpiente, se precipitan en el valle. Consagra también junto a ellos, en definitiva, el mismo ancho valle, con sus praderas, sus comarcas, sus hondonadas. Así expresarás tu contrición y así encontrarás tu gracia.

EMPERADOR

Me siento tan estremecido por mi grave pecado que tú mismo fijarás el límite según tu criterio.

ARZOBISPO

En primer lugar: el espacio profanado deberá ser, tan rápidamente como se pueda, dedicado al servicio del Altísimo. Ya veo elevarse con forma espiritual sólidos muros. La mirada del sol matutino ilumina el coro, el edificio en construcción se extiende en forma de cruz. La nave se prolonga y se eleva para el gozo de los fieles que afluyen ya, llenos de fervor, por el digno portal. La primera llamada de las campanas ha resonado a través del monte y del valle, proceden de las altas torres y parecen subir al cielo. Viene el penitente

buscando el comienzo de una nueva vida. En el gran día de la consagración — que ojalá llegue pronto— tu presencia será la que realce todo.

EMPERADOR

Que una obra tan grande haga patente el piadoso deseo de dar alabanza a Dios Nuestro Señor, así como de expiar mis pecados. Basta, ya veo cómo se eleva mi espíritu.

ARZOBISPO

Como canciller voy a activar la formalización y expedición del documento.

EMPERADOR

Cuando presentes el documento, siguiendo la forma reglamentada, lo firmaré con gusto.

ARZOBISPO (Se ha despedido, pero se vuelve cuando está a punto de salir.)

Tan pronto como se empiece a construir la obra, dedicarás a ella diezmos, censos y tributos a perpetuidad. Es necesario un buen montante para una digna manutención, y una administración cuidadosa supondrá unos gastos muy grandes. Para que se lleve a cabo una rápida construcción en un lugar desierto, consíguenos cierta cantidad de oro de las arcas del botín. Además, y no he de callarlo, harían falta maderas exóticas, cal, pizarra y otros materiales similares. El pueblo, aleccionado desde el púlpito, se encargará del porte. La Iglesia bendecirá a aquellos que se pongan a su servicio. (Se va.)

EMPERADOR

Es muy grande el pecado con el que cargo. Los miserables brujos me han causado un gran quebranto.

ARZOBISPO (Vuelve de nuevo y hace la más profunda reverencia.)

Perdóname, señor. A ese hombre de mala fama se le han cedido las playas del Imperio, pero sobre este caerá el anatema si no concedes, contrito, los diezmos, censos y prerrogativas de esos territorios.

EMPERADOR (Malhumorado.)

Ese territorio todavía no existe, está aún en el fondo del mar.

ARZOBISPO

Al que le corresponden unos derechos y tiene paciencia le llega también su tiempo. Que vuestra palabra mantenga en vigor este acuerdo.

EMPERADOR

Un poco más y tendré que donar todo el Imperio.

ACTO V

ESCENA I: CAMPO ABIERTO

CAMINANTE

Sí, ahí están los umbríos tilos, robustos y adultos. Y pensar que he de encontrarlos ahora, después de tan largo camino. Ahí está el viejo lugar, aquella cabaña que me cobijó cuando las olas tempestuosas me arrojaron hasta las dunas. Quisiera desear salud a mis serviciales y activos huéspedes, mas no creo que los vuelva a encontrar, pues por aquel entonces eran ya ancianos. ¡Sí eran gente de bien! ¿Golpearé la puerta o los llamaré a voces? Recibid mi saludo si con vuestra habitual hospitalidad aún disfrutáis de la dicha de procurar bienestar.

BAUCIS (Buena mujer, muy anciana.)

Apreciado forastero, no hagas ruido. Mantente en silencio, deja descansar a mi marido. Un sueño prolongado depara al anciano pronta actividad en una breve vigilia.

CAMINANTE

Di, buena mujer, ¿estás aún aquí para recibir mi agradecimiento?, ¿eres tú la misma que ayudaste junto a tu marido a un joven hace ya mucho tiempo?, ¿eres Baucis, la que diligentemente reavivaste el aliento de un moribundo? (Entra el marido.) ¿Eres tú Filemón, el que con valor consiguió arrancarle mi tesoro a las olas? Una rápida hoguera y el argentino son de vuestra esquila fueron la solución que buscasteis para aquella arriesgada aventura. Ahora, dejad que avance para ver el mar sin confines, dejad que rece, siento el pecho muy oprimido. (Avanza por las dunas.)

FILEMÓN (A BAUCIS).

Date prisa y pon la mesa en el sitio más florido de nuestro jardincito. Déjale que corra, déjale que se asombre, pues no se creará lo que va a ver. (Se queda junto al viajero.) Mira, el mar que tan fieramente te trató, salvaje y espumante, míralo ahora cultivado como un jardín, míralo ahora convertido en un cuadro paradisiaco. Como era viejo, ya no estaba capacitado para echar una mano, y cuando mis fuerzas se desvanecieron, la ola estaba lejos también. Los

audaces servidores de hábiles maestros cavaron fosas e hicieron diques, redujeron los derechos del mar para ser señores, los señores de sus dominios. Mira cómo verdea una pradera tras otra, mira la dehesa, el jardín, el pueblo y el bosque. Ven y disfruta, pues el sol se despedirá pronto. Allí en la lejanía se extienden velas que buscan en la noche un puerto seguro, y es que las aves conocen bien su nido. Así verás en lontananza la espuma azul del mar y a tu derecha y a tu izquierda un terreno densamente poblado.

(Sentados a la mesa en el jardincito.)

BAUCIS

¿Estás silencioso? ¿No llevas ningún bocado a tu boca reseca?

FILEMÓN

Tal vez quiera enterarse de cómo se obró este prodigio. Tú que con tanto placer hablas, dale cuenta de todo.

BAUCIS

Realmente aquí ha tenido lugar un prodigio, y desde que este se manifestó no he vuelto a sentir sosiego, pues todo ello no se hizo de un modo natural.

FILEMÓN

¿Pudo estar tan sumido en el pecado el Emperador que le ofreció a él las orillas? ¿No lo anunció un heraldo resoplando su trompeta al pasar por aquí? En un lugar no muy lejano de nuestras dunas se asentó: tiendas, cabañas... Y en medio del verdor erigió su palacio.

BAUCIS

De día e inútilmente sus servidores hacían mucho ruido con los azadones y las palas, golpe a golpe; allí donde revoloteaban pequeñas llamas por la noche, al día siguiente había un dique construido. Debió haber sacrificios sangrientos, pues durante la noche resonaban los gemidos de dolor. Cuando en dirección al mar corría fuego ardiente, al día siguiente había un canal. Ese hombre no teme a Dios, ambiciona nuestra cabaña y nuestro soto y aun cuando se las da de vecino, siempre hay que mostrar sumisión ante él.

FILEMÓN

Él nos ha ofrecido buena tierra en otro lugar.

BAUCIS

No te fíes del enviado del mar, mantente firme a tu altura.

FILEMÓN

Vamos a la capilla a ver los últimos rayos del sol, toquemos la campana,

arrodillémonos, recemos. Encomendémonos al viejo Dios.

ESCENA II: PALACIO

(Amplio jardín de recreo. Un gran canal, en línea recta. FAUSTO, anciano, paseando meditabundo.)

LINCEO EL VIGÍA (Por un altavoz.)

El sol se pone, los últimos navíos arriban al puerto surcando el mar con premura. Una gran nave está a punto de llegar aquí por el canal. Los abigarrados gallardetes ondean alegres. En los enhiestos mástiles están desplegadas las velas. De ti se enorgullece el navegante, en el momento supremo te sonrío la fortuna.

(Suenan las esquilas en las dunas.)

FAUSTO (Enfurecido.)

¡Maldito ruido! Produce una herida vergonzante, como un tiro disparado arteralmente. Ante mis ojos mi reino no tiene límites, el enojo me atormenta a mis espaldas. Con un envidioso tañido me recuerda que mis posesiones no están limpias, en esa arboleda de tilos, la choza oscura, la ruinoso ermita, no son míos. Y cuando quiero descansar allí, las sombras extrañas me estremecen. Es una espina clavada en mis ojos y en mis pies. Oh, ojalá estuviera lejos de aquí.

LINCEO (También por altavoz.)

Con qué brío navega hacia acá la nave de vivos colores, al impulso del fresco viento de la tarde. Cómo se van apilando, al tiempo que ella prosigue su rauda marcha, cofres, cajas y sacos.

(Nave magnífica, cargada de multitud de productos de tierras lejanas.)

(Entran MEFISTÓFELES y LOS TRES VIOLENTOS.)

CORO

Aquí ya arribamos.

Aquí desembarcamos.

Salve al señor.

Salve al patrón.

(Desembarcan. Las mercancías son llevadas a tierra.)

MEFISTÓFELES

Así nos hemos puesto a prueba; estaremos contentos si el patrón lo alaba. Partimos con sólo dos naves y a puerto hemos vuelto con veinte. Nuestras hazañas son puestas de manifiesto por nuestro cargamento. El libre mar presta su libertad al espíritu; ¿quién sabe allí lo que es cavilar? De la única forma que allí se prospera es con una garra rápida. Se pesca un pez, se atrapa una nave y se es pronto dueño de tres; se atrae con garfios a una cuarta y ya le empieza a ir mal a la quinta. Si se tiene fuerza, se tienen derechos. Se nos exigen fines, no buenos medios. No me hace falta saber el arte marino: la guerra, el comercio y la piratería son una trinidad inseparable.

LOS TRES VIOLENTOS

Ni gracias, ni saludo, ni saludo, ni gracias. Es como si le trajéramos a nuestro señor algo pestilente. Él nos pone cara de asco, no le halaga este bien regio.

MEFISTÓFELES

No esperéis recompensa alguna más. Ya tomasteis vuestra parte de botín.

LOS TRES VIOLENTOS

Esto fue sólo para no aburrirnos, todos reclamamos partes iguales.

MEFISTÓFELES

Ordenad primero arriba, en una sala y otra, todos los objetos preciosos. Y cuando él vea tanta riqueza y la valore con más detalle, no se mostrará tacaño y dará a la tripulación fiesta tras fiesta. Las aves de muchos colores llegarán mañana y yo cuidaré de ellas de la mejor de las formas. (La carga es apartada de allí. A FAUSTO.) Con frente adusta y mirada sombría recibes tu gran fortuna. La elevada sabiduría está coronada. Las orillas están en armonía con el mar. De la orilla recibe el mar complaciente a las naves prestas a una rápida travesía. Confiesa que desde aquí, desde este palacio, tu brazo abarca todo el mundo. De aquí todo surgió, aquí pusimos la primera barraca de tablas, se abrió una pequeña zanja allá donde ahora trabaja el remo diligente. Tu brillante idea y el esfuerzo de tus partidarios se hicieron merecedores del premio: el mar y la tierra. Desde aquí fue...

FAUSTO

Ese «aquí», este lugar maldito es mi gran pesar. Te lo debo decir a ti que tan capaz eres; es algo que me punza el corazón, es algo insufrible para mí. Y como te dije, me avergüenza. Los viejos de allí arriba deben marcharse, yo desearía para mí vivir a la sombra de esos tilos, esos pocos árboles que no son míos me impiden la plena posesión del mundo. Allí, para poder mirar en todos los contornos, me gustaría construir armazones de madera de rama en rama,

quisiera abrirle a mi mirada un amplio campo de visión para poder ver todo cuanto hice, para de un solo golpe de vista abarcar esta obra maestra del espíritu humano que, activándose inteligentemente, ha ganado amplias tierras para que las habitara la gente. Por eso nos tortura con mucha más fuerza, en esta abundancia, aquello de lo que carecemos. El sonido de la esquila, el aroma de los tilos, me envuelven como si estuviera en una iglesia o en la tumba. El libre juego de la voluntad se quiebra en esta arena de playa. ¿Cómo conseguiré extinguir este pensamiento? Cuando suena la esquila, la ira se desata en mí.

MEFISTÓFELES

Naturalmente, es normal que ese gran disgusto te haga segregarse bilis. ¿Cómo negarlo? A todo noble oído ese tintineo le parece odioso. Ese maldito resonar de campanas ensombrece el cielo claro del atardecer, se mezcla con cada acontecimiento, desde el primer baño hasta la sepultura. Es como si, entre vuelta y vuelta de campana, la vida se convirtiera en un sueño evanescente.

FAUSTO

La resistencia y la obstinación arruinan el mayor de los logros, por ello y para mi tormento he de dejar de ser justo.

MEFISTÓFELES

¿Por qué tienes que sentirte abrumado? Hace tiempo tendrías que haber llevado a cabo esa colonización.

FAUSTO

Ve entonces y apártalos de mí. Ya sabes cuál es la bella y pequeña hacienda que escogí para los ancianos.

MEFISTÓFELES

Se los saca de allí y se los transporta, antes de que nos demos cuenta, estarán repuestos. Después de haber soportado un poco de violencia, una buena mansión los desagaviará. (Lanza un silbido agudo. LOS TRES VIOLENTOS vuelven.) Venid a la llamada del señor y mañana habrá fiesta para la tripulación.

LOS TRES VIOLENTOS

El señor no nos recibió debidamente, la tripulación se merece una fiesta.

MEFISTÓFELES (A los espectadores.)

También va a ocurrir aquí, lo que sucede desde hace tiempo, pues hubo una vez un tal Nabot que tuvo una viña (Reyes, I, 21).

ESCENA III NOCHE PROFUNDA

LINCEO (Cantando desde su puesto de vigía en el castillo.)

Nacido para escrutar,
encargado de mirar.

Siempre ligado a la torre
y en contemplación del mundo.

Atisbo las lejanías.

Sé todo lo que está cerca.

Conozco luna y estrellas
también los bosques y ciervos.

Distingo en lo que veo
todo el encanto que tiene,
y complacido de todo
me alegro conmigo mismo.

Vosotros, felices ojos,
todo lo que habéis visto
en todas las situaciones
fue muy bello en realidad.

(Pausa)

No sólo para recrearme
estoy tan alto situado.

Un estremecimiento cruel
viene desde la oscuridad,
veo chisporrotear fuego
bajo las sombras de los tilos,
un incendio que crece y crece
atizado por la corriente

prende la mohosa cabaña.
Se comienza a gritar «auxilio»,
mas nadie atiende la llamada.
¡Ah!, ¡qué pena dan los ancianos!
Siempre tan atentos al fuego
son víctimas de la humareda.
¡Qué horrorosa situación!
La llama arde con fulgor rojo.
La cabaña está ya tiznada.
Si al menos pudieran salvarse
del infierno allí desatado.
Las lenguas de fuego se elevan.
Por entre las hojas y ramas
el ramaje chisporrotea.
Prende y cae rápidamente.
¿Por qué yo he de percibirlo?
¿Ha de ser tan larga mi vista?
La capilla se está cayendo,
la derrumba el peso del techo.
Llamas serpenteantes suben
y ya están llegando a las copas.
Se queman hasta la raíz
truncos candentes como púrpura.
(Larga pausa. Canto.)
Un regalo para los ojos
ha desaparecido hoy.
FAUSTO (En la terraza situada frente a las dunas.)

¿Qué lamentos oigo cantar? El canto y la melodía llegan aquí muy tardíos.
Mi vigía se lamenta. Dentro de mí siento turbación por estos actos
impacientes. Pero como el bosque de tilos fue eliminado y quedó convertido

en unos horribles troncos medio carbonizados, pronto podrá ser construida una atalaya para poder mirar a la inmensidad. Así veré la nueva casa que cobijará a esa pareja que, conmovida por mi generosa reparación, disfrutará alegre de sus últimos días.

MEFISTÓFELES Y LOS TRES VIOLENTOS (Desde abajo.)

Venimos al trote largo. ¡Perdonad!, pero no nos ha ido bien. Golpeamos en la puerta, pero nadie nos abría. La empujamos, la sacudimos y la carcomida puerta se vino abajo. Llamamos a voces, proferimos serias amenazas, pero no encontramos acogida alguna. Como ocurre en estos casos, ni nos escucharon, ni quisieron hacerlo. Nosotros no hemos titubeado y te hemos librado de ellos. La pareja no ha sufrido mucho, ante la agitación cayeron exánimes. Un extranjero que estaba allí oculto y pretendió resistirse con la espada quedó tendido. Unas ascuas que en poco tiempo se esparcieron aventadas por la encarnizada lucha prendieron la paja. Ahora todo arde libremente como un montón de leña para ellos tres.

FAUSTO

¿Fuisteis sordos a mis palabras? Yo quería una permuta, no un expolio. Maldigo vuestra acción salvaje y loca y compartiréis vuestra culpa.

CORO

Hay un dicho, un viejo dicho: obedece diligentemente al poder. Y si eres valiente y tenaz, arriesga tu casa, tu hacienda y a ti mismo

(Se van.)

FAUSTO (En el balcón.)

Las estrellas y su fulgor se ocultan, el fuego decrece y sus llamas son pequeñas. Sopla un viento que me causa escalofrío; el humo y la niebla se ciernen sobre mí. Fue una orden muy precipitada, que fue cumplida con mayor precipitación aún. ¿Qué es lo que se mueve en el aire con ese aspecto fantasmal?

ESCENA IV MEDIANOCHE

(Cuatro mujeres canosas.)

LA PRIMERA

Mi nombre es Escasez.

LA SEGUNDA

Mi nombre es Culpa.

LA TERCERA

Mi nombre es Inquietud.

LA CUARTA

Mi nombre es Necesidad.

LAS TRES (Menos la INQUIETUD.)

La puerta está cerrada, no podemos entrar. Ahí vive un rico y no se nos deja paso.

INQUIETUD

Yo me convertiré en una sombra.

CULPA

Yo me extinguiré.

NECESIDAD

De mí apartan la vista, pues sólo la tienen acostumbrada a lo bueno.

INQUIETUD

Hermanas, ni podéis ni debéis entrar. La inquietud se deslizará por la cerradura.

(La INQUIETUD desaparece.)

ESCASEZ

Hermanas canosas, marchaos de aquí.

CULPA

Iré detrás de ti, mas muy cerca.

NECESIDAD

Pisándote los talones te seguirá la Necesidad.

LAS TRES

Las nubes se disipan, las estrellas se extinguen. Allá atrás, allá atrás, desde la lejanía, desde la lejanía, de ahí viene nuestra hermana, la Muerte.

FAUSTO (En el palacio.)

Vi venir a cuatro, sólo tres se fueron. No entendí el sentido de sus palabras. Sonó algo parecido a «necesidad» o tal vez a «muerte». Era un sonido hueco, fantasmal y vaporoso. Todavía no me he abierto paso hasta mi liberación. Si

podiera quitar de mi paso toda la magia y olvidar todos los ensalmos, ante ti, Naturaleza, sólo habría un hombre, entonces merecería la pena ser un hombre.

Eso es lo que era, antes de buscar en la oscuridad y condenar a la maldición, con palabras sacrílegas, a mí y al mundo. Ahora el aire está tan lleno de esos fantasmas que no se sabe cómo evitarlos. Aun en los días en que el cielo despejado me sonrío, la noche me enreda en una madeja de lúgubres sueños. Vuelvo de la pradera recientemente reverdecida y grazna un pájaro. ¿Qué nos anuncian sus graznidos? Infortunio. Tarde o temprano, enredado por la superstición, todo se convierte en sucesos significativos, todo son avisos, todo son presagios, y así atemorizado, estoy solo. La puerta rechina, pero nadie entra. (Atemorizado.) ¿Hay alguien ahí?

INQUIETUD

Esa pregunta reclama un sí.

FAUSTO

¿Quién eres tú?

INQUIETUD

Yo ya estoy aquí.

FAUSTO

¡Aléjate!

INQUIETUD

Estoy en el lugar que me corresponde.

FAUSTO (Hablando para sí, primero colérico, luego apaciguado.)

Ándate con cuidado y no hagas conjuros.

INQUIETUD

Aunque ningún oído me escuche, tengo eco en los corazones y en ellos retumbaría. Con una figura transformada, ejerzo sobre ellos mi violencia. En los caminos de la tierra y sobre las olas del mar, me convierto en el horrible compañero que, aunque nunca se busca, siempre se encuentra y soy tan adulado como imprecado y maldito. ¿Nunca conociste la inquietud?

FAUSTO

Solo he recorrido el mundo y adquirí el placer por los cabellos; soltaba lo que no me satisfacía y dejaba correr aquello que no podía alcanzar. No he hecho otra cosa que tener deseos y realizarlos, para luego volver a desear, y así, poderoso, pasé mi tumultuosa vida; pero ahora procuro que esta discurra con sabiduría y prudencia. Ya el orbe me resulta suficientemente conocido. La

visión del más allá nos está vedada. Es un insensato aquel que dirige allí la mirada deslumbrándose e imagina que su igual está allí entre las nubes. Que permanezca firme y mire sólo en derredor. Este mundo para el hombre inteligente no es mudo. ¿Para qué necesita él andar errante por la eternidad? Aquello que reconozca se dejará aprehender. ¡Que prosiga así su camino durante la jornada de la vida! ¡Que continúe su marcha, aunque los espíritus se ciernan fantasmales! ¡Que en su avance él, descontento en todos los instantes, se tope con el sufrimiento y la fortuna!

INQUIETUD

A aquel que está en mi poder, el mundo no le sirve de nada. Una eterna oscuridad se cierne sobre él. El sol, para él, ni saldrá ni se pondrá, aunque sus sonidos externos estén en plenas facultades; las tinieblas habitarán en su interior. No podrá apoderarse de ningún tesoro. Tanto la fortuna como el infortunio lo turbarán, pasará hambre en la abundancia, tanto el placer como el pesar los remitirá al mañana, y así nunca estará satisfecho.

FAUSTO

¡Basta ya! De esta manera no podrás atraparme. No quiero escuchar esas incongruencias. ¡Vete! Esa nefasta letanía podría aturdir al más capaz de entre los hombres.

INQUIETUD

¿Debe ir? ¿Debe venir? Se ha hecho un irresoluto. Por un camino trillado anda a tuestas y vacilante. Se va perdiendo y hundiendo cada vez más, las cosas las ve más y más complicadas, acaba por hacerse odioso para sí mismo y para los demás, respirando se ahoga, no está ahogado, pero está privado de vida; no está desesperado, pero tampoco se resigna. Es un imparable rodar, una dolorosa renuncia, un deber que repugna, mitad liberador, mitad opresivo, un sueño a medias, un mal descanso. Colocadlo en su sitio y preparadlo para el infierno.

FAUSTO

¡Fantasmas nefastos!, así tratáis mil veces al género humano. Incluso los días indiferentes los transformáis en un horrible revoltijo de cuitas encadenadas. Yo sé bien que uno se libra difícilmente de los tormentos. La estrecha ligadura de lo espiritual no se puede cortar. Pero yo no reconoceré tu poder, Inquietud, que te vas engrandeciendo.

INQUIETUD

Fíjate con qué rapidez me alejo de ti maldiciéndote. A lo largo de la vida los hombres están ciegos, ahora, Fausto vas a estarlo tú. (Le sopla en el rostro.)

FAUSTO (Cegado.)

La noche parece hacerse cada vez más oscura, pero en mi interior brilla una clara luz. Me apresuro a realizar aquello que imaginé. La palabra del señor es la única que tiene autoridad. Servidores, poneos en pie, salid del lecho uno por uno. Haced que pueda ver lo que audazmente concebí. Empuñad las herramientas, dad labor a vuestras palas y azadones. Lo propuesto debe ser cumplido de inmediato. Un orden estricto y una rápida actividad procuran la mejor de las recompensas. Para que la obra más grande de todas se realice, un solo ingenio les basta a mil manos.

ESCENA V: GRAN PATIO DELANTE DEL PALACIO

(Iluminado con antorchas.)

MEFISTÓFELES (Como capataz, al frente de todos.)

Venid, venid aquí bamboleantes lémures, seres incompletos, seres formados por ligamentos, tendones y huesos.

LÉMURES (A coro.)

Nos ponemos de inmediato a tus órdenes y por lo que creemos entender, hemos de recibir en posesión unas amplias tierras. Ahí están las puntiagudas estacas, la larga para medir. Hemos olvidado el motivo por el que nos llamaron.

MEFISTÓFELES

No se trata de hacer ninguna obra de arte. Proceded según os permita vuestra naturaleza. Que el más alto de vosotros se tienda tan largo como sea y los otros despejad de hierba sus alrededores. Como lo hicieron para nuestros padres, haced un hoyo en forma de cuadrado alargado. Del palacio hasta esta estrecha morada, ved el desenlace tan estúpido que tiene todo.

LÉMURES (Cavando con gestos irónicos.)

Cuando era joven y vivía y amaba, me parecía que todo era dulce, allí donde sonaba alegre la música y había jolgorio, mis pies se empezaban a mover. Pero ahora, la edad tramposa me hirió con su muleta y me he golpeado contra la puerta de la tumba; por qué estaría abierta ahora.

FAUSTO (Saliendo del palacio, palpando a tientas el quicio de la puerta).

Cómo me agrada el ruido de los azadones. Es la multitud que trabaja a mi servicio, que reconcilia a la tierra consigo misma, que le pone límites a las olas

y que retiene al mar con una sólida atadura.

MEFISTÓFELES (Aparte.)

Tan sólo has trabajado para nosotros con tus diques y malecones, pues le estás preparando a Neptuno, el demonio de las aguas, un banquete. De todas maneras estáis perdidos. Los elementos están confabulados con nosotros y todo corre hacia su perdición.

FAUSTO

¡Capataz!

MEFISTÓFELES

Aquí estoy.

FAUSTO

Reúne una multitud de obreros tan grande como sea posible, aliéntalos con ganancias y rigor, págales, atráelos, exprímelos. Cada día quiero tener noticias de cómo avanza la ya emprendida obra del foso.

MEFISTÓFELES (A media voz.)

Si mis noticias no son inexactas, no se me habló de un foso, sino de una fosa.

FAUSTO

Ahora se extiende hasta el pie de la montaña una ciénaga que apesta todo lo que ya se ha conseguido. Cuando desagüemos esa charca pestilente, habremos alcanzado el más alto logro. Abro espacios a millones de hombres, espacios en los que tal vez no estén seguros, pero sí podrán estar activos y libres. La campiña es verde y fértil, los hombres y los rebaños se han aposentado en esta novísima tierra junto a la parte más sólida de esta colina levantada por un pueblo audaz y laborioso. Aquí en el interior hay un paraje paradisiaco, si allá afuera sube rauda la marea hasta el borde y con sus dentelladas violentas hace un boquete en el dique, se apresurarán a cerrarlo. Vivo entregado a esta idea, es la culminación de la sabiduría: sólo merece la vida y la libertad aquel que tiene que conquistarlas todos los días. Y así, rodeados de peligros, el niño, el adulto y el anciano viven provechosamente sus años. Quiero ver una multitud así, vivir en una tierra libre con un pueblo libre. Entonces podría decir a este instante: «Detente, eres tan bello». Así la huella de mis días no se perderá en los eones. En el presentimiento de esta gran alegría, disfruto, ahora, del instante supremo.

(FAUSTO cae de espaldas. LOS LÉMURES lo toman y lo colocan en el suelo.)

MEFISTÓFELES

No le sacia ningún placer, no le contenta ninguna felicidad, va sin cesar en busca de formas cambiantes. El pobre quiere apresar ese último, ese mísero, ese vano momento. El que tanto se me opuso ha sido vencido por el tiempo. El viejo yace en la arena. El reloj se ha parado.

CORO

Se ha parado. Está callado como la medianoche.

La ajorca cae.

MEFISTÓFELES

Cae. Todo está consumado.

CORO

Se ha acabado.

MEFISTÓFELES

¡Acabado!, ¡qué estúpida palabra! ¿Por qué acabado? Lo acabado y la pura nada son exactamente lo mismo. ¿Para qué nos sirve el eterno crear? Para que lo creado se disipe en la nada. ¿Qué se puede decir de algo si se ha acabado? Que es como si no hubiera existido y sin embargo circulara como si existiese. En lugar de ello, preferiría el vacío eterno.

ESCENA VI SEPULTURA

LÉMUR (Solo.)

¿Quién construyó tan mal esta casa con palas y con azadones?

LOS LÉMURES (A coro.)

Para ti, enmohecido huésped con vestimenta de cáñamo, es incluso demasiado buena.

LÉMUR (Solo.)

¿Quién cuidó tan mal esta sala? ¿Dónde están la mesa y las sillas?

LOS LÉMURES

Las habían prestado por poco tiempo. Hay tantos acreedores...

MEFISTÓFELES

El cuerpo yace y si el espíritu quiere huir, le enseñaré el pacto escrito en

sangre. Pero desgraciadamente hay tantos medios de robarle las almas al diablo. Por la vieja senda tropezábamos, por la nueva tampoco somos bienvenidos. En otro tiempo yo hubiera hecho esto solo, hoy tengo que recurrir a la ayuda de otros. Todo nos va mal. Costumbres tradicionales, antiguo derecho, ya no se puede confiar en nada. Antes el alma volaba con el último suspiro, yo me ponía al acecho y, ¡zas!, igual que hace el gato con el más ágil ratón, la tenía bien apresada en mis garras. Ahora vacila y se resiste a abandonar el oscuro lugar, la repugnante morada que es el horrible cadáver. Hasta que al final los elementos, que la odian, la arrojan humillantemente de allí. Y aunque yo me pregunto durante horas y durante días «¿Cuándo?», «¿Cómo?» y «¿Dónde?», lo lamentable es que la vieja muerte ha perdido su rápido poder. Incluso es dudoso, por mucho tiempo, si se está muerto o no. A menudo vi rígidos miembros y sólo era una apariencia, se movían, se reanimaban. (Haciendo fantásticos ademanes de conjuro, como si fuera un gastador). Vamos pronto, redoblad el paso, vosotros los de los cuernos rectos y vosotros los de los cuernos retorcidos, diablos de antigua alcurnia, con vosotros traéis las fauces mismas del infierno. Es cierto que el infierno tiene muchas, muchas fauces, y engulle según conviene a la condición y dignidad de cada cual, pero en el último juego y, de aquí en adelante, no nos andaremos con tantos remilgos.

(A la izquierda se abre la horrible boca del infierno.)

Los dientes puntiagudos rechinan, del abovedado abismo brota iracunda una tormenta de fuego, y en la hirviente humareda del fondo veo la ciudad de las llamas en perpetua incandescencia. El rojo incendio se precipita llegando hasta los dientes; algunos condenados, esperando la salvación, llegan a nado, pero la hiena los tritura colosalmente, y angustiosamente recorren de nuevo la ardiente vía. En los rincones queda aún por descubrir muchos horrores en un reducido espacio. Hacéis muy bien en aterrar a los pecadores, pues ellos tienen eso por mentira, engaño y sueño. (A los diablos gordinflones de cuernos cortos y rectos.) Gañanes ventrudos de carrillos ardientes, estáis enardecidos y bien alimentados por el azufre del infierno y tenéis el cuello corto e inmóvil como un leño. Mirad aquí abajo, por si veis arder fósforo: esta es la pequeña alma, psique con sus alas, si la priváis de ellas, queda convertida en un mísero gusano; quisiera imponerle mi sello, lleváosla al torbellino de fuego. Vigilad las regiones inferiores, cueros de vino, esa será vuestra misión. No se sabe bien si le gustará vivir allí. Le gustó asentarse en el ombligo, tened cuidado no se os vaya a escapar por allí. (A los diablos flacos de cuernos retorcidos.) Vosotros, atolondrados y grotescos gastadores, ensayad constantemente asiendo el aire. Mantened los brazos abiertos y enseñad vuestras afiladas garras, para que podáis apresar a la voladora fugitiva. Seguro que se siente mal en su antigua morada y el genio quiere subir en seguida.

(UNA GLORIA baja desde la derecha.)

MILICIA CELESTE

Seguid, enviados,
criaturas del Cielo,
vuestro vuelo plácido
para salvar almas
y avivar el polvo.
Ese amable vuelo,
el noble flotar,
va dejando huella
por la Creación.

MEFISTÓFELES

Oigo sonidos discordantes, una cantinela desagradable, viene de arriba, junto con una intempestiva claridad diurna; son una mezcla de muchachas y jovencuelos que resulta muy agradable al gusto santurrón. Sabéis que, en horas de profunda impiedad, planeamos la aniquilación del género humano, lo más miserable que hemos urdido se acomoda a su devoción. Ahí llegan con toda hipocresía esos muchachuelos. Así nos han arrebatado a alguno, luchan contra nosotros con nuestras propias armas. Ellos también son diablos, pero enmascarados. Perder este envite sería una vergüenza eterna. Rodead la tumba y manteneos firmes en sus bordes.

CORO DE ÁNGELES (Lanzando rosas.)

Rosas deslumbrantes
de aroma balsámico,
mientras vais flotando
dais secreta vida,
con tallos por alas
y hermosos capullos.
¡Floreced al fin!

MEFISTÓFELES (A los demonios.)

¿Por qué os inclináis y os encogéis? ¿Es esa la costumbre del infierno? Manteneos firmes aunque dejen caer rosas. Cada cantárida a su capullo. Tal vez creen que apagarán el ardor de los diablos con ese derroche floral. Vuestro

hálito las marchitará y ajará. Soplad ahora, sopladores. Basta, basta. Ante vuestras exhalaciones palidece todo el cortejo. No seáis tan violentos, tapaos la boca y la nariz. Habéis soplado demasiado fuerte, no conocéis la justa medida. Eso no sólo se ha arrugado, se tuesta, se deseca, prende. Ya flota despidiendo luminosas y envenenadas llamas. Hacedles frente, apretaos con fuerza todos unidos. La fuerza se va. Los diablos se dejan embriagar por extraños perfumes lisonjeros.

CORO DE ÁNGELES

Gloriosas flores,
llamas gozosas,
cread amor,
dadnos placer.
Corazón, ábrete,
veraz palabra,
claridad del éter,
magno el ejército,
por siempre día.

MEFISTÓFELES

¡Que caiga la maldición y la vergüenza sobre esos imbéciles! ¡Los diablos están cabeza abajo, los gordos caen rodando y se precipitan a reculones en el infierno!

Que os aproveche el merecido baño caliente que os vais a dar, pero yo permaneceré en mi puesto. (Revolviéndose contra la lluvia de rosas.) ¡Atrás, fuegos fatuos! Tú, por muy vivo que brilles, una vez que se te atrapa no eres más que un fango viscoso. ¿Por qué revoloteas así? ¿Quieres marcharte? Esto se pega a mi nuca como si fuera pez o azufre.

CORO DE ÁNGELES

Lo que no os pertenece
lo tenéis que evitar.
Lo que os dé turbación
no lo habréis de sufrir.
Si penetra violento,
hemos de tener fuerza.

El amor deja entrar
solamente a quien ama.

MEFISTÓFELES

Me arde la cabeza, en el corazón y en el hígado ha prendido un elemento más poderoso que el diabólico, mucho más vivo que el fuego infernal. Por eso os lamentáis tanto, amantes desairados que, con el cuello torcido, buscáis a la mujer amada. Algo así me está pasando. ¿Qué me obliga a mirar a ese lado al que tengo juradas mis hostilidades? Esta visión me hería agudamente. ¿Se ha apoderado completamente de mí algo extraño? Me gusta ver a esos muchachos encantadores. ¿Qué es lo que me retiene, qué me impide huir?... Y si yo me dejo embaucar, ¿quién no será loco a partir de ahora? Esos muchachos de las nubes a quienes odio, me parecen ahora deliciosos. Bellos niños, contadme: ¿no sois de la estirpe de Lucifer? Sois muy bellos, la verdad es que me gustaría besaros, parece como si llegarais en el momento justo. Resulta todo tan agradable y tan natural como si lo hubiera visto ya mil veces, es todo como una caricia al sedoso pelaje de un gato. Cada vez que os miro os veo más bellos, acercaos, concededme tan solo una mirada.

LOS ÁNGELES

Estamos aquí, ¿por qué retrocedes? Nos acercamos a ti. Permanece, si puedes, en tu sitio. (Los ÁNGELES se extienden dominando todo el espacio.)

MEFISTÓFELES (Que ha sido repelido hasta el proscenio.)

Nos tacháis de espíritus réprobos cuando vosotros sois los auténticos brujos, pues seducís al hombre y la mujer. ¡Qué maldita aventura! ¿Es este el elemento del amor? Todo mi cuerpo está tan enardecido que apenas siento que me arde la nuca. Vais oscilando de aquí para allá, bajad, moved vuestros nobles miembros de un modo más mundano. Sin duda, la seriedad os sienta muy bien, pero me gustaría veros sonreír, sería para mí un placer eterno. Me gustaría una sonrisa como la de un enamorado, con un ligero pliegue en la boca. Tú, el más crecido, eres el que más me gusta, esas maneras clericales no te van nada bien, mírame de un modo algo más lascivo. También podríais ir distinguidamente desnudos. Ese largo manto es excesivamente casto. Ahora se vuelven para dejarse ver por detrás. Esos pícaros son muy apetitosos.

LOS ÁNGELES

Id hacia la claridad
muy amorosas llamas,
a los que se condenan
los salva la verdad.

Así podrán del mal
alegres liberarse
y así todos unidos
ser bienaventurados.

MEFISTÓFELES

¿Qué me pasa? Como a Job, se me hacen llagas en las llagas. Soy como aquel que se horrorizaba de sí mismo y al mismo tiempo triunfaba cuando miraba a fondo, cuando tenía confianza en sí mismo y su linaje; se ha salvado la parte noble del diablo. El fantasma del amor se adueña de la piel. Ya se han extinguido las ominosas llamas y, como es propio de mí, os maldigo a todos juntos.

CORO DE ÁNGELES

Sois llamas sagradas.
A quien rodeáis
se empieza a sentir
bien con los más buenos.
Uníos, pues, todos.
Proclamad, alzaos.
El aire es hoy puro,
inhalad Espíritu.

(Se elevan llevándose la parte inmortal de FAUSTO.)

MEFISTÓFELES (Mirando en derredor.)

Pero... ¿cómo? ¿Adónde se han ido? Grupo de adolescentes, me has sorprendido, has huido al Cielo llevándote el botín, por eso bajaron al foso. He perdido un tesoro único; la noble alma que se me dio en prenda me ha sido sustraída en una distracción. ¿A quién podré apelar? ¿Quién me restituirá lo que me corresponde? Has sido engañado en los días de tu vejez, te lo has merecido, te irá rematadamente mal. Me he comportado vergonzosamente. He hecho un gran dispendio, ¡qué indignidad! Un placer vulgar, un deseo absurdo alteró al baqueteado diablo. Si el listo y experimentado diablo se ha entretenido con esta tonta locura, no es pequeña la estupidez que al fin se ha apoderado de él.

ESCENA VII: BARRANCOS

(Bosque, roca, soledad.)

(Santos anacoretas diseminados por la montaña y acampados en las gargantas.)

CORO Y ECO

El bosque flota acercándose,
se siente el peso de las rocas,
las raíces se hunden en la tierra,
los troncos están agolpándose,
ola tras ola rompe aquí.

Somos protegidos por las grutas.

Los leones andan a tientas,
amistosos pasan de largo.

Respetar el lugar sagrado,
santo cobijo del amor.

PATER ECSTATICUS (Flota subiendo y bajando.)

Eterno fuego de delicias,
fervoroso lazo de amor,
hirviente dolor en el pecho,
espumoso placer divino.

Flechas, atravesadme al fin.

Lanzas, haceos dueñas de mí.

Mazas, tenéis que desmembrarme.

Rayos, caed con toda furia.

Que todo lo vano se extinga,
así como todo lo efímero.

Que luzca la estrella perenne,
núcleo profundo del amor.

PATER PROFUNDUS (Región baja.)

Al igual que este barranco a mis pies
descansa sobre un abismo profundo,
mil arroyos corren brillantes
al precipicio del torrente.

Con vigor, por su propio impulso,
el tronco se yergue en el aire:
este es el poderoso amor
que todo lo alienta y lo forma.

Un zumbido horrible resuena,
como si bosque y suelo temblaran,
con todo, cae con un suave rumor
el caudal del arroyo en la garganta;
regar el valle será su misión.

El rayo ardiente se precipita
para que la atmósfera se despeje,
pues hay vapores tóxicos en ella.

Son mensajeros de amor y nos anuncian
lo que, rodeándonos, siempre actúa.

Quisiera que mi pecho se encendiera,
donde el espíritu confuso y frío
se atormenta, apresado en los sentidos
con estricta cadena de dolor.

Oh, Dios, apaga mis tribulaciones,
inunda ya de luz mi corazón

PATER SERAPHICUS (Región intermedia.)

¡Flota una nubecilla matinal
sobre la cabellera del abeto!

¿Presiento lo que vive en mi interior?

Es un coro de jóvenes espíritus.

CORO DE NIÑOS BIENAVENTURADOS

Padre, dinos adónde vamos,
dinos, gran bondad, quiénes somos.

Nosotros estamos felices,
nuestra existencia es agradable.

PATER SERAPHICUS

Niños nacidos a medianoche,
de alma y sentidos semiabiertos.

Pronto os perdieron vuestros padres
para ganancia angelical.

Presentís a quien os da amor,
por eso, acercaos aquí.

Mas de los caminos terrenos
nada sabéis, afortunados.

Descended, pues, hasta mis ojos,
órgano terrestre y mundano.

Servíos, sin problema, de ellos.
y contemplad este paisaje.

(Va acogiendo a los niños en su interior.)

Esto son flores, eso árboles.

Un torrente se precipita
y con un poderoso salto
acorta la escarpada senda.

NIÑOS BIENAVENTURADOS (Desde dentro.)

Es un paraje imponente,
mas también tenebroso;
nos da miedo y horror,
déjanos salir, Padre.

PATER SERAPHICUS

Subid a esferas más altas,
creced y no daos cuenta,

y así de un modo puro,
Dios os dará la fuerza.
Pues así se alimentan
en el éter las almas:
revelando el amor
que da la salvación.

CORO DE NIÑOS BIENAVENTURADOS (Girando alrededor de las
cumbres más elevadas.)

Enlacemos las manos
en un alegre corro;
moveos y cantad
con sacros sentimientos.
Así aleccionados
podréis ya confiar.
Si a Él adoráis,
lo podréis ver al fin.

ÁNGELES (Flotando en una atmósfera más alta y llevándose la parte
inmortal de FAUSTO.)

Está salvada la parte más noble,
el espíritu está libre del mal.
«Quien siempre desea, aspira y lucha,
merece recibir la salvación.»

Y si el buen amor desde las alturas
toma además partido por su casa,
el coro de los bienaventurados,
acogedor, lo recibe en su seno.

LOS ÁNGELES JÓVENES

Estas rosas que trajeron las manos
de unas penitentes llenas de amor,
nos ayudaron en nuestra victoria

y a completar la sagrada labor
de ganar el tesoro que es esta alma.
Se apartó el Maligno al esparcir las,
los demonios huyeron al tocarlas.
En lugar de las penas infernales,
sufrieron los tormentos del amor;
incluso el viejo y experto Satán
sintió profundo e intenso dolor.
¡Alegraos!, lo hemos conseguido.

UNOS ÁNGELES MÁS PERFECTOS

Nos queda un residuo terreno,
y cargamos con él con pena,
y como si fuera de asbesto
dentro de él no hay pureza.
Cuando el poderoso espíritu
absorbió los elementos
y los hizo parte suya,
ningún ángel pudo nunca
escindir su doble ser.

Sólo el gran y eterno Amor
llegará a separarlo.

LOS ÁNGELES JÓVENES

Al igual que esa niebla
que rodea las peñas,
caen cual suave lluvia
gran cantidad de espíritus.
Las nubecillas se abren,
veo en movimiento
a bienaventurados,
libres ya de la tierra.

Reunidos en círculo
están ya disfrutando
de la flor y belleza
del mundo superior.
Que para empezar bien
y también mejorar
se una él a este grupo.

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS

Llenos de gran alegría
tomamos esta crisálida,
y así al fin obtenemos
una prenda angelical.
Quitadle los ropajes
vulgares que lo visten.
La santidad engrandece
y embellece su ser.

DOCTOR MARIANUS (Desde la celda más elevada y pura.)

La vista es aquí libre,
se ennoblece el espíritu.
Allí pasan mujeres
que a las alturas flotan.
En medio, la magnífica
Soberana del Cielo,
de estrellas coronada,
nos muestra su esplendor.
(Extasiado.)
Suprema reina del mundo,
déjame ver el azul
desplegado pabellón
del Cielo y tus misterios.

Aviva las aspiraciones
que ennoblecen al hombre,
pues las eleva a ti
con aliento amoroso.

Somos insuperables
cuando tú nos animas;
se aplaca nuestro ardor
cuando tú lo mitigas.

Virgen pura y santísima,
Madre muy venerable,
eres reina entre todas
y similar a dioses.

A su alrededor
hay pequeñas nubes,
son las penitentes,
un afable grupo
que ante tus rodillas
está aspirando éter
e implora piedad.

Para ti, la Inviolable,
no es una prohibición
dar tu misericordia
a los ya seducidos.

Los caídos en la flaqueza
son difíciles de salvar.

¿Quién puede romper las cadenas
que pone la concupiscencia?

¿Quién evitará escurrir
por un suelo resbaladizo?

¿A quién no aturde una mirada

un saludo, una caricia?

(La MATER GLORIOSA avanza flotando.)

CORO DE PENITENTES

Te elevas a las alturas
de los reinos infinitos,
atiende ya nuestras súplicas,
Tú, mujer inigualable,
siempre presta a la piedad.

MAGNA PECCATRIX (San Lucas, 7, 36.)

Por el amor que hizo correr
lágrimas por los pies de tu Hijo,
aliviándolos como un bálsamo
a pesar de los fariseos.

Por el frasco que generoso
su perfume dejó caer.

Por los cabellos que, sedosos,
enjugaron los santos miembros.

MULIER SAMARITANA (San Juan, 4.)

Por el pozo al que en otros tiempos
Abraham llevó sus rebaños.

Por el cántaro que rozaron
los labios del gran Salvador.

Por el prístino manantial
que se desborda caudaloso,
eternamente claro y limpio,
a través de todos los mundos.

MARÍA AEGYPTIACA (Acta Sanctorum.)

Por el consagrado lugar
donde el Señor fue sepultado.

Por el brazo que ante la puerta

me indicó que me detuviera.

Por cuarenta años que pasé
de penitencia en el desierto.

Por la sagrada despedida
que dejé escrita en la arena.

LAS TRES

Tú, que no niegas cercanía
a las más grandes pecadoras
y que en los Cielos engrandesces
al que sincero se arrepiente.

Concede a esta noble alma
que se abandonó una vez
sin sospechar que se perdía
el perdón que se ha merecido.

UNA POENITENTIUM (Antes llamada Margarita, uniéndose a las otras).

Vuélvete, por favor,
Tú, inigualable,
Tú, siempre radiante,
vuelve tu rostro para mi fortuna.
Aquel al que amé,
ya despreocupado,
vuelve a mí de nuevo.

NIÑOS BIENAVENTURADOS (Acercándose haciendo círculos.)

Él ya nos aventaja
por sus potentes miembros.
Nos recompensará
por nuestra compañía.
Pronto nos apartamos
de los coros vitales,
mas este sí que sabe

y nos enseñará.

UNA POENITENTIUM (Antes llamada Margarita.)

Rodeado de estos nobles espíritus

apenas se reconoce a sí mismo;

no presente aún su nueva vida,

ya se parece mucho a ese coro.

¡Cómo se despoja de lo terreno!

Se desprende de la vieja envoltura.

Con su nueva vestidura etérea

recupera su noble juventud.

Permite que yo sea su instructora.

Todavía están cegados sus ojos.

MATER GLORIOSA

Ven, elévate a mis esferas.

Te seguiré al presentirte.

DOCTOR MARIANUS (Adorando postrado.)

Alzad los ojos al Salvador,

tiernas almas, en arrepentimiento,

para así poder al fin transformaros

y sentir eterno agradecimiento.

Que los más nobles propósitos ya

se pongan para siempre a tu servicio.

Virgen, Madre, Suprema Soberana,

¡oh, Diosa!, Concédenos tu piedad.

CHORUS MYSTICUS

Todo lo que ha ocurrido

es sólo una parábola.

Lo que es inalcanzable

se convierte en suceso.

Lo que es indescriptible

se ha realizado aquí.

Lo eterno-femenino
nos permite avanzar.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es